



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

'60 – '80: Una mirada social e histórica a través de los ojos del Club Deportivo Valentín Pardo

Hormazábal Acevedo Pablo Andrés
Valencia Antillanca Catalina Soledad

Memoria para optar al título de Periodista

Profesora Guía:
Ximena Poó Figueroa

Santiago de Chile
Diciembre de 2012

DEDICATORIA

A Dios por sobre todas las cosas. A mis padres José e Irene, quienes, con paciencia y apoyo, me motivaron a realizar este proyecto; a mi hermano Felipe, quien colaboró con ayuda técnica y humana; a mi novia Paz y su hijita María Paz, quienes estuvieron siempre a mi lado dándome una mano y entregándome buenas vibras; a nuestra profesora Ximena Póo, quien confió en este trabajo y nos guió de forma más que correcta para crear esta obra; a mi amiga Catalina, quien dio todas sus fuerzas por sacar adelante la presente memoria; y, finalmente, a los miembros del Club Valentín Pardo, quienes creyeron en nosotros para exponer esta parte tan linda de sus vidas.

Pablo

A mi familia, por haberme dado la fuerza para superar todos los obstáculos del camino. A mi madre María Yolanda, por su cariño y sabios consejos. A mi amado Álvaro, por ser mi compañero y cómplice en cada paso de la vida. A mi hermana Mayra, por su preocupación y alegría. A mi tía Flor, por tener la palabra indicada en el momento necesario. A mi amigo y compañero de memoria Pablo, por el aguante y paciencia en todo este proceso. A nuestra profesora Ximena Poó, por habernos guiado desde los inicios. A los miembros del Club Valentín Pardo, por habernos hecho partícipes de su historia.

Catalina

AGRADECIMIENTOS

Agradecemos a los miembros del Club Deportivo Valentín Pardo por habernos dejado entrar a su baúl de los recuerdos y permitirnos traer al presente cada uno de los recuerdos, anécdotas e historias que allí se encontraban.

Agradecemos también a nuestros profesores de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, especialmente a nuestra profesora guía Ximena Poó, quienes nos enseñaron a rescatar historias sencillas y transformarlas en relatos mágicos y trascendentes.

TABLA DE CONTENIDO

	Página
RESUMEN.....	6
PRÓLOGO.....	7
CAPÍTULO 1 LOS INICIOS DEL VALIENTE	
• EL CURITA ESTRICTO.....	12
• UN EQUIPO REPRESENTADO POR LA IGLESIA.....	19
• LA CASA DE DOÑA EDULIA.....	26
• LA VENTANA DE DON ALFREDO.....	32
• DEL MARACANÁ AL ESTADIO CENTENARIO.....	37
• EL RIVER PLATE DE LOS ANDES.....	45
CAPÍTULO 2 LOS EMBAJADORES DE LA POBLACIÓN CENTENARIO	
• LA APARICIÓN DE UN MAGO.....	55
• QUÉ MAESTRO DE CEREMONIAS.....	62
• EL FAMOSO FALA.....	69
• NO SE METAN CON EL MONO CLAY.....	73
CAPÍTULO 3 VALENTÍN, VALENTÍN... PARDO	
• MÁS QUE SIMPLES PARTIDOS DE FÚTBOL.....	85
• UN BOTIQUÍN MORTÍFERO.....	92
• LA PIEDRA DE PLOMO.....	99
• LOS CHASCARROS DEL CINE ANDES.....	108
• LA VALENTINA.....	112

CAPÍTULO 4 EL DÍA EN QUE TODO CAMBIÓ	
• DRIBLEANDO AL GOLPE MILITAR.....	118
• LOS CARTELES DE DON JULIO.....	124
• CALENTANDO PARA EL SEGUNDO TIEMPO.....	131
• CUANDO ACABÓ LA FIESTA.....	139
CAPÍTULO 5 EL PITAZO FINAL MÁS DOLOROSO	
• TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR.....	145
• “PERO SI ESTAI EN LAS ÚLTIMAS”.....	148
• HASTA SIEMPRE, MUCHACHOS.....	154
EPÍLOGO.....	157
ENTREVISTAS.....	160
ANEXO FOTOGRÁFICO.....	162

RESUMEN

El trabajo realizado en la memoria de título “‘60 – ‘80: Una mirada social e histórica a través de los ojos del Club Deportivo Valentín Pardo” rescata una serie de anécdotas, relatos y vivencias ocurridas en un club de fútbol de barrio de la ciudad de Los Andes hace medio siglo. A través de ello se busca trascender y visibilizar esta historia sencilla y cercana, que, dada sus características, contiene recuerdos similares al de miles de otras poblaciones y ciudades del país.

La estructura narrativa del texto consiste en una serie de crónicas agrupadas en cinco capítulos temáticos. El primero de ellos aborda historias relacionadas con los inicios del Club; el segundo, trata sobre personajes que sobresalieron del resto gracias a su talento, humor o personalidad; el tercero, cuenta diversas anécdotas que acontecieron durante los casi 30 años de existencia del Valentín Pardo; el cuarto, hace referencia a situaciones a situaciones vividas durante la Dictadura por miembros del equipo; mientras que el quinto hace un repaso por los últimos días del Club.

PRÓLOGO

El Club Deportivo y Social Valentín Pardo fue un equipo de fútbol que perteneció a una de las primeras poblaciones de la ciudad de Los Andes (V Región de Valparaíso): Centenario. Creado el 29 de agosto de 1962, este club de barrio tenía como finalidad mantener unida a la población, representarla en campeonatos deportivos y entretener a sus integrantes.

Valentín Pardo –nombre de un antiguo filántropo andino que donó parte de sus tierras, situadas en el mismo barrio, para la construcción de un centro cívico para la localidad– nació en 1962, cuando varios jóvenes centenarinos que jugaban en diferentes clubes de fútbol de barrio de la ciudad y que participaban en la Parroquia de Fátima de la población, deciden formar un club deportivo bajo la influencia del Mundial de Fútbol realizado ese año en nuestro país. Las ganas de representar a Centenario en cualquier tipo de instancia, convirtieron al club en uno de los más populares de Los Andes.

Sin embargo, los avatares de la historia militar de nuestro país desde 1973, las relaciones matrimoniales y la baja preocupación por parte de los jugadores hicieron que a mediados de 1980 el club desapareciera. Si bien casi todos compartían –y siguen haciéndolo– posturas ideológicas de izquierda, las actitudes presentes en la época los llevaron a declinar sobre ciertas decisiones deportivas y tomar otros rumbos.

Aunque desapareció a finales de la década de los 80, el club sigue siendo parte de la historia de Centenario. Sus miembros se juntan a celebrar el aniversario del equipo, el cual marcó toda una época de celebraciones, eventos

familiares, reuniones en la plaza y actividades que llevaron a chicos y grandes a defender al club y sus colores blanco y rojo.

El hecho de convivir en dictadura, temiendo cualquier represalia ante el peligro de reunirse en toque de queda; la estrecha relación que mantienen los jugadores, quienes promedian los 50 años de edad; el interés por promover la identidad de la población Centenario de la ciudad a través de la lucha épica del fútbol, los valores que sus integrantes querían plasmar y la unión de su gente como vecinos; y la conexión sentimental por parte de los estudiantes de Periodismo, son las razones y fundamentos que motivaron la elección de este club para plasmar la historia de una parte del Chile contemporáneo, como lo fue Los Andes, en esta memoria de título. Saber cómo nació, creció y de qué manera incidió este club deportivo en la población y en la identidad de Los Andes, resulta atractivo para muchos lectores que piensan que los clubes de barrio son la cuna de los grandes movimientos deportivos.

Nuestro objetivo es dar a conocer la historia del Club Deportivo Valentín Pardo de la ciudad de Los Andes, destacar el lugar que tuvo dentro de su comunidad y vincular éstos ámbitos con el contexto social e histórico de la zona y del país en las décadas del '60, '70 y '80. Todo esto se buscará cumplir por medio de los siguientes objetivos específicos: 1) buscar los rasgos identitarios que el club construyó entre sus miembros y en su comunidad, 2) relacionar el contexto social de la época con la historia del Club, y 3) evidenciar, a través de entrevistas y documentación referida, la historia del Club y sus repercusiones hasta el día de hoy.

Para ello, entenderemos como identidad ese “yo colectivo o verdadero que se oculta dentro de los muchos otros "yos", más superficiales o artificialmente impuestos, que un pueblo con una historia y una ascendencia

compartidas tiene en común” (Hall, 1990; en Du Gay y Hall, 2003). Todo esto tiene que ver con aquellas prácticas construidas y compartidas por un grupo social a través de discursos y expresiones variadas sobre algo.

Lo que buscamos en este texto fue demostrar que el Club Deportivo Valentín Pardo de Los Andes se constituyó en un referente cultural, social e identitario para sus miembros, y en un ejemplo de la realidad chilena de los años '60, '70 y '80.

Destacamos que nuestra memoria de título está escrita como una gran crónica, aquella “construcción narrativa en donde las fuentes cuentan una historia de interés social, que da cuenta de un saber decir, sentir, pensar de una época, de un tiempo definido como si se tratase de una fotografía que autoimpone sus límites (...) estableciéndose ésta, finalmente, como un discurso sobre los sujetos y las condiciones históricas que subyacen a su cotidianeidad” (*Consideraciones sobre la crónica periodística*; Universidad de Chile, 2011). Esta involucra espacios biográficos, énfasis, perspectivas e, incluso, figuras literarias.

A su vez, esta gran crónica está compuesta por 22 crónicas más cortas distribuidas en cinco capítulos que narran la historia del Club Valentín Pardo desde sus inicios, personajes y anécdotas, hasta el período de dictadura y la desaparición del club. Cada subcrónica cuenta una historia distinta a las demás, pero que, junto a las otras, siguen un mismo hilo conductor dependiendo del capítulo al que pertenecen.

Cabe mencionar que el proceso de recopilación de información duró aproximadamente un año, en el que pudimos conversar con 16 miembros del club. La metodología usada fue realizar reuniones con preguntas dirigidas sobre

los temas de la pauta de nuestra memoria, además de entrevistas personales y duales.

CAPÍTULO 1: LOS INICIOS DEL *VALIENTE*

El curita estricto

“Padre nuestro, que estás en el Cielo, santificado sea tu nombre, venga a nosotros... ¡Por la *miércoles*! ¡Estos *cabros* de *moledera* que dejan todo sucio!”, gritaba el Cura Raúl García mientras camina por el frontis de la parroquia de Fátima rezando su oración matutina.

“El Padre García era un gran hombre. Yo creo que de esos curas que no se ven ahora. Era un viejo muy *re choro*, porque le gustaba que las cosas se hicieran como él quería. Lo que pasa es que el Cura era capellán del Regimiento Reforzado de Montaña N° 18 Guardia Vieja. Entonces, como buen militar, era súper disciplinado”, cuenta José Hormazábal.

Cuando termina de rezar, el cura García se dirige a la sacristía de la parroquia. Mira un reloj que está puesto en la parte alta del salón. Asoman las 7 de la mañana y el alba da pie a un día especial para todo Centenario. Sobre su severa sotana negra se pone la túnica blanca y estola correspondiente. Él, con su cuerpo imponente, sale de la sacristía hacia las compuertas de la parroquia. Mueve un macizo palo que bloquea la entrada. Como si fuera la misma Catedral de Santiago, mueve el portón de la iglesia con sus brazos, entregándole luz matutina a los aposentos de Fátima.

“Todos los 13 de mayo, cuando se celebra a la Virgen de Fátima, el cura García preparaba la iglesia y la dejaba bien linda, con flores y adornos bien bonitos. Le pedía ayuda a la gente, aunque, como era bien *achora* ó y un poco pesado a veces, no muchos le iban a ayudar”, cuenta Mauricio Villarroel, miembro del club y cercano a la parroquia de Fátima.

A las 8 de la mañana, tres muchachos corren hacia la iglesia. Se trataba de Carlos Córdova, Sergio Allendes y Fernando Rodríguez. El Padre los había citado a esa hora y, como capellán, amaba la puntualidad. Los jóvenes, contentos al ver que habían llegado a la hora, saludan al don Raúl. Éste hace lo mismo y les indica la sacristía.

- Allá están sus túnicas. Vístanse y vengán a ayudar-, les dice García.
- Sí, Padre-, responden.
- ¡Ah! Otra cosa- irrumpe nuevamente-. Cuando termine la misa, quiero que me dejen limpiecito el chiquero que dejaron anoche ahí afuera. ¿Oyeron?
- Sí, Padre-, contestan los muchachos con tristeza.

Los chicos se visten y el cura espera en el altar. Pareciera ser que otro rezo viene a su mente. La gente comienza a llenar la iglesia de Fátima, esa que él mismo pidió construir a los conscriptos del Regimiento N°18 para remplazar la pequeña construcción que se encontraba detrás de lo que hoy en la parroquia.

“La parroquia estaba en República Argentina con Uruguay. Era una casita chiquitita, pero acogedora. Como a inicios de los 60, el cura mandó a unos *pelados* del Regimiento, donde era capellán, para que construyeran una parroquia grande, fuerte. Y así lo hicieron. No se demoraron nada. La edificaron tan bien, con ladrillos y maderas fuertes, que ha soportado como tres terremotos y sigue intacta”, cuenta Hormazábal.

Don Raúl, sacerdote alto, de unos 50 años, macizo, pelo negro y sin barba, se persigna frente al altar. Camina hacia la imagen de la Virgen María,

toca sus pies y la besa. Paralelamente, las mujeres siguen adornando la entrada con rosas blancas y calas. Los hombres, en cambio, ordenan el altar y el ambón. La gente seguía llegando y, haciendo la genuflexión correspondiente en dirección al sagrario, ubicado en la sacristía misma, se sentaba en los bancos de madera hechos por los militares.

El cura llama a Fernando Rodríguez, a quien conocían como *Chilote*, y le indica el lugar donde se encuentra la campana. Córdova asiente, sube y comienza a tocarla. Los centenarinos la escuchan de todas partes. Faltan treinta minutos para que comience la misa en honor de la Virgen de Fátima. “En esa época, las misa dominical principal se hacía a las 8:30 de la mañana. Ahí iba toda la gente de Centenario, porque eran muy religiosos. Hay que pensar que Centenario era como una especie de ciudad chica, que tenía su plaza y su iglesia. Me acuerdo que mi mamá siempre me despertaba para ir a misa, la teníamos que acompañar, porque le gustaba. A mí igual, por eso participaba como acólito de Fátima”, relata don Fernando.

Faltan quince minutos y Fernando vuelve a tocar la campana desde lo alto de la parroquia. Abajo, en el centro de la misma, una jovencita se acerca al cura y lo saluda. “Buenos días, profesor Padre Raúl”, le dice. “Buenos días, señorita González”, le responde. Usted se preguntará por qué. Y con razón. Sucede que el presbítero también es profesor de Religión de la Escuela Técnica Femenina de Los Andes, la que ahora se llama Liceo Amancay. “Acuérdese que mañana tiene control sobre los mandamientos”, le recuerda a la chiquilla, que toma del brazo a su mamá y la lleva a sentarse.

“Para la celebración del 13 de mayo, el Padre García hacía una fiesta tremenda después de la misa. Es que en Centenario siempre ha sido importante celebrarle a la Virgen de Fátima, que cae los 13 de mayo. Adornaba

la iglesia, se limpiaba la imagen de la Virgen, esperaba que todo Centenario fuera, porque al término de la misa, se hacía una procesión de como tres cuadras llenas de gente. Ahí se veneraba a la Virgencita y los niños corrían y celebraban. Para eso, los *cabros* que ayudaban al cura, que eran de Valentín Pardo, tenían que llegar a la hora a la iglesia, y los que se comprometían a ayudar, no podían faltar. ¡Era LA fiesta religiosa de Centenario!”, recuerda Julio Tacchini.

Centenario no sólo se paralizaba con la fiesta de la Virgen de Fátima. “Para Semana Santa, el cura García quemaba a Judas, un mono hecho de género y papeles que hacía él con la comunidad y algunos *pelados* del Regimiento y que se quemaba. Era gigante el mono de *mierda* ese. El cura le echaba como cien *lucas* de ahora en monedas. Entonces, para después de la misa de Pascua de Resurrección, se prendía en la Plaza Centenario al mono y caían las monedas. ¡*Pucha* que la pasábamos bien! Todos los *cabros* juntaban como dos o tres *lucas* y no faltaba el viejo que se hacía el tonto juntando monedas (ríe). Eran buenos tiempos. El cura era espectacular. Le gustaban esas cosas”, rememora Alfonso Rodríguez, el *Cura*.

Es la hora. El joven Fernando toca por última vez la campana de la iglesia. El cura García sale del confesionario y se dirige a la entrada para recibir a las últimas personas. Entre ellas, otro grupo de jóvenes entra corriendo a la parroquia. “¡Cálmense, muchachos! ¡Qué maneras son esas de llegar a la Casa de Dios!”, alega el Padre. “Disculpe, curita García. Pensábamos que íbamos a llegar tarde a la misa”, responde Gustavo Rosendo Martínez, conocido por la población como *Mono Clay* y futuro miembro del club. Había llegado junto a los hermanos Julio y Alfredo Tacchini, José Basulto –alias *Falabella*–, Luis Castillo y Jaime Otarola. Todos ellos pertenecían al grupo que se juntaba en la Plaza

Centenario cada tarde y que, a veces, jugaban a la pelota, ese que pronto tendría nombre y apellido.

Los muchachos llegan, se sientan y el cura se dispone a empezar la celebración. Las mujeres cantan y el Padre García inicia la procesión personal desde la entrada. Cuando llega al altar, hace la genuflexión y se coloca tras éste de espalda a los feligreses. “En esa época, el cura hacía la misa de espalda a la gente y en latín, excepto cuando daba la homilía y hacía la comunión”, cuenta Hormazábal.

Otro de los que se encuentra en la iglesia es Héctor Caiceo. Acompañando a su familia, Héctor mira a su alrededor y se da cuenta que el grupo de los muchachos de Valentín Pardo está sentado a un costado de la parroquia. Mientras el Padre García predica, algunos jóvenes de ese lado se quedan dormidos. Otros se ponen a conversar.

Cuando el cura termina y se dispone a realizar la consagración del pan y el vino, *Carlyne*, Allendes y Fernando toman los canastos para pedir la ofrenda. Pasan por cada una de las filas que componen la parroquia. Vuelven y se preparan para la transustanciación. Luego de unos minutos, el Padre Nuestro en latín, la paz y la comunión dan por finalizada la misa. Los muchachos que estaban durmiendo, despiertan un tanto asustados, declamando “amén, Señor... Y con tu espíritu”.

“El cura nos conocía a todos, porque siempre nos veía jugar de chicos a la pelota en la Plaza, nos llamaba para pedirnos que barriéramos la calle. Los jóvenes que fundaron el Valentín participaban mucho en la iglesia de Fátima con el cura Raúl García y, probablemente, fue él quien los incentivó a que hicieran más cosas aparte de la iglesia. De hecho, fue el cura quien nos dio un

espacio de la iglesia para que tuviéramos la sede, donde estuvimos como quince años. Igual esto lo hacía a cambio de que ayudáramos en las misas”, dice Sergio Allendes.

Una vez finalizada la misa, el Padre llama en buen chileno a los dos hombres que llegaron temprano a subir al altar. “Tomen a la Virgen y sáquenla con cuidado”, les ordena. Los hombres hacen lo que García les exige. “Ahora procederemos a iniciar la procesión en honor a la Virgen de Fátima, para que acompañemos a nuestra Madre en este hermoso día”, invita don Raúl. La gente sale poco a poco. Las mujeres le cantan a la Virgen y los niños salen de la iglesia corriendo.

Carlyne y Allendes afirman la imagen. La colocan sobre una mesa llena de coronas florales y adornos hechos por la comunidad. Al levantarla, la procesión parte por la calle Valentín Pardo. Se puede decir que todo Centenario se encuentra en la Plaza Centenario, justo en la calle del mismo nombre que el club de fútbol, esa especie de “L” que conforma el principal centro cívico de la población.

La gente camina por el lugar en constante oración y alegría, gritando “¡Viva la Virgen de Fátima!”. Los jóvenes del *Valiente*, como le llaman al equipo por su alcance de nombre, respetan y participan. Desde atrás, un hombre grita “¡Ahí va la única virgen de Centenario!”, sacando algunas carcajadas en la población y vergüenza en las mujeres. El mismo cura García se dirige donde el hombre y con un movimiento de pierna le pega una patada en su parte trasera. “¡Sale de acá, *tontorrón!*”, le manda. Vuelve a la fila y sigue con la prédica.

Después de una hora de procesión, el Padre termina con la última prédica a la salida de la iglesia de Fátima. La gente se persigna en dirección

hacia sus casas. Los mismos hombres y mujeres de esa mañana entran a la parroquia para limpiar la sala de Dios y dejar todo limpio. Cuando todos se van, quedan el Padre con los tres acólitos. “Muchachos, vengan acá”, les pide con esa voz fuerte que lo caracteriza.

-Después de que terminen de limpiar la calle, vengan a desayunar –les dice el cura. –Ahí tienen. Se lo ganaron. Bien hecho -, vuelve a hablar, pasándoles cinco pesos a cada uno.

Los jóvenes limpian. Van a la cocina de la iglesia y desayunan con el cura. Después de un buen alimento para comenzar el Día del Señor, vuelven a sus casas. Del Padre García no se sabe más que un par de oraciones y el cierre de las compuertas de la iglesia, a la espera de una próxima celebración.

Un equipo representado por la iglesia

En el salón pastoral de la parroquia de Fátima de la población Centenario, los jóvenes que se reunían en la Plaza Centenario a conversar y jugar a la pelota participaban en la preparación de la misa dominical. El cura Raúl García, capellán de la Escuela de Montaña del Regimiento Guardia Vieja de la ciudad de Los Andes y párroco de la iglesia, les comentaba la parte litúrgica y los puntos que tocaría en la homilía. Era un grupo unido, donde mucha gente se esmeraba por hacer las cosas de la mejor forma posible, pues el Padre era un hombre estricto y gustoso de la perfección.

“Nosotros nos juntábamos en la Iglesia Centenario porque éramos miembros de una organización católica llamada Acción Católica, en la que participábamos en la Juventud de Estudiantes Católicos. Siempre nos juntábamos los miércoles en la noche, como a las ocho de la noche, para ver cómo haríamos la misa del domingo”, comenta Fernando Rodríguez, el *Chilote*, ex jugador de Valentín Pardo e integrante de este especie de congregación.

Como el cura se quedaba media hora nada más en las reuniones, los muchachos lo escuchaban con atención y aguardaban el momento justo para despedirlo. El hombre era un tipo fuerte, riguroso y le encantaba que le tomaran atención. Los jóvenes, para no llevarle la contraria, hacían lo que pedían, dedicándose completamente a los asuntos de la parroquia mientras García estaba con ellos. Pero, cuando éste se iba del recinto, los muchachos se miraban y daban inicio al segundo motivo por el cual se encontraban ahí: el fútbol.

El deporte era algo fundamental para estos jóvenes que, dentro de sus expectativas, tenían la intención de convertirse en algo más que un simple equipo de fútbol. Por tal motivo, cerca de veinte minutos demoraba la conversación en la que tocaba todo lo respectivo a cómo crear una institución deportiva que, además, representara los valores católicos que ellos buscaban.

“Cada vez que nos reuníamos en la iglesia, en lo que ahora es la secretaría de Fátima, nos dábamos un tiempito para hablar de fútbol, porque como siempre jugábamos y estábamos más grandes, queríamos convertirnos en un equipo de fútbol con todas sus letras. Y eso lo pudimos lograr de a poco, aprovechando las reuniones que hacíamos con la agrupación de Jóvenes Estudiantes Católicos. Era una salita chica, media blanquita, bien bonita. Entre los *cabros* que participábamos estaba Fernando Rodríguez, *Carlyne* (Carlos Córdova), José Hormazábal, José Oses, el *Rolo* (Rolando Rodríguez) y yo”, cuenta Héctor Caiceo, ex presidente del *Valiente*.

Pasaron las semanas y el cura García, sin darse cuenta, les daba el tiempo necesario para que este grupo de jóvenes tomara las medidas apropiadas para celebrar la eucaristía. Claramente, el padre Raúl creía que durante ese lapso, los muchachos, entre 13 y 18 años, hablaban de la misa o de algunos proyectos ligados a la iglesia. Sin embargo, nada de eso ocurría.

Rápidamente, lo que después se llamaría Club Deportivo y Social Valentín Pardo de Centenario iba formándose. Los jóvenes católicos que participaban en la parroquia de Fátima, comentaban a sus amigos lo que resolvían en las reuniones del salón pastoral sobre el equipo de fútbol que buscaba identificar a la población. Fue así como, un verano de 1962, se tomó una decisión que marcaría sus vidas.

“Estábamos en una reunión como en el año 62, justo en el contexto del Mundial de Chile, y ahí, en la sala de reuniones, nos pusimos de acuerdo y dijimos que era la hora. Así que ya, *poh*. ¿Por qué no jugamos este fin de semana un amistoso en serio? ¡Ya! Démosle. Así que le comentamos a los *chiquillos* con los que nos juntábamos en la Plaza Centenario y que no eran parte de la Juventud de Estudiantes Católicos y le dijimos lo que habíamos pensado. A los *cabros* les gustó harto la idea. Así que empezamos a tirar las líneas y todo... Pero, faltaba algo. Lo más importante. ¡¿Cómo nos poníamos?! Nos cabeceamos, no teníamos idea cómo nos íbamos a poner. Así que, no me acuerdo quién lo dijo, pero alguien propuso que le pusieron Juventud Católica, por mientras. Nos gustó y le pusimos así”, dice el *Chilote* Fernando Rodríguez.

Con un nombre momentáneo, los muchachos de la Acción Católica pudieron organizarse para jugar partidos amistosos. De esa manera, esperaron el domingo en silencio y, consiguiéndose rival y una cancha neutral, jugaron el primer partido como equipo. “Cuando jugamos por primera vez, me acuerdo fue en Calle Larga... ¿O en Rinconada? Una de los dos. Entonces me acuerdo que ganamos, pero no sé a quién. La cosa es que nos gustó y seguimos todos jugando, y todo gracias a las decisiones que se tomaron en la Acción Católica”, señala *Carlyne*.

Con el transcurso de los días y un par de amistosos en la espalda, llegó una nueva reunión en el salón parroquial. Los jóvenes llegaron con tranquilidad, contentos, pero cansados y adoloridos. Mientras esperaban al padre García, aprovecharon de hablar sobre el partido del fin de semana, comentando las jugadas y los toques. Cómodos con el nombre, querían seguir jugando, aunque con una idea más ambiciosa: meterse de lleno en el fútbol *amateur*.

Sin embargo, tras la espera, apareció el cura García no muy feliz. Abrió la puerta del salón y con su imperiosa imagen de sacerdote militar deja los libros y la biblia en la mesa. Con el ceño fruncido más de lo normal, se sentó en silencio. Los jóvenes, asustados, no sabían por qué había llegado tan molesto. Hasta que, después de una fuerte conversación, entendieron lo ocurrido.

“El cura García llegó al salón enojado con nosotros, y no teníamos idea por qué. Cuando se pone a hablar y cuenta que alguien, no sé quién, le había dicho que una tal Juventud Católica había jugado un partido de fútbol y que nos había visto a nosotros jugar en el estadio. Entonces nos retó y nos decía que por qué no le habíamos preguntado o pedido permiso, que la Acción Católica no era para el *leseó* de nadie y que se trata de una organización seria y cosas así, *poh*. Así que nos dijo clarito que eso no debía ser, menos sin su consentimiento. Y nos dijo que si queríamos seguir en la Acción Católica, teníamos que olvidarnos del fútbol y cuestiones. ¡Tuvimos que acatar, *poh!* Pasaron como dos semanas sin jugar a la pelota y lo echamos de menos”, narra don Fernando.

Destinados a obedecer, los muchachos de la Acción Católica estaban a punto de quedarse sin pan ni pedazo. No tenían equipo ni tampoco cancha. Menos las camisetas amarillas que el cuadro de Los Rápidos de la ciudad le habían prestado. “No teníamos nada de nada. Hasta que, del Cielo, cayó una propuesta de otro sacerdote, el cura Sanoretti, que creo que era italiano. Una vez nos vio un poco afligidos y como sabía que jugábamos a la pelota, porque no este cura no era tan fregado como el padre Raúl y le gustaba el fútbol, dijo que formáramos un club. Así fue como nació el Club Deportivo Estrella”, relata Héctor Caiceo sobre este sacerdote que estaba a cargo del colegio Santa Clara, ubicada en Brasil con calle Perú, en Centenario, y de las Hermanas

Hospitalarias de la misma institución. De esta forma, el club Estrella ayudó a apoyar el sueño casi incumplido de tener un equipo de fútbol.

Sin embargo, después de varios meses jugando amistosos bajo ese nombre y continuando en la Juventud de Estudiantes Católicos bajo los preceptos del cura García –que, a pesar de ser un hombre estricto, era querido y respetado por la comunidad –, los jugadores del club Estrella se reunieron en la Plaza Centenario con un grupo de hombres que no participaba en la Acción Católica y que, diariamente, se juntaban con ellos en el principal centro cívico del barrio. Todo esto con el objetivo de darle término a esta inquietud futbolera relacionada con el cómo jugar, con quién y con qué nombre.

“Entonces, como los *cabros* con los que nos juntábamos y que son los que ustedes conocen ahora jugaban en Huracán, Club Deportivo Tres Esquinas o Arturo Prat, que eran todos equipos de Centenario, nos preguntamos por qué no tenemos un equipo propio de Centenario, que representara los ideales y valores de la Acción Católica y que nos uniera como centenarinos, algo que identificara a la población. Todos queríamos eso. Así que tirando líneas y cuestiones nos dimos cuenta que sólo teníamos que hacerlo, crear este club propio de Centenario”, recuerda el mismo Caiceo.

Incluso, Julio Tacchini, quien estaba en dicha tertulia con Caiceo, *Carlyne*, Hormazábal, Renato Díaz y otros más, recuerda una de las partes más relevantes de la historia del club. “Sólo nos faltaba el nombre. Porque ¡cómo íbamos a jugar si no teníamos nombre! Y como esa noche, como todas, estábamos sentados en una banca de la Plaza Centenario, al frente de lo que ahora es la entrada principal de la Escuela Humberto Casarino, pero hacia la calle Paraguay, un amigo de nosotros, el *Lucho* (Luis) Castillo, mira *pa’* lado y ve que un letrero dice ‘Calle Valentín Pardo’. Y, al verla, nos dice: ‘¿por qué no

le ponemos Club Deportivo Valentín Pardo?'. Todos nos miramos y empezamos a repetir... 'Club Deportivo Valentín Pardo'... ¡Ya poh! Nos gustó la idea. Quedó la risión, poh. ¡Cómo no se nos había ocurrido! Si resulta que siempre nos juntábamos ahí, en la Plaza Centenario... Que, ¡ajo!, estaba cerrada con reja; sólo las bancas quedaban afuera... Al lado de la calle cortita que recorre la iglesia de Fátima y que se llama Valentín Pardo, igual que la plaza que también se llamaba Valentín Pardo, pero conocida como Centenario. Así que quedamos así, como Club Deportivo y Social Valentín Pardo", agrega.

Con un equipo que poseía nombre y apellido, sólo faltaba la cancha, la cual deseaban que fuera el Estadio Centenario que, según Carlos Córdova, "era una cancha de tierra ubicada donde está ahora, en Avenida Chile, a la entrada de la población y que tenía una pista atlética de ceniza alrededor y con un foso de salto largo y garrocha al costado oriente", y esperar un rival digno para dar inicio a la historia del club más grande que Centenario haya tenido. Sobre Valentín Pardo, sólo se sabe lo que don Héctor Caiceo, uno de los más antiguos del club, conoce.

"Ahora, por qué Valentín Pardo. Quién era. Era el novio eterno. No se casó nunca. Esta persona fue un filántropo antiguo de la ciudad de Los Andes que murió como a inicios del siglo pasado. Se hizo famosa en la ciudad y, sobre todo, en la población, porque donó las tierras en las que ahora está construida la Plaza Centenario, que antes se llamaba como Plaza Valentín Pardo y que ahora se llama Plaza Arturo Prat –en realidad, todos la conocen como Plaza Centenario –, y la iglesia. Se dice que tuvo algunos hijos, pero no se casó nunca. Está enterrado acá en el cementerio de Los Andes. Si ustedes van allá, a la entrada, doblan a la mano izquierda y ahí van a ver un mausoleo con los apellidos Pardo y Fernández, y siempre está lleno de pétalos de rosas", explica Caiceo.

Luego de que los muchachos tuvieran un nombre determinado, fueron donde el padre García y le comentaron la noticia. Éste, con su peculiar tono de voz imponente, se alegró y los felicitó. Creyendo que el nombre representaba de fiel manera la identidad de la población y los valores católicos que los jóvenes de la Acción Católica querían darle a la institución deportiva, el cura accedió a prestar el salón de reuniones para que el club tuviera una sede en la que se pudieran tomar decisiones a cambio de que los jugadores le ayudaran en las misas del domingo (de las 8:30 horas y 10 de la mañana), además de apoyarlos en lo que necesitaran. Todos aceptaron y del disgusto Raúl García no se supo más.

El cura falleció en 1980 a los 72 años tras varios problemas cardíacos producidos por una trombosis que sufrió meses antes de morir. Un grupo de Hermanas Franciscanas del Liceo Santa Clara se hicieron cargo de la iglesia. Los muchachos se despidieron con tristeza, pero agradecidos por todo lo que contribuyó para el club cuando encontró su nombre.

La casa de doña Edulia

Como cada verano, el calor abrasador de Los Andes hacía que cada uno de sus habitantes buscara la mejor forma de esquivar el sol. Para algunos la receta estaba en quedarse en la casa a la sombra, para otros estaban los refrescantes chapuzones en las aguas del río Aconcagua, pero para un grupo de muchachos de la población Centenario, la solución estaba en sentarse a tomar bebidas y cervezas en la fuente de soda de Edulia Chávez.

Con su alegría y sonrisa habitual, ella abría cada día la puerta del boliche en espera de que los sedientos comensales empezaran a repletar el lugar. Tomaba la escoba y los paños y comenzaba a limpiar cada recodo que tuviese el polvo y recuerdos de una jornada anterior. La idea era tener el local presentable y decente para cuando todos llegaran.

Mientras Edulia retocaba cada esquina de su local, los jóvenes de la población, entre los cuales estaba su hijo Renato Díaz, se encontraban *pichangueando* en la cancha del sector. Ella sabía que en el momento en que la pelota se detuviera, los chiquillos llegarían corriendo a sentarse en una de las mesas del negocio, rogando por algún bebestible y comestible que les calmara la sed, el cansancio y el hambre. Estaba segura que esto sucedería porque era lo que venía ocurriendo desde hace varias semanas y para ella nunca fue un problema. Al contrario, sabía que todos eran *cabros* sanos y, además, podía ver cómo su hijo disfrutaba con los amigos.

En aquella época, todos estos muchachos estaban unidos por la amistad y las pichangas, pero cada uno pertenecía a clubes de fútbol diferentes:

Huracán, Lautaro, Ferroviario y, principalmente, del club Escuela, como recuerda Jorge García, alias *Ñaña*. Sin embargo, en las juntas y conversaciones en esa fuente de soda, en la iglesia y en la plaza Centenario, ya se estaba formando la idea de comenzar algo propio, algo que los uniera a todos bajo el alero de un mismo club. Al menos ya tenían claro que de nombre le pondrían Valentín Pardo.

En el local de Edulia, los vecinos ya comenzaban a repletar las mesas y las cervezas eran bebidas como agua. Es necesario aclarar, y para que el lector no se haga una idea de que este era un lugar de puros *curaos*, que no era común ver que la gente se excediera con este brebaje alcohólico. Ellos sólo tomaban la cantidad que consideraban necesaria para controlar y apagar la sed.

Con su 1,55 de estatura, la mamá de Renato Díaz se paseaba entre cada mesa y repartía lo que le iban pidiendo. A pesar de ser bajita, todos los clientes le tenían mucho respeto y esperaban pacientemente a que llegara con lo ordenado. Ella ya tenía la experiencia necesaria como para saber bien qué quería cada uno y lograr que al final del día todos se fueran felices y conformes del lugar.

Entretanto, en la cancha del Centenario la *pichanga* ya se empezaba a terminar. Habían sido varias horas de correr tras la pelota y era el momento de ir por algún refresco que les permitiera recuperar la energía gastada. Todos sabían que el destino próximo era la esquina de Guayana con Eduardo Frei (dirección exacta de la fuente de soda) por lo que, sin acuerdo alguno, emprendían camino rumbo a esa dirección.

Caiceo, Díaz, Hormazábal, Lepe, Gallardo, Castillo, Oropeza y Rodríguez llegaban a las mesitas de la fuente de soda y esperaban pacientemente que les llevaran algo para tomar y comer. Entremedio de los pedidos de las otras mesas, Edulia se hacía un espacio y le llevaba a cada uno de sus regalones una bebida y un sándwich para que se recuperaran del partido. Luego de eso, comenzaban las conversaciones para formar el Valentín Pardo.

“Nosotros estábamos en reuniones y detrás nuestro estaban sirviendo cerveza, jugando brisca, qué se yo”, recuerda José Hormazábal al recordar el ambiente que se vivía en el lugar. Para Francisco Rodríguez, más conocido como *Cantatore*, “entre ellos el ambiente siempre fue bueno porque, además de ser amigos, tenían como objetivo formar el club más grande de Centenario”.

En general, el local estaba siempre lleno porque, además de servir cosas, era uno de los pocos lados donde había un televisor. “Me acuerdo cuando se llenó de cabros la casa cuando el hombre pisó la luna, ahí estábamos todos reunidos”, añade Renato Díaz. El mundial del '62, la llegada del hombre a la luna y todos los eventos históricos de la década de los '60, fueron instancias que los vecinos de la población aprovecharon de disfrutar en casa de él.

La fuente de soda, sin querer, se transformó en el centro de eventos de la zona, ya que contaba con las comodidades necesarias para recibir a los vecinos en ocasiones especiales. Con el paso del tiempo, todos sabían que cuando por la televisión estuviesen dando algo importante, debían ir a presenciarlo a la casa de color blanco con celeste ubicada en las calles Guayana con Eduardo Frei.

Más allá de estos eventos, los muchachos siguieron semana a semana con las discusiones para lograr levantar el club que tanto añoraban. Eran muchos los detalles que debían ir viendo y en innumerables ocasiones las discusiones debían postergarse para otro día. De todos modos, entre conversa y conversa, reunión y reunión, nunca les faltó la bebida y alimentación sobre la mesa ya que la señora Edulia siempre se preocupó de que todos estuviesen bien.

Cada vez eran más los clientes que llegaban a la fuente de soda a tomar y comer algo. La dueña los seguía atendiendo a todos con la misma alegría y sonrisa de siempre, pero el espacio se había empezado a hacer chico. Es por eso que al volver de las *pichangas* los jóvenes empezaron a ubicarse en el patio de atrás de la casa, donde había algunas banquitas y una parte con techo para sentarse y conversar tranquilamente.

Las reuniones continuaron igual que siempre, con ideas, discusiones y acuerdos. Fue en el patio entonces, cuando un 29 de agosto formaron oficialmente el Club Deportivo Valentín Pardo. Fue en ese patio de la casa de Edulia, donde el primer presidente, Héctor Caiceo, declaró la existencia del glorioso y mítico club de la población Centenario de Los Andes. “Sin embargo, no debemos olvidar que el primer presidente que tuvo Valentín no fui yo, sino que fue don Sergio Cid, un caballero macizo, de bigote, bien buena persona y respetado por todos, que nos ayudó en los primeros meses o años del club. Después, ya legalmente, vendría siendo yo”, cuenta Caiceo.

En ese momento ninguno dimensionó la importancia que tendría en sus vidas este hecho. Ellos sólo estaban concretando, acompañados de un sándwich y una bebida, la idea que por tanto tiempo les rondó en la cabeza. Sin

embargo, la tarea estaba recién comenzando, ahora debían armar toda la logística que les permitiría jugar fecha a fecha.

Es así como las reuniones en la fuente de soda continuaron al igual que antes, pero ahora con una directiva establecida y con metas claras que cumplir. Cada encuentro duraba alrededor de dos horas, durante las que se discutían y acordaban los principales puntos establecidos en una especie de acta oral inicial.

Por ejemplo, analizaban el rival del domingo siguiente y evaluaban la actuación del Valentín en el encuentro anterior. Se ponían de acuerdo respecto de las camisetas y *echaban la talla* sobre situaciones que hubiesen ocurrido durante esos días. En general, se dedicaban a organizar y visualizar el panorama general.

La fuente de soda seguía llenándose de gente cada día e, inevitablemente, el patio dejó de ser el lugar propicio para reunirse cada semana (las bancas no eran suficientes para que todos se sentaran y tampoco podían contar con mesas para apoyarse ya que todas eran utilizadas en el negocio). A pesar de que Edulia seguía recibéndolos con cariño y apoyándolos igual que antes, la casa ya no contaba con los requisitos necesarios para llevar a cabo las reuniones de un club deportivo ya constituido.

“Como empezó a llegar más gente, ya no había espacio para nosotros. Poco a poco las reuniones empezaron a realizarse en la casa de Julio Tacchini y en el Centro Pro Adelanto de la población. Algunas veces extrañábamos la buena onda de la mamá del Renato y volvíamos para allá”, rememora José Hormazábal.

Edulia continuó regaloneándolos cada vez que iban y muchos de los miembros del *Valiente* nunca olvidarán cómo ella siempre se hizo del tiempo necesario para atenderlos. Por más lleno que pudiese estar el local, siempre tuvieron lo suficiente para recuperar energías y comenzar a armar el club.

Años después la fuente de soda bajó su cortina y cerró sus puertas definitivamente, había llegado el momento en que ella debía ser atendida y regaloneada. Pero sin duda, el recuerdo de aquellos años de calor, *pichangas*, bebidas y Valentín, permanecen vivos y nítidos en cada uno de los que pertenecieron a ese tiempo y ese lugar.

La ventana de don Alfredo

La fuente de soda de Edulia había quedado atrás. El Valentín estaba creciendo y como el espacio que los acogía en aquella casa celeste de las calles Guyana con Eduardo Frei ya no daba abasto, apareció un nuevo punto de encuentro en el camino.

Como todos los días, don Alfredo Tacchini abría las puertas de su negocio para que los vecinos de la población se pudieran surtir de los abarrotes necesarios para el almuerzo y la once. Su local se destacaba en el sector porque, además de la buena atención, llevaba por nombre Emporio San Judas Tadeo, una denominación bastante llamativa para la época (por decir lo menos).

En esos días, el hijo de don Alfredo, Julio, estaba asistiendo como oyente a las reuniones que sostenían la directiva y otros miembros del *Valiente* en la casa de Edulia. Soñaba, vibraba y se entusiasmaba con cada uno de los planes que surgían en aquellas conversaciones. Luego, cuando llegaba a su casa le comentaba los detalles de ésta a su padre y madre, de modo que, a través de los relatos, los fue haciendo parte de la historia y proyecciones del club.

A pesar de que Tacchini padre era dirigente de Huracán, no podía dejar de disfrutar con lo que su hijo le contaba. “Él era en general bien ligado al fútbol, más allá de los equipos. Nos iba a ver cuando jugábamos e incluso, muchas veces, nos acompañaba con mi mamá”, recuerda Julio.

Fue así como entonces, en el momento en que la fuente de soda de la madre de Renato Díaz empezó a ser un lugar poco viable para seguir juntándose todos los días, el Emporio san Judas Tadeo pasó, como por herencia propia, a ser el punto de encuentro para los miembros del club. Todos sentían que este lugar también tenía el ambiente y calidez necesaria como para continuar planeando y fortaleciendo al Valentín.

Si bien se trataba, básicamente, de un espacio para sentarse que se formaba en una de las ventanas del local, el sector era lo suficientemente cómodo para reunirse semana a semana y discutir los principales temas del club. De esta forma, la etapa de constitución y estructuración de las principales directrices, tuvo como hogar la ventana de don Alfredo.

Juntarse allí tuvo que ver con la consolidación de la identidad y el espíritu que acompañó por siempre al Valentín. Aquellos que le permitieron destacarse por su esfuerzo y perseverancia ante todo, por la amistad y compañerismo entre quienes lo iniciaron y por hacer partícipe a la comunidad de cada una de sus aventuras y desventuras.

Cuando estaban participando del campeonato y los delegados debían ir a reuniones de la Asociación, el resto de los amigos esperaba pacientemente en la ventana a que llegaran. Mientras esperaban se tomaban una cerveza y comenzaban a soñar y planificar todo lo que se venía por delante. Una vez que llegaba el resto con la información sobre el rival para la próxima fecha, empezaban en conjunto a preparar el partido.

“Nos sentábamos, nos informábamos, esperábamos a los delegados que iban a reuniones y sabíamos con quien nos tocaba jugar y todo. Así que desde el lunes ya estábamos comentando el partido que nos iba a tocar el domingo”,

rememora Carlos Córdova, más conocido como *Carlyne*. El disfrute de poner los pies sobre la cancha en el próximo partido comenzaba apenas se daba el pitazo final del partido anterior y se acentuaba en cada una de las reuniones en el Emporio.

Como los miembros del Valiente nunca se han destacado por tener el volumen de voz bajo, sus conversaciones podían ser escuchadas por don Alfredo aun cuando se encontraba al interior del negocio. Es por eso que gracias a lo que oyó, sumado a lo que su hijo le contaba con posterioridad, supo que estaban teniendo problemas para armar la indumentaria deportiva. Habló con su señora y entre los dos cooperaron para que los muchachos salieran adelante.

“Mi papá se metía ahí, contento, mi mamá también estaba metida en los asuntos. No teníamos pa’ camiseta y sacábamos fiadas por ahí y las teñíamos, mi mamá era la que las teñía. Una vez nos hizo unos pantalones de saco de harina y así nos ingeniábamos”, señala.

Ellos eran *cabros* buenos, a las 11 de la noche estaban acostados y nunca anduvieron armando escándalos. Por eso mismo, tanto los Tacchini, como otros papás tuvieron la disposición para ayudarlos en situaciones como esa. Incluso después, cuando se casaron, las mismas esposas se ofrecían para colaborar en lo que fuese necesario.

Pasaron las semanas y tanto las reuniones como el equipo se fueron consolidando cada vez más. El Valentín no sólo disputaba encuentros en los campeonatos de la Asociación, sino que también participaba en torneos de baby fútbol. La ventana del Emporio San Judas Tadeo fue el testigo fiel de todo ese proceso de crecimiento del club.

Sin embargo, en el año 1973, a casi una década de la formación oficial del *Valiente*, el corazón de Alfredo Tacchini dejó de latir. Julio se encontraba solo con su madre, por lo que sabía que las únicas personas que podían acompañarlo, ayudarlo y entenderlo en este difícil momento, eran sus amigos del Valentín Pardo que tantas jornadas habían pasado en la ventana de su padre.

Atravesó la calle rápidamente y le dio aviso de lo sucedido a la familia de José Hormazábal. Ellos lo socorrieron y ayudaron en lo que fue necesario, al mismo tiempo que los recuerdos de las innumerables reuniones en el negocio se hacían presente en cada uno de los miembros del equipo que comenzaron a llegar al lugar. Luego de ese día, la imagen y figura de don Alfredo pasó a formar parte de los personajes históricos del club.

Su hijo heredó el almacén de abarrotes y, por un tiempo, éste continuó siendo el centro de reuniones. Decidió eso sí cambiar el nombre del local, en honor a la memoria de su progenitor y a la historia familiar.

Fue así entonces como el Emporio San Judas Tadeo, que había cedido amablemente su ventana a un grupo de jóvenes, pasó a llamarse Emporio Tacchini. Sin importar el nombre del lugar o que su dueño ya no se encuentre presente allí, las vivencias y planes que se forjaron en ese espacio siguen inscritas en el cemento y las bisagras que siguen conformando aquella ventana.

Del Maracaná al estadio Centenario

El reloj muestra las seis de la tarde. Los pitos y chicharras suenan con fuerza para dar término a la jornada laboral. Algunos guardan sus pecheras, otros sus overoles. Los más chicos, igual que los pseudo grandes que trabajan, suben a sus bicicletas pedaleando con velocidad. Todos tienen un destino en común: un terreno baldío, similar a los llanos andinos de inicios de siglo XX.

Dichas bicicletas –con manubrio de cacho y delgadas como varilla de cobre– llegan al tierral más popular de la población Centenario. Los zapatos comienzan a ensuciarse mientras bajan de los pedales. Las manos se frotan, y las mismas pecheras y overoles se dejan caer al igual que las mochilas de jean. Rápidamente, los dueños de las bicicletas empiezan a desabrigarse. Sus piernas se estiran con agilidad y, a pequeños saltos, la gente se dirige hacia el terreno.

El sol se esconde entre las montañas de la cordillera de la Costa. Uno de los visitantes toma un palito y, agachándose, lo arrastra formando unas especies de límites parecidos a las líneas laterales de una cancha. A cada lado, troncos unidos con pitillas que se asemejan a los umbrales de una puerta dan vida a los arcos de ese peculiar terreno. Renato Díaz saca un balón de su mochila, tal como lo ameritaba su condición de prestador de pelotas. La tira al campo de juego y, poco a poco, comienza a *chutearse* entre los jugadores. No hay reloj, no hay tarjetas, no hay envidia. Es hora de jugar después de una tormentosa jornada de trabajo. Casi siempre, el mismo dueño de la pelota – ubicado como futbolista y no como árbitro– lleva sus dedos a la boca y con un airecito sopla indicando el inicio de la *pichanga*.

Según el conocimiento popular, al terreno, ubicado en la calle Arturo Prat (sector sur de Los Andes), se le llamaba *Maracaná*. “Nosotros éramos *cabros* cuando empezamos jugando en el *Maracaná*, que era un potrero que había donde ahora está la población Arturo Prat. Antes, como en los años 60, no se dejaba jugar a la pelota en la calle, a pesar de que no había ni autos que pasaran por la calle, que eran todas de tierra. Los *pacos* no dejaban; se llevaban presos a los *chiquillos* que jugaban. ¡Igual no más jugábamos, *poh!* (ríe) El asunto es que *pa´* no tener problemas con los carabineros, nos íbamos a jugar al *Maracaná*. Aunque igual jugábamos en la calle Brasil, Uruguay. En realidad, en todas partes. Pero se puede decir que todos nacimos ahí futbolísticamente”, relata don Renato, ex jugador de Valentín Pardo.

“El *Maracaná* era un clásico de Centenario. Ahí de repente jugaba de local el Deportivo Tres Esquinas, que era de la gente que vivía cerca de la calle Señor Pobre, a la entradita de Los Andes para arriba, *pa´* la cordillera. Yo jugaba ahí antes de meterme a Valentín Pardo”, cuenta Francisco Rodríguez, *Cantatore* para los amigos.

Diversas teorías se barajan sobre su nombre. Guillermo Montenegro, alias *Pecho de Buque*, miembro del *Valiente*, comenta que “se le llamó *Maracaná* porque era un lugar popular, un terreno donde iban todos a jugar, compartir, *lesear*. Era popular, un cancha del pueblo, igual que la cancha que hay en Brasil, donde el Roberto Córdor Rojas se hizo un tajo en la cabeza. Ese era nuestro estadio, el lugar donde, con piedras y en medio de la tierra, le echábamos *pa´* delante y jugábamos todos los días como a las seis de la tarde”.

Carlos Córdova, alias *Carlyne*, agrega que “además de ser popular, al *Maracaná* le pusieron así porque era grande, ¡el medio pedazo de terreno! Ahí

se sembraban sandías, árboles frutales. De todo. Era el terreno del pueblo en el que todos sí podían jugar, en un tiempo en que los carabineros no dejaban jugar en la calle”.

Tan popular era que no sólo se hacían espectáculos deportivos, sino que también actividades de índole cultural. “En el *Maracaná* había de todo. Desde *pichangas*, hasta circos, ramadas e, incluso, campamentos de gitanos”, cuenta el mismo *Carlyne*, quien recuerda un hecho muy particular con estos nómades invitados.

“Me acuerdo que el *Maracaná* nació como tal a principios de los años 40. Ya estaba instaurado en la cultura de Los Andes. En su identidad. Y ahí había de todo. Tanto así que una vez llegaron unos gitanos al *Maracaná*. ¡Bonitas las gitanas, *huevón oh!* He visto mujeres lindas, pero como esas, muy pocas veces... Pero, bueno, no nos desvirtuemos del tema (ríe). Una vez, no me acuerdo cuándo, estábamos jugando con los *cabros* cuando unos gitanos, dos hermanos parece que eran, se acercan a nosotros y nos dicen si podían jugar. Nosotros los miramos no más, pero como que no queríamos que jugaran mucho, porque teníamos prejuicios contra estos *huevones*, *poh*. ‘*Sólo queremos jugar un rato, paisano*’ nos dijeron. Nos insistieron tanto que los dejamos, *poh*. ¡Y empezamos a jugar, *mierda!*... Andaban con camisetas, unas botas más lindas que la *cresta* y unos pañuelos que ni te cuento... Jugando una *pichanga* metieron entre los dos como diez goles... ¡*Putá* los gitanos buenos *pa’* la pelota!”

Julio Tacchini destaca que “jugábamos así en esa cancha. Te *caíai* y *quedabai* más rayado que la *cresta*. Y los camarines, imagínate, por ahí vistiéndose a la orilla de la cancha. De repente nos iba a ver la familia y, siguiendo esta tradición de jugar en canchas pobres, de tierra, *pa’* pasarla bien,

cuando íbamos al campo, nos bañábamos en pelotita en las acequias que pasaban al lado. El *Maracaná* tenía una acequia chiquitita, con una hilerita de agua. Una cosita poca. No podíamos bañarnos, así que después de jugar, nos íbamos a la casa”.

Los jugadores, quienes tanto recuerdan las anécdotas del *Maracaná*, jugaron por años las *pichangas* de barrio. Lloviendo, nevando, con truenos y relámpagos, frío o calor, religiosamente se juntaban a las seis de la tarde aproximadamente a mover las piernas. No se conocían las lesiones ni el cansancio post trabajo. Eran otros tiempos, esos en los que la gente caminaba para movilizarse de un lugar a otro, donde no había contaminación, esos en los cuales la amistad se demostraba acompañando a los amigos a ir a cazar, recorrer los cerros y comer sandías hasta más no poder. El *Maracaná* brindaba todo eso: tenía grandes praderas y sembradíos, colindaba con cerros y, además, poseía una cancha de fútbol (más bien *pichangas*) en la que todos mantenían ese espíritu de unidad.

Después de dos horas de arduo juego de pelota, los dueños de las bicicletas recogen sus overoles y pecheras del suelo enterrado en dirección a sus casas. Daba lo mismo si tenían que pasar rabias en sus trabajos con tal de jugar un partidito de fútbol en la cancha del *Maracaná*.

Mientras los chicos de Valentín Pardo vuelven a sus casas, algunos de ellos pasan con sus bicicletas por la Avenida Chile frente a un lugar conocido por la población, un portón gigante de color celeste que contiene sobre su cabeza un triunfal letrero que demarca el ingreso a cualquiera de sus visitantes. Tal pieza de madera con letras pintadas de blanco dice claramente Estadio Centenario.

“El Centenario es como el estadio de Los Andes. Yo creo que, incluso, es más importante que el Regional (donde hace de local Trasandino de Los Andes). Acuérdense que el Estadio Regional de Los Andes tiene veinte años de vida no más. En la época que les estoy hablando, como en los 60, Trasandino jugaba en Estadio Hermanos Clark, ubicado en el sector norte de la ciudad, a un costado de la línea férrea donde pasaba el Ferrocarril Trasandino. En esos años, era una porción de tierra llena de piedras que estaba al revés de cómo está ahora (actualmente se encuentra en posición horizontal, paralela a la Avenida Chile; en los años 60, el Centenario estaba en posición vertical) y tenía unas graderías todas roñosas. Era muy importante porque todos los partidos se jugaban ahí”, cuenta José Hormazábal, ex jugador de Valentín.

Sin embargo, lo que diferenciaba al Centenario del *Maracaná*, dos canchas neutrales que identificaron a la población, era, justamente, ese portón. El Centenario pasaba cerrado, lo que convertía al *Maracaná* en el lugar más accesible para jugar. “En el Centenario podíamos jugar cuando estaba abierto. A veces se dividía en cuatro partes y en cada cuarto se armaban *pichangas*. Pero, más que nada, íbamos a jugar los sábados, cuando se hacían los campeonatos interescolares y participábamos todos”, relata Adolfo Rodríguez, más conocido como *Cura*.

Cuando los terrenos del *Maracaná* comenzaron a ser ocupados para la agricultura y, luego, para la construcción de viviendas, los muchachos del *Valiente* habían tomado la iniciativa de convertirse en un club amateur serio. “Nos habíamos convertido en Valentín Pardo con todas sus letras. ¡Cómo íbamos a jugar en el *Maracaná*! Esa era una cancha de tierra, un potrero para las *pichangas*. Como club serio, necesitábamos un lugar bonito para jugar. El único que teníamos y que era de la población, así como que nos representaba, era el Centenario”, comenta Hormazábal.

Los centenarinos se creyeron el cuento al momento de instaurar la identidad que tanto los representa hasta hoy. Como la población más antigua de la ciudad, querían tener de todo, incluso, dos estadios. He aquí donde los nombres del *Maracaná* y del Centenario llenaron de orgullo a los vecinos quienes, a pinta de picardía criolla, hicieron parte de sus vidas esa cultura barrial distinta a las demás.

Según Julio Tacchini, los bautizos de ambos lugares no fueron por azar. “Como acá teníamos la cancha Centenario, el Estadio Centenario, entonces pasó algo muy divertido. La gente le puso *Maracaná* al *Maracaná*, porque era uno de los estadios más populares de América. Si teníamos el Estadio Centenario de Uruguay, ¿por qué no tener el *Maracaná* de Brasil, *poh!* ¡Qué mejor que tener los dos estadios más grandes del continente en nuestra población, *poh!* (ríe) La gente le puso así. Incluso, habían dos fuentes de soda famosas en Santiago, que eran la fuente de soda Hanga Roa y el Goyesca, y aquí en la esquina de la plaza también le pusieron a una fuente de soda Hanga Roa y a otra le pusieron el Goyesca”, explica.

De momento, el Centenario servía para que Valentín Pardo jugara partidos amistosos, porque, al no encontrarse en la Asociación de Fútbol de Los Andes, no podían jugar en competencias locales. No obstante, la idea era pasarla bien y, vez que les resultaba, conseguir un adversario para hacer fútbol.

“Los clásicos eran con el Huracán y con Escuela, ambos de Centenario también. Lo que pasó es que estos equipos estaban en la competencia, en la Asociación de Fútbol de Los Andes y nosotros no estábamos ahí porque no podíamos. Nosotros íbamos a jugar al campo, *pa’* allá, *pa’* acá, a todos lados, Pero qué pasó, que en el campo se fueron organizando los clubes y ya era más

difícil jugar un día domingo porque estaban en competencia entre la Asociación de Rinconada, por ejemplo. Nosotros, los del Valentín, nos repartíamos entre Huracán, el Escuela, yo jugaba en el Lautaro, Ferroviario. Entonces después decidimos retirarnos de todo eso y entrar a la competencia como Valentín Pardo, ya en serio”, dice Tacchini.

Ahora bien, una de las anécdotas más sabrosas que puede haber sobre el Centenario es la que don Héctor Caiceo, veterano de guerra del *Valiente*, diseñador de camisetas y otrora referente del club, narra:

“Nosotros nos habíamos convertido en club amateur y necesitábamos cancha para jugar. Queríamos jugar en la cancha Centenario, pero la Asociación la cerraba. Entonces, como a mí me metieron en política, yo llegué y hablé porque no teníamos dónde jugar. Marco Antonio Roca, un caballero de Los Andes, era Director de Deportes del Estado. Él era demócrata cristiano, igual que yo. Estamos hablando como del año 70, cuando entraba Salvador Allende y salía Eduardo Frei Montalva, también DC. Yo le mando una carta diciéndole que nosotros no teníamos dónde jugar y que el Estadio Centenario era el único estadio que había y lo cerraban. Roca envía un decreto y... Ya *poh...* El decreto decía: ‘entréguese a Valentín Pardo a cargo de ellos el Estadio Centenario de Los Andes’. Y no que llega a la Asociación. ¡No sabían qué hacer! Esto era una cosa máxima. Los de la Asociación vinieron a conversar con nosotros. Nuestro objetivo era que lo abrieran, no que nos hiciéramos dueño de él. Lo querían dar en comodato por cien años. Nosotros se lo podríamos haber prestado a la Asociación. Podíamos tomar posesión de inmediato. Fuimos nosotros los que dijimos que no era *pa´* tanto la cuestión. Era de la ciudad. Pero si hubiéramos querido, todavía estaríamos como dueños”.

Desde ahí, el Estadio Centenario comenzó a abrirse a todo público y todos los días. En el verano se comenzaron a hacer los campeonatos de verano y de la ciudad, mientras que cada domingo el *Valiente* salía a divertirse luego de años a la deriva. Tomados en cuenta por la Asociación y comprendiendo que podían ser más que un simple club de fútbol amateur sin derecho a participación, Valentín Pardo da el puntapié inicial de un partido difícil, lleno de obstáculos, dejando de lado los potreros de niñez por las galerías juveniles que esperaban con ansia el show del domingo.

Las bicicletas llegan a sus hogares. Sus dueños se sientan a la mesa. Entre una conversación vespertina y un plato de sopa caliente, los muchachos guardan sus overoles y pecheras en el ropero esperando un nuevo día. “Tenemos dos canchas para jugar”, dicen algunos... No hay excusas para no hacerlo.

El River Plate de Los Andes

Para los hinchas del fútbol, defender los colores es lo primordial al momento de salir a la cancha y jugar un partido frente a un adversario. La intención es aleonar a sus jugadores como posibles caballeros legendarios que junto a sus espadas salen al campo de juego con el objetivo de vencer a cuánto contrincante se les oponga, sea quien sea, vista los colores que vista. Si Valentín Pardo tenía tanta gente que los seguía donde fuese, cualquiera podría pensar que el equipo era muy bueno para la pelota y representaba los valores propios de una institución deportiva. Y tienen razón, ya que los valores estaban arraigados en sus jugadores. Sin embargo, sobre defender colores... Quizás no tanto.

Una de las tantas noches de octubre de 1962, a meses de que la Selección Chilena había conseguido el histórico tercer lugar en el Mundial de Fútbol realizado en nuestro país ese año, los muchachos de Valentín Pardo se encontraban reunidos en la Plaza Centenario. Las risas abundaban y el jolgorio distendía el ambiente, pues debían prepararse para el primer partido de Valentín Pardo contra Alianza Curimón (perteneciente al sector rural Curimón, ubicado en la comuna de San Felipe y que limita con Los Andes) el domingo siguiente. “Quedaba poco para ese partido y estábamos viendo quiénes jugarían contra Alianza, que nos había invitado. Fue nuestro primer partido como Valentín Pardo, porque antes habíamos jugado pero con otros nombres asociados a la iglesia de Fátima”, cuenta Francisco Rodríguez, *Cantatore* como le conocen sus amigos.

Sin embargo, mientras sorteaban a los posibles jugadores, se dieron cuenta que algo importante les faltaba. “Estábamos reunidos en la plaza Centenario. Los jugadores estaban casi listos. Me acuerdo que se eligió a Renato Díaz, al Julio (Tacchini), *Cantatore* (el recién aludido Francisco Rodríguez), Héctor Caiceo y otros más. Estábamos listos, hasta que nos dimos cuenta de algo: no sabíamos con qué camiseta íbamos a jugar, *poh. Chuta*, con qué jugaríamos el domingo. Y empezamos a discutir qué nos pondríamos. La camiseta es algo súper importante, pero como en ese tiempo no sabíamos lo que era representar a alguien y lo único que queríamos era jugar a la pelota, igual como que no nos importó mucho. Pero, como club, necesitábamos una camiseta”, señala José Hormazábal.

Las interrogantes sobre qué usar el domingo abundaron entre los jugadores que sólo querían demostrar por qué habían decidido participar en encuentros amistosos. Uno de los que estaban ahí era don Héctor Caiceo, quien, ocurrentemente, propuso una solución. “Era difícil encontrar camisetas en esa época, porque la mayoría jugaba con los mismos colores. Si no eran negras, eran plomas o blancas. Bueno. Teníamos que jugar con algo; no podía ir a con camisa y pantalones. Entonces, yo conocía a uno de los dirigentes de los Rápidos, un club viejo de la población acá en Los Andes, y ellos ocupaban unas camisetas amarillas, roñosas, harapientas (ríe). El caballero era de apellido Olivares. Entonces, les propuse a los muchachos pedir esa camiseta por mientras y después hacer una nueva. Ya *poh*, me dijeron los *cabros* del Valentín. Y fui donde este *cabro* Olivares, no me acuerdo del nombre, y me prestó las camisetas. Así que salimos a jugar de amarillo, algo que igual era nuevo dentro del fútbol amateur de acá de Los Andes”, narra Caiceo.

Con dichas camisetas amarillas, los muchachos de Valentín Pardo pudieron jugar su primer partido oficial como institución. El resultado fue 1 a 0 a

favor del *Valiente*, quien jugó de visita en la cancha del deportivo Alianza Curimón.

En una semana era casi imposible diseñar un traje deportivo e iniciar la costura, por lo que don Héctor Caiceo mantuvo la idea de pedir prestadas las camisetas a los Rápidos por unos meses. Será porque daban buena suerte o porque eran cómodas. El asunto es que servían para los próximos partidos que el equipo de Centenario debía disputar. No obstante, la rutina de cada viernes en los que se reunía con el dirigente de los Rápidos y pedir las camisetas amarillas comenzó a cansar a Caiceo. “Yo me quise hacer cargo del vestuario de los *cabros*, así que tenía que aguantar no más. Pero llegó un día en que hablé con los *chiquillos* del Valentín y les dije si querían seguir jugando por mientras con esas poleras amarillas. Ninguno se opuso. Era como enero o febrero del 63, cuando fui donde el caballero de los Rápidos y le pregunté si me quería vender las camisetas. Ya *poh*, me dijo. Como su club tenía otras de recambio, nosotros se las compramos y las usamos hartos años”, sostiene.

Todos felices. Los Rápidos habían hecho un gran negocio con Valentín Pardo, así como quien traspasa a un jugador chileno al Real Madrid o al Barcelona de España. Como en buen chileno, se hicieron *la américa*. El *Valiente* siguió jugando y ganando, creándose una fama inquietante entre los equipos de la provincia de Los Andes. Fue tanto el furor por los regates de Manuel Saavedra, los amagues de Carlos Córdova y las fintas de Francisco Rodríguez que todos los equipos querían jugar contra Valentín. Incluso, algunos combinados de jugadores profesionales que entrenaban para las futuras temporadas de la competencia nacional. De hecho, la sorpresa fue mayúscula cuando se invitó a Valentín Pardo a jugar contra el Club Deportivo Enap, un equipo de futbolistas profesionales que tenían relación con la refinería de Con

Con. Don Héctor Caiceo recuerda ese momento como una de las anécdotas más importantes del club.

“Una vez nos invitaron a Con Con a jugar con la Enap (Empresa Nacional de Petróleo). Nos invitaron a la cancha donde entrenó la selección brasileña en la época del Mundial de Chile 62. Jugaban futbolistas de Santiago Wanderers, Everton y Unión La Calera. Pedro Arancibia y Osvaldo *Pata Bendita* Castro eran algunos de ellos. El *Mangora* (Manuel Saavedra) fue esa vez a jugar por nosotros. Y claro, *poh*, si fue él quien logró que nos invitaran a jugar allá porque él ya estaba jugando en Unión La Calera. Cuando llegó fue a saludar a todos, *poh*. Entonces, invitan a Valentín Pardo con la Enap y en el tremendo estadio con hartos público. Y cobraban. Teníamos hasta las camisetas amarillas que le compramos a los Rápidos... Y el público esperaba que saliera nuestro equipo porque el otro era de profesionales que movían la pelota. ¡Y sale Valentín Pardo todo disparejo, chicos, con una pinta de nada! Yo creo que la gente debe haber dicho ‘¿y a este equipo invitaron?’. Ya, *poh*. Comienza el partido. Parte el otro equipo, hace un avance y gol. ¡No había pasado ni un minuto y ya nos habían hecho un gol! La gente, yo creo, quería que le devolvieran la plata. Bueno, empezamos de nuevo, y nos recuperamos. El *Luchín* (Luis Céspedes, integrante del *Valiente* y que jugó profesionalmente en Unión San Felipe) jugó en la esquina y el *Mangora* jugó en el medio para armar. Y empieza el *Luchín* a darle un baile a un profesional del Everton. Se lo sacó como quiso y, después, ¡gol de Valentín Pardo! Después de ese empate seguimos jugando. ¡Ganamos 3-1! Cuando terminó el partido, la gente se paró a aplaudirnos y los de la Enap quedaron *plop*”, relata don Héctor, quien acompañó al club en esa visita a la costa de la Quinta Región.

Pero la historia de la camiseta de Valentín Pardo no quedó ahí, en las poleras amarillas al estilo avispa. Cuando don Héctor se dio cuenta que era

complicado diseñar un vestuario propio del cuadro de la población Centenario, debió pedir ayuda a algunos colaboradores del club. Julio Tacchini recuerda cómo hicieron para crear dicha indumentaria y qué colores deseaban proyectar, pues las amarillas de los Rápidos ya estaban obsoletas para el colectivo del *Valiente*.

“No teníamos pa’ camiseta y sacábamos fiadas por ahí y las teñíamos; mi mamá cooperaba con las teñidas. Comprábamos esas camisetas blancas en la *Casa Vargas* (una tienda de ropa y telas de Los Andes), que eran baratas, pero las teñíamos. Las teñimos nosotros, unas azules que terminaron plomas las *huevás*, porque no sabíamos teñirlas”, comenta Tacchini.

Mientras los jugadores de Valentín trataban de imitar el trabajo que hacía la madre de don Julio, tiñendo camisetas azules y rellenando con amarillo los amistosos en los que participaban, el experimento terminó siendo un completo fiasco. Fue así que las reuniones en la Plaza y, sobre todo, en la casa de Renato Díaz, se hicieron cada vez más importantes.

Una de aquellas noches de invierno de 1963, en la fuente de soda de la señora Edulia Chávez, los muchachos de Valentín Pardo sintieron que ya era tiempo de un cambio de vestimenta, algo que habían manifestado con antelación. Sin embargo, como en todo cambio, se necesitaba algo fundamental: la plata. Rifas, *shows* y partidos a beneficio sirvieron para conseguir el dinero que Héctor Caiceo, encargado de las camisetas, requería para mandarlas a hacer de manera seria. Adolfo Rodríguez, alias el *Cura*, cuenta que cada una de las series debía juntar plata para comprar la indumentaria y, para eso, se las ingeniaban como podían.

“Me acuerdo que se hicieron unas rifas en la población para juntar la plata y se hacían rifas. Una vez, hicimos una y publicamos la lista con los ganadores. En la lista aparecían los ganadores y salía: ‘la señora Matilde Urrutia de Copiapó’ o ‘el señor Aldo Baeza de Temuco’. Nadie conocía a los ganadores, si, en realidad, no había premios. Inventábamos a los ganadores, *poh*, *huevón*. La gente ni reclamaba. Al contrario. Sabía que estábamos leseando y nos daban cien pesitos o doscientos. Nos fueron tomando cariño. Y qué... Si los premios eran *re* buenos: primer premio, un viaje al caribe; segundo premio, un auto; tercer premio, una casa”, relata con picardía el *Cura*.

Pasaron cerca de dos años con rifas sorpresas y premios más falsos que Judas Iscariote, pues, entre tanta tertulia en casa de don Renato, las ideas comenzaron a florecer. Para los jugadores de Valentín Pardo, el equipo era el más grande y famoso de Los Andes, ya que era invitado en amistosos, no perdían casi ningún partido y, según ellos, la mística y los valores que demostraban en la cancha no los impartía nadie. Por tal motivo, muchos de ellos querían imitar los colores de un club grande, profesional y atractivo.

“En esa época, estamos hablando de 1966 más o menos, Chile jugaba el Mundial de Inglaterra y como que estaba de moda la Selección Nacional. Entonces, se nos ocurrió la idea de hacer una camiseta con los colores de Chile, *poh*. Se lo propuse a los *cabros* y todos dijeron que sí. Y, por fin, empezamos a hacer el diseño. Yo cree las nuevas tenidas de fútbol. Rojo y blanco. Muy diferente y que no tenía ningún equipo. Era algo original. Ahora tú puedes ver en la televisión algunos equipos que visten con ropas que ya habíamos creado en ese tiempo. Así que usábamos pantalón rojo y una polera blanca con rayas rojas. Antes era o azul, blanco o negro. Yo mismo mande a hacer las tenidas con diseño. En la calle Independencia (una de las cuatro avenidas de Los Andes) había una fábrica de camisetas. A esos tipos les gustó

tanto el diseño, que lo dejaron allá. Y acá, cuando salimos con camisetas nuevas, éramos un espectáculo”, cuenta Caiceo.

Para los muchachos del *Valiente*, dicha indumentaria era mucho más bonita que las anteriores. Ya no parecían abejorros ni pitufos plomos, sino que verdaderos futbolistas, semi profesionales. “Con las camisetas nuevas podíamos decir que estábamos listos para salir a jugar sin problemas, sin vergüenza. Eran lindas las camisetas y el pantalón era rojo. Toda una anécdota, porque nadie vestía de rojo. En Chile, yo creo que eran contaditos con la mano los que usaba camisetas así”, comenta Renato Díaz, anfitrión de los pseudo *malones* (reuniones – fiestas de antaño) que hacía Valentín Pardo.

Entre los intentos salieron dos tipos de camisetas. La primera albirroja nació a principios del año 65 y era similar a la de Vélez Sarsfield, equipo profesional argentino, que tenía una “V” en el pecho, pero de color rojo. El proyecto duró meses, puesto que no fue del gusto de los jugadores. Luego, y aunque parezca raro por el tiempo en que se demoraron en hacer las camisetas, por esas casualidades del fútbol, jugaron con otro tipo de indumentaria. Se trata de una polera al estilo Athletic de Bilbao que tuvo varias rayas rojas verticales. Se hizo rápidamente porque estaba pintada a mano con la camiseta blanca de base. Duró poco tiempo, porque tampoco gustó. “Nos mareábamos con tantas rayas. Parecíamos cebras rojas”, señala don José Hormazábal.

Para que usted pueda imaginarse qué tipo de indumentaria tenían, la polera tenía una especie de banda sangre que cruzaba el pecho y el estómago de los jugadores, en medio de un fondo blanco. Los pantalones rojos y todos ocupaban zapatos negros. A eso se le suma que, para ser más bonito el cuento, a algunos jugadores se les ocurrió patrocinar el club con publicidad.

Carlos Córdova recuerda que “Valentín Pardo fue uno de los primeros clubes de la provincia que tuvo propaganda en la camiseta. Lo auspiciaba *Hero Auto*, una empresa de venta de autos que había acá en Los Andes. Nos ayudaron al tiro, porque como que, no sé... Éramos confiables. Nos ayudaron con las medias y las camisetas ya diseñadas”.

Pero eso no quedó así. En el año 1967, cuando la hueste albirroja era conocida en todo Centenario por su juego y valores compartidos, la identidad del equipo quiso plasmar en el corazón con un símbolo. Si Valentín Pardo se vestía como profesional, debía tener una insignia como profesional. Esa era la única forma de ser un verdadero equipo, único, unívoco, uniforme. La identidad del cuadro centenarino se manifestaba con llevar en el pecho un escudo por el cual defender los valores propios de sus colores. “Cuando pasó esto, queríamos que el club tuviese una insignia y una tenida formal. Yo hice la insignia de Valentín Pardo. Creo que no la tiene nadie, porque era una mezcla de la insignia del Everton, pero con la ‘V’ y la ‘P’”, narra Héctor Caiceo, ideario de la tenida deportiva. Después se utilizó otro tipo de símbolo. “Teníamos un cóndor como insignia, más o menos como en el 70, 71 en adelante. Representaba a Los Andes, pero después volvimos a la ‘V’ y la ‘P’ que teníamos antes”, cuenta Guillermo Montenegro, alias *Pecho de Buque*.

Con la camiseta banda sangre e insignia casi profesional, Valentín Pardo se transformaba en el equipo amateur más serio y, paradójicamente, *chacotero* de la provincia de Los Andes. Y como el deseo era imitar a uno de los famosos de la época, los colores de Chile que se pensaban defender se convirtieron en otra cosa. El *Valiente* dejaba de ser la ilusión del elenco nacional tan aplaudido en la víspera del Mundial de Inglaterra para transmutarse en uno de los equipos de fútbol más famosos de la historia.

“Con esa vestimenta, nos parecíamos a River Plate... Éramos los River Plate de la provincia de Los Andes”, comenta Julio Tacchini, quien alude que “nos gustaba eso, porque éramos como famosos. Sobre todo cuando nos invitaban a jugar en Calle Larga, San Esteban, Catemu, Casablanca... *Putá*, ¡¿a dónde no fuimos?! Fueron los mejores tiempos de mi vida”.

CAPÍTULO 2: LOS EMBAJADORES DE LA POBLACIÓN CENTENARIO

La aparición de un mago

Son las 9:30 de la mañana y los niños de la Escuela España de la ciudad de Los Andes se soban las manos al saber que están a punto de iniciar el primer recreo de la jornada. Suena la campana. Las puertas de las salas de clase se abren simultáneamente, dejando escapar un montón de chiquillos que, audazmente, compiten por llegar primero al kiosco.

A los niños no les llama la atención que un caballero delgado, alto, de aproximadamente metro 80, atienda el lugar. Tampoco les importa su vejez - que representa fácilmente unos 70 años-, su calvicie, lentes y nariz respingona similar a la de un actor de cine. Sólo se refleja una persona a la que centenares de chicos piden un cuánto hay, admirado por su paciencia y rapidez en las ventas de pancitos con queso, sándwiches, dulces y bebidas. Con su agilidad parecía un mago que con su varita mágica los hace felices.

¡Quién de esos niños iba a saber que detrás de ese caballero tan querido, había una historia tan mágica! Si no hubiese sido por sus padres, nunca habrían aprendido que dicho maestro del kiosco era Manuel Saavedra, uno de los *wines* izquierdos (o delanteros que corren por dicha banda) más importantes del fútbol chileno, quien con su zurda mágica palmoteaba el balón con una delicadeza y precisión que, incluso, el mismísimo delantero de Universidad Católica, Nicolás Trecco, convertiría en goleador.

Nacido en enero de 1941 en Los Andes, desde niño jugó en el equipo de fútbol de barrio de la ciudad, Valentín Pardo. A pie pelado, movía sus piernas largas y un tanto *chuecas* para hacer maravillas con la pelota. Su talento era

innato. Era capaz de bajar un balón y volverlo a pasar entre las piernas del contrincante con una sutileza encantadora. Nadie se le comparaba en la cancha de la población Centenario cuando, a sus 16 años, ajustaba su pie izquierdo y, de memoria, metía unos pases como si hubieran sido con la mano.

“Cuando era chico, una vez me escapé al *Maracaná* a ver al *Mángora*, que era como le decíamos al Manuel. Cuando me asomo, veo que unos *cabros* lo tenían rodeado. Pensé que le iban a pegar, *poh*. Miro de nuevo, y me di cuenta que no le querían pegar *ná, poh*, sino que estaba jugando a la pelota y como siete niños le querían quitar la pelota. No sé cómo lo hizo, pero, de un momento a otro, el Manuel sale con la pelota en el pie izquierdo entremedio de todos *cabros* que lo tenían acorralado. No había espacio ni nada, pero igual se lo hizo y dejó pagando a todos, con la pelota controladita. Y siguió jugando. Tenía una facilidad para pasarse a los jugadores y dominar la pelota, incluso, cuando estaba encerrado”, cuenta José Hormazábal.

Fue ese talento el que lo llevó a decidirse por el fútbol profesional, pero con mala fortuna en el comienzo. Llegó a probarse a Trasadino en 1960. Delgado, con sus piernas chuecas y nariz respingona, sabía que era tarde para comenzar una carrera. Aunque lo primero que hizo fue tomar una pelota y desbordar por la banda izquierda siendo atacado por tres defensores, el entrenador de la época, Raúl Pino, le dijo que no servía para el fútbol y que se dedicara a otra cosa.

Sin embargo, como los magos no tienen mala suerte, siguió buscando, jugando sus *pichangas* de barrio, hasta que supo que en Unión La Calera buscaban jugadores. Después de haber ido con tres amigos a probar suerte – porque de eso se trata cuando un futbolista te habla de *probarse* – y el adiestrador de los cementeros, Salvador Biondi, necesitaba un delantero para el

equipo de los reservas, “en cinco minutos Manuel estaba en la cancha, flaco y nervioso. Con 65 kilos y metro ochenta, cualquiera hubiera pensado que estaba al borde de la desnutrición”, relata su amigo Jorge *Cabezón* González, quien fue arquero de Valentín Pardo y con el que compartió algunas anécdotas.

Dos goles y un par de túneles a Antonio Vargas (un *toro* en la cancha) bastaron para que, dos semanas después, firmara por el equipo. Por fin el *magó* –apodado así por sus mágicas habilidades con las piernas chuecas y encorvadas– había sido tocado por la varita que lo desprendió de las *pichangas* a pie pelado por el pasto a botín.

“Además de ser un buen hombre, Manuel era un excelente futbolista que a punta de esfuerzo llegó a ser profesional. Hacía lo que quería con la pelota. En La Calera lo admiran al Manuel. De hecho, una vez estaba trabajando *pa´* allá arriba, en la mina, y el Manuel me fue a ver, *poh*. Mientras trabajaba, un compañero se me acercó y me dijo ‘Oye, ¿ese no es el Mago Saavedra? Huevón, ¡es el Mago Saavedra!’. Pero si es mi amigo, le dije. Claro, *poh*. El hombre era de Calera y ahí idolatraban al Manuel. Invité al muchacho a conocerlo y se quedó *pa´* adentro”, comenta Guillermo Montenegro, el *Pecho de Buque*.

Debutó con Deportes La Serena y marcó dos veces. Luego, en Santa Laura contra Unión Española, un gol cerca del tiro de esquina derecho, engrandeció lo que sus amigos en el Valentín Pardo de Los Andes decretaron: su magia. Su compañero, Fernando Córdova, lo rebautizó como el *Mago de Calera*. Incluso, defendió a la Selección Nacional en 1966 y 1967, donde anotó frente a Colombia en el Sudamericano de Montevideo. “Como persona fue excelente. Fue una bonita amistad. Yo le regale una foto donde salió en la

revista El triunfo, cuando fue al sudamericano del 66 de Uruguay. Esa foto yo se la recorte y se la di un poquito antes de morir”, dice González.

No obstante, así como era bueno en la cancha, tenía su carácter fuera de ella. Como buen futbolista. Muchas veces sus amigos sufrieron sus embates, principalmente, cuando se trataba de fútbol. “Una vez nos encontramos en la calle Maipú de acá de Los Andes. Me preguntó qué me había parecido el triunfo de tal equipo. Yo le di mi opinión y él me dijo que estaba equivocado. Que el que tenía una buena opinión de fútbol era un jugador que haya jugado profesional... ¡Y *pa´* que me *preguntai*, tonto huevón! Pregúntale al *Mono Clay* entonces, *poh* (que en sus mejores tiempos era malo)”, rememora Renato Díaz, compadre y amigo del *Mangora*, otro apodo de Manuel cuya procedencia se desconoce con exactitud.

El mismo *Miéchica* Hormazábal comenta que “Chile iba al mundial de España y yo la había visto más o menos. Me encontré por la calle con Manuel, que iba con otro niño, y este *cabro* había dicho que los jugadores de la Selección Chilena ocupaban seis pares de zapatos cada uno. Yo le dije que tres no más, porque al tercer partido se iban a ir volando. *Pero por qué dices eso, que eres anti chileno*, me dijo Manuel. Y, al final, quedamos eliminados al tiro”. Adolfo Cura Rodríguez resulta enfático al decir que “él era un excelente jugador. Pero cuando uno es joven, todos tienen opinión. Para él, su opinión era oro. Con Manuel hicimos una buena amistad como adultos. Como jóvenes, no tanto”.

Su deseo era jugar. Y ganar, pues siempre se esforzaba para buscar un balón y quería que los demás hicieran lo mismo. Era un pitbull dentro de la cancha, tanto en Municipal de Calera como en el Estadio Centenario

defendiendo los colores de Valentín Pardo. Dicha cuestión trajo una que otra discusión entre sus amigos.

“A Manuel le gustaba mandar en la cancha y se enojaba con nosotros cuando dábamos malos pases. Él quería ser como el líder de nosotros. Se le olvidaba que nosotros no éramos jugadores profesionales, que éramos solo *amateur*. Pero como él había sido profesional, de repente quería que jugáramos como él, profesionalmente. Era muy picado y le gustaba siempre ganar, pero todo quedaba en la cancha”, señala Jaime Otarola, alias *Cachifle*.

Pero qué importaba. Los magos son magos de por vida y pueden darse el lujo hacer lo que quieren. La única diferencia es que el *Mago*, el verdadero mago de Chile según los hinchas caleranos, tuvo que caerse muchas veces para ser feliz. Así conoció a Ángela, con quien tuvo una hija.

Soberbio como él sólo, un poco agrandado –y con justa razón–, le comentaba a sus amigos algo muy cierto: “Con la calidad que tenía, pude haber sido más de lo que soy, pero no pude. Por dos razones. La primera, era pobre. La segunda, nunca en mi vida me pude ver jugar, porque no había muchos televisores. Entonces, ¿quién me conoce más que los viejos hinchas de Calera y mis amigos de Los Andes?”.

Cuesta imaginar a Jorge Valdivia o Luis Jiménez, los actuales reyes magos de Chile, terminar sus vidas como el viejo mago de Unión Calera. Cuesta verlos en un kiosco de escuela pobre, vendiendo panes con queso derretido. Viajando a Santiago en busca de confites y dulces para transformar la vida de los niños en pura felicidad en solo quince minutos. Es que no solo tenía varitas en sus pies, delicadas fuentes de centros, tiros de esquina, remates, túneles y dribles.

“Manuel fue una excelente persona. Muy amigo de los amigos. Nosotros compartimos mucho con él. Incluso, nos llevaba a giras por Valparaíso a jugar con otros equipos y traía jugadores profesionales para que jugaran por nosotros, por Valentín, en los campeonatos de verano. ¡*Pucha* que vivimos cosas lindas! Me acuerdo que una vez, cuando era cabro, salimos un día con él y otro amigo al Café Express, acá en el centro, y este niño saca a bailar a una antigua polola del Manuel. Y le da vueltas, porque era bueno *pa´* bailar. Y en una de las vueltas, la chiquilla se cayó y se mandó el medio porrazo (ríe). Eran bonitos tiempos. No era un mal hombre. Al contrario. Tuvo sus defectos, pero también tuvo muchas virtudes. Son cosas más que nada que ocurrían en la cancha y quedaban ahí no más”, sostiene *Cabezón* González.

Más de veinte años permitieron al *Mago* Saavedra hacer felices a los muchachos de la Escuela España con los dulces. ¿Se imaginan a Jiménez o Valdivia, podridos en dinero, hacer lo mismo? Difícil. No se trata de ser bueno para la pelota ni poseer una zurda mágica. Sólo se trata de actitud, esa que uno de sus mejores amigos, compadre hasta las últimas y quien lo acompañó en las buenas y en las malas, Julio Tacchini, valorará hasta la eternidad:

“Entre nosotros no había negocio. Pura amistad no más. De esos amigos que tú no molestas. Yo no voy a acudir a mi amigo para que me ayude ¿por qué le voy a pasar un problema mío a un amigo? La mamá de él era yunta con mi mamá, y de niños que nos conocimos. Nos reíamos mucho. Íbamos a todos los funerales para acompañar. ¡Era re solidario! Que el no sé cuánto está enfermo así que hagámosle una rifa, o que hay que ayudar a este otro... A un *cabro* se le murió un hermano y no fue nadie al funeral, así que agarramos hasta la manilla del cajón porque no había nadie que lo sacara. Así que él era bien humano, ayudador, hacíamos todo ese tipo de cuestiones”.

El 26 de agosto de 2012, la Parroquia de Fátima de la población Centenario, esa que vio nacer, vivir y morir a Manuel, estaba repleta. No es católico ni nada, pero su respeto ayudó a que el cura del lugar responsara su cuerpo. Tenía los atributos necesarios para ser un gran mago, ese que no se mete en nada pero está en todo, el que te presta el hombro cuando necesitas llorar, ese que no creía en Dios, pero que sí lo respetaba. Esos magos que nunca se vieron jugar y que siempre vivieron de lo que les decía la gente. Esos amantes de la vida, pero netos buscadores de la felicidad.

“Hice una cena y vendí una tarjetas, hice 846 mil pesos con estos cabros que me ayudaron, Algo que sirve harto en estos casos... Como yo era el amigo, no participé, no me gustó, no quería ni hablar, nada... Ahora quiero hacerle una placa yo, una placa grande a nombre del Valentín”, habla Tacchini con tristeza acordándose de su amigo. “De Manuel, nada que decir. Un gran tipo. Buen amigo y fiel ayudante del club Valentín Pardo. Cuando viejo se puso un poco más individualista, pero, a pesar de eso, un buen hombre que nos ayudaba a todos. Jodido de carácter sí. Pero en la cancha. En lo demás, nada que decir”, agrega Carlos *Carlyne* Córdova, amigo y ex jugador del cuadro de Centenario.

Ese fue Manuel Saavedra, quien a los 70 años, guardó su varita para siempre. Ese fue el que muchos conocieron gracias a los extraños, pero lindos relatos de este tío de kiosco que terminó siendo un mago.

¡Qué maestro de ceremonias!

Comienza la fiesta. Un señor delgado, alto, como de metro 90 o, incluso, dos metros, sube al escenario con un traje de mezclilla bien elegante. Posee una cola de caballo negra y una barbita al estilo samurái, con candado y todo. Arregla sus lentes, toma el micrófono y da inicio a la diversión. “¡Bienvenidos a la ramada más simpática y de Centenario: la Valentina!”, expresa.

Se trata del *Chino, Gringo* o, si gustan, el maestro de ceremonias Julio Tacchini Gajardo, el dueño de la botillería Tacchini, heredero del famoso Emporio Judas Tadeo de su padre Alfredo. Es el hombre que, dentro de sus posibilidades, juega de local en Centenario y en gran parte de la ciudad de Los Andes.

“El Julio es uno de los hombres más buena onda del Valentín Pardo, porque es una máquina de hacer bromas. Y no son bromas pesadas... Bueno, algunas un poquito, pero creo que no lo hace conscientemente. Es de esas personas que no le tiene miedo a *pescar* un micrófono y animar algún evento o alguna cosa que necesite su ayuda, porque como que él nació para eso. En la Valentina, que a veces la hacíamos ahí cerca de las Tres Esquinas en Arturo Prat con Presidente Frei, aportó mucho”, comenta Carlos Córdova, conocido como *Carlyne*.

Mientras baja de la tarima con sus piernas contorneadas, como las de un basquetbolista frustrado que vivió toda su adolescencia jugando fútbol, agarra un vaso de vino que don Gustavo Rosendo Martínez Canales, *Mono Clay* le ofrece. “¡*Putá* que tenía sed, *Mono!*”, le dice. Claramente, hay contento en la

gente por volver a festejar después de años el aniversario patrio. Después de limpiarse la boca con el puño, mira hacia todos lados y se da cuenta que la gente va llenando el lugar, una especie de carpa casa que alberga mesas, sillas, tragos, bebidas y de un cuanto hay con respecto a las empanadas y anticuchos que *Carlyne* y su esposa, María Gormaz, preparan a un costado del escenario.

“Íbamos a jugar al campo y los primeros partidos teníamos que hacer partidos en las canchas donde hubiera una quinta de recreo cerca para ir a tomarnos una cerveza. Teníamos concertado *pa'* los partidos que tenían que estar cerca de una quinta de recreo y que hubieran ojalá duraznales o algún potrero cerca (ríe). Entonces así era la cosa y nos sobraban equipos porque nos llamaban de todos lados”, menciona *Mono Clay*.

Han pasado dos años desde que se instaló la dictadura, por lo que esta oportunidad de realizar una ramada permitía, más que reunir fondos, juntarse y distenderse ante el hostil ambiente de la época. Aunque esa vez la Valentina tenía un motivo en mente: ayudar a un amigo.

“Cada vez que podía ayudar, lo hacía, porque me gustaba. Yo creo que fue algo que me inculcaron mis papás, porque imagínate que antes, mi papá prestaba el negocio para las reuniones del Valentín. Entonces, ahí me di cuenta que podía ayudar”, señala Tacchini.

Italiano al máximo, extrovertido y bueno para la *talla*, Julio preparaba esos eventos con anticipación. No le importaba cuánto tenía que gastar, porque él mismo decía que “el dinero no lo es todo en esta vida”. Ya sea por su faceta social y preocupada por el prójimo a pesar de no ser un hombre creyente pero

alejado de la religión estructurada, Tacchini se consideraba un tipo normal en el que se podía confiar hasta los secretos más llorados.

Ahora bien, aunque don Julio siempre fue amable y parecía ser un hombre fuerte, entre sus risas y alegría se esconden varios momentos de tensión, esos que oscurecen la felicidad con la tristeza más pura que acongoja a los seres humanos. Uno de los momentos más complejos fue cuando perdió a su padre meses antes del golpe militar, situación que marcó un antes y después para su vida.

“Mi papá vendía abarrotes. Emporio era, se llamaban Emporios. Emporio Judas Tadeo se llamaba. Bueno, cuando falleció mi papá en el año 1973, en junio, seguí yo con el negocio. Le puse Emporio Tacchini. Ahí me acuerdo que estábamos re tristes en la familia, y crucé *pa' l*, a la casa del José (Hormazábal) y le dije. Ahí, entre la señora Irene, su esposa, su suegra, la señora Cora, y él, me acompañaron. Porque uno piensa que su papá es inmortal, que su familia va a estar *pa' toda* la vida. Pero no era así. Siempre estaba bien ligado al fútbol y nos iba a ver, nos acompañaba incluso con mi mamá, doña Raquel. Era bien bonito todo, porque salíamos con la familia. Después, hace hartos años ya, que cambié el Emporio por mi botillería, la Botillería Tacchini”, cuenta con emoción.

Justamente, la ramada es una manera de sanar dicha herida. Allá se sabe que las cosas andan bien y que Julio sigue a la espera de que un conjunto musical termine de tocar para lanzar algún concurso. Mientras tanto, el *Mono Clay* junto con José *Miéchica* Hormazábal, tesorero de la Valentina, cuentan el dinero recaudado con el que se quiere comprar la prótesis que necesita un joven amigo al que le falta una pierna.

La gente baila y algunos muchachos toman como condenados. El mismo Julio con don Gustavo –que hasta ese momento parecía *Mentholatum* (“servía para todo”) – se encargan de que ninguno de estos borrachines haga altercados. Por otra parte, Sergio Allende, cobra la entrada. “Yo miraba al Julio y me daba cuenta que trabajaba hartito. Y no era sorpresa, porque siempre ha sido así, *poh*. Si cuando murió don Alfredo él se quedó con el emporio. Es un buen hombre... Bueno *pa’l hueveo, sí*”, dice el *Guatón*, quien recuerda una de las tantas anécdotas que vivió junto a Tacchini.

“Acompañé al Julio a un partido y parece que al *Duende* (Hugo Rodríguez) algo le pasó. Se enfermó. Entonces lo pescamos al Hugo y lo llevamos a una posta, un policlínico, y como todo club todos entraron a la sala de Urgencias. Entonces empezó a salir un olor raro ahí dentro y todos: “el *Duende fue*, el *Duende fue*” (ríe). Y se le escapó un gas a un niño ahí”, relata.

Después de la fiesta, Tacchini sube al escenario a promocionar un concurso que tenía como premio nada más ni nada menos que una chuica de vino. La noche ilumina los cerros y aquellos sonidos de la música dieciochera se dejan oír por todas partes de la población. Hay que aprovechar esta instancia que sólo significa que los *milicos* están más *paletados* que antes al dejarlos celebrar Fiestas Patrias como Dios manda.

Desde vinos navegados hasta empandas de pino. Las migajas caen al suelo pavimentado y el licor hace brotar su calidez. Julio, que con el paso del tiempo tenía su camisa fuera del pantalón, bromea con el público diciéndoles “Con cuidado con el *copete*, porque después no funciona”, o “Que no les toque bailar con la fea... Déjela en la casa” por las esposas que acompañaban a los asistentes. Todo un espectáculo que, en la época, ni se compara con la ramada oficial de los militares que tenían cerca del Regimiento Guardia Vieja en el

sector oriente de la ciudad de Los Andes que, “según lo que me contaron, estaba más aburrída que la cresta”, exclama Guillermo Montenegro, alias *Pecho de Buque* quien se encontraba trabajando en la parrilla haciendo los anticuchos.

Pero la idea no es competir con ellos. No lo fue en la cancha, menos lo va a ser en la ramada. A Julio le gusta pasarla bien, disfrutar del momento y no preocuparse de lo que podía pasar. De esa forma lleva su vida hasta la actualidad, recordando viejas historias llenas de picardía como buen maestro de ceremonias.

“Yo tenía una *burrita*, una Ford, parecía un buggie, tenía las puras cuatro ruedas y dos asientitos. Yo iba a jugar en esa cuestión y el club iba con los 11 jugadores, se subían y salían a la cancha. Y esa *burrita*, que era un Ford 29, tenía unas palancas que le quitaban velocidad y uno la podía dejar andando sola. Y mandaba la *burra* pa’ fuera y salía la *burra* solita sin chofer, sin nada, pero afuera había un cabro que estaba ahí y la frenaba. Nos gustaba a nosotros, en Bucalemu, por ejemplo, ir los 18 y 19 de septiembre a jugar, en San Rafael, en todos lados”, describe. Y para qué hablar de las reuniones, en las que el mismo Tacchini se dedicaba a molestar sanamente a su amigo fiel Gustavo Martínez.

“Nosotros teníamos hartas anécdotas con los chiquillos. Una vez estábamos en una reunión con los cabros del club porque teníamos muchos *chiquillos* que querían jugar por nosotros. Entonces, hicimos una lista con los jugadores, y entre ellos estaba el *Mono*. Entonces, cuando estábamos todos en la sala de reuniones ahí en la casa de la mamá de Renato Díaz y el Julio empieza a leer uno nombres inventados *pa’* puro *huevear* al *Mono*. Entonces iba leyendo: “Iván Leoncio, Iván Leoncio Olivares, Ángel Hermenegildo Quiroz, Olardo Crispín, Ulimario Olavario López...” (ríe) Y el *Mono* se enojaba. Las

reuniones con el Julio eran puras tallas”, habla Héctor Caiceo, primer presidente de Valentín Pardo que, en la ramada, casi siempre donaba los bebestibles, la carne y las mesas.

Con el paso de las horas y la luna siguiendo su recorrido, llega el minuto final. Cinco militares recios que debían hacer la ronda de cierre de jornada de Fiestas Patrias como a las cuatro de la mañana aparecen fuera de la Valentina con prepotencia. Llaman a Julio Tacchini, un hombre que siempre se ha considerado comunista, con la intención de buscar pleito. Dentro de sus cabales, Tacchini no les hace caso y, al contrario, obedece respetuosamente a la orden de terminar con la ramada.

Tacchini entra nuevamente. Sube el escenario por enésima vez y toma el micrófono diciendo: “Estimados, les tenemos que informar que por cinco razones bastante grandes debemos dar por finalizada la ramada por hoy y los invitamos para mañana 19 de septiembre a seguir celebrando las Fiestas Patrias con nosotros... Pero, para terminar, les presentamos el nuevo himno de Valentín Pardo”. Sin lugar a dudas, don Gustavo se dirige a una radio, la enciende y la conecta a los parlantes. A todo volumen suena la canción “La Pera Madura” de Sergio Inostroza, tema con el que se expresan las ganas de que el Régimen Militar de Augusto Pinochet cayera. “Pero, ¡puta que me gustaba agarrar *pa’l hueveo* a los *milicos!* (ríe)”, explica don Julio.

“El Julio siempre fue comunista. Si, incluso, una vez se tiró para concejal por el PC acá en Los Andes y, aunque es conocido, sólo tuvo como mil que no le alcanzaron. Cuando le pregunté por qué se había metido a eso, me dijo que era *pa’ huevear* a los otros concejales, *poh* (ríe a carcajadas)”, cuenta Caiceo. “Es que el Julio podía ser muy bromista y todo lo que uno quiera, pero le encantaba la política. Siempre que podía defender a los comunistas, lo hacía.

Además, él sabía lo que pasaba porque vivió la época de la dictadura, así que no le venían con cuentos. Y yo creo que igual tenía problemas con su mamá, la señora Raquel, que era de Derecha total. Igual lo defendía cuando tenía problemas, porque era su hijo, pero ella era muy *re chora*, muy conocida acá en la ciudad. Yo creo que el Julio aprendió eso desde chico, cuando iba en los Maristas (Instituto Chacabuco), un colegio como de clase alta que hay acá en Los Andes y ahí se dio cuenta de las cosas, de cómo eran en realidad”, añade José Hormazábal.

Luego de haber sido desalojados, la ramada se cierra hasta el próximo día. Cansados van a sus casas a seguir contando el dinero que han recaudado para este amigo que, en esa oportunidad, no puso asistir. Todos se despiden con la meta casi cumplida. Este maestro de ceremonias, al que no le importa tener que sacrificar su 18 de septiembre por trabajar para un amigo, llega a su casa, se saca la ropa y se acuesta a la espera de las diez de la mañana, hora en que debe abrir el *Emporio* aunque sea feriado.

“Como buen italiano, me gusta trabajar y *huevear*. Pero como ahora estoy más viejo, me preocupo de mi señora, Isabel, mis hijos y nieta. Además que estoy enfermo, porque me dio una tromboembolia pulmonar múltiple hace unos años que casi me mata. Entonces, ya no estoy *pa’huevear* tanto (ríe). Y en las ramadas, ¡*puta* que la pasaba bien! Bueno, eran otros tiempos. Pero, bueno. Es lo que hay. Así soy”, advierte Tacchini, quien ahora se encuentra en su botillería de la calle Valentín Pardo vendiendo quizás qué cerveza, ron y vino para el pueblo de Centenario.

El famoso *Fala*

Que fue el autor de los goles imposibles.

Que su familia era tan pobre que ni siquiera tenían plata para comprarle zapatos.

Que, por sobre todas las cosas, era un muy buen hombre.

Todos los miembros del Valentín se emocionan y vibran al hablar de José David Basulto Salas, el querido *Falabella*. Y cómo no, si las historias que se cuentan sobre él en cada una de las reuniones del club, hablan de un hombre reservado, de vida dura y esforzada, pero con una habilidad excepcional para la pelota.

Muchos de los recuerdos se han transformado en verdaderos mitos urbanos para la comunidad del Centenario. Pero, más allá de eso, cada vez que alguien trae al presente un pedacito de la biografía del estimado *Fala*, el relato adquiere el tinte de realismo que se necesita para reconstruir su historia.

Su origen era tan, pero tan humilde, que pocas veces contaba con los implementos básicos para jugar a la pelota. “Ni zapatos tenía”, recuerda nostálgico Carlos Córdova o, como llaman algunos, el *Carlines*. Entre todos buscaban soluciones para que el inolvidable José David pudiese ser parte de cada uno de los partidos.

El compañerismo siempre estuvo presente, por lo que las diferencias nunca lograron abrir brechas entre unos y otros. Es por eso que el *Fala*, a pesar de los pocos recursos y de su escasa educación, nunca se sintió excluido del

grupo y los consideró parte de su familia. Eso sí, como casi no tenía instrucción escolar, su vocabulario era demasiado limitado, llegando incluso al punto en que sus amigos del Valentín no le entendían lo que hablaba.

Muchas veces esa poca preparación formal le jugó, literalmente, en contra. Como todos sabían que él era un muchacho pobre, tímido y sin muchas herramientas para enfrentar la vida, en los partidos de fútbol sufría discriminaciones tanto de los equipos rivales como de los mismos árbitros que dirigían cada encuentro. Era común ver que le pusieran tarjeta amarilla o que hicieran vista gorda ante los golpes que le proporcionaban los contrincantes.

Y como la injusticia era demasiado evidente, el *Fala* muchas veces se salía de sus casillas y despotricaba en contra de los jueces y de los rivales. Eso le costaba, además de los insultos y las descalificaciones, que lo expulsaran de los partidos y quedase imposibilitado de aportar con su talento a la *Banda Sangre* andina.

Los compañeros del Valentín entendían que el autor de los goles imposibles tenía carencias monetarias y nunca lo maltrataron o discriminaron por eso. Pero como las bromas eran pan de cada día dentro del club, no desperdiciaron oportunidad para molestarlo por no pagar las cuotas. Todo era dentro de la dinámica de la buena onda.

“A veces, cuando teníamos que ir a jugar, andábamos cortos de plata y lo dejábamos debajo de la micro. Le decíamos al chofer que partiera no más, pero que parara a la vuelta de la esquina jajajaja, lo aguantábamos hasta el último”, recuerda Julio Tacchini. La idea era darle un susto y molestarlo, pero nunca se les pasó por la cabeza dejarlo de verdad tirado. Además, el Valentín no conoció jugador más talentoso que el *Fala*, por lo que si no lo llevaban, la victoria se

transformaba en una misión imposible. A tanto llegaba el dominio del balón que incluso cuando jugaba al arco los dejaba a todos boquiabiertos, volaba para atajar las pelotas y eso que sólo medía 1,58 m.

“Era un artista de la pelota, un fenómeno”, dicen todos los que formaron parte del equipo. Memorables son dos goles imposibles que hizo. El primero de ellos fue cuando tiró una *comba* desde el *córner*, con tal precisión que metió el balón en el primer palo y en el ángulo abajo.

Incluso, en la época se comentó que cuando pateó la pelota, ésta ya había salido del campo de juego. El *Mono Clay* recuerda que el gol fue tan, pero tan lindo e impresionante que “hasta el árbitro les dijo: ‘díganme ustedes ¿no fue lindo el gol? Sería un tonto si no lo valido’ jajaja”. Así que gracias a eso, a la hermosura y talento, al referí no le quedó otra que validarlo igual.

El segundo de ellos fue cuando estaban jugando un partido en Chacabuco. El *Fala* agarró un centro que venía por el aire y se mandó una *paloma*, pero hacia atrás. ¿Cómo lo hizo? Nadie lo supo, pero era una obra de arte más dentro de su prontuario futbolístico. Y para qué hablar de los cabezazos que se mandaba en todos los partidos, ahí sí que nadie le ganaba, ni en altura ni en velocidad.

En una oportunidad, jugando en contra de San Martín, chocó en el aire con el arquero rival que, coincidentemente, era su hermano. Todos se preocuparon al verlos tirados en el campo de juego y rápidamente los llevaron al hospital. Pero como no sintieron dolores posteriores ni tuvieron mayores consecuencias a raíz del golpe, esa misma tarde se encontraban alentando al *Trasandino* en medio de la barra.

Sin embargo, la vida del *Fala* no sólo estuvo compuesta de gloria en el fútbol y del cariño de sus amigos del Valentín. Se comenta que tuvo más de agraz que de dulce y que su participación en el club fue, prácticamente, la válvula de escape de los problemas que constantemente tuvo en el hogar. Incluso, los muchachos del Valentín recuerdan que la esposa nunca fue cariñosa con él y que, además, tampoco estaba muy de acuerdo en que José Basulto participara de las actividades club. Se rumorea también que los hijos abusaban de él, que lo maltrataban física y verbalmente, y que, finalmente, esa pena que llevó por tantos años consigo lo arrojó hacia un final abrupto.

Los amigos nunca hallaron explicación para esta situación, porque el *Fala* era un cabro bueno y honesto. Tampoco entendieron que su entorno no quisiera ser parte de las vivencias del Valentín, ya que una de las características principales que distinguió a este grupo de amigos fue que hicieron parte a sus familias de cada uno de los logros, derrotas y anécdotas que les ocurrieron.

Un día, hace seis años atrás aproximadamente, el talento del *Fala* apagó su última luz. Un paro cardíaco acabó con la historia de quien fuese el *Pelé* de este equipo de Los Andes. Pero, a pesar de eso, su recuerdo sigue más vivo que nunca en cada una de las conversaciones, reuniones y asados de los muchachos de la *Banda Sangre*.

No se metan con el *Mono Clay*

Mientras camina por la Plaza de Armas de la ciudad de Los Andes, Gustavo Rosendo Martínez Canales, más conocido como *Mono Clay*, encuentra una de las bancas más famosas y populares del lugar. No se trata de cualquier trozo de madera pintado de verde, esos que se ven en la Plaza de Armas de Santiago, San Felipe u otras ciudades que alberguen otros santos. Esa banca pertenece a la antigua identidad andina, aquella que conmemora los recuerdos de jubilados, ancianos o viejos personajes de la ciudad.

Don Gustavo conoce esa banca, ubicada en la esquina formada por las calles Esmeralda y Maipú, como el asiento de la Oficina. Y cómo no, si muchas personas llegan a ese lugar para conversar, comprar el diario en el kiosko de al lado e, incluso, vender sus productos (se sabe de algunos organizadores de eventos que publicitan sus mercancías con tarjetas y números de teléfono).

Martínez no se queda atrás. Llega en su bicicleta metálica, delgada, cobriza y manubrio encorvado. La ata a un árbol con una cadena, se dirige a la banca verde y se sienta a trabajar. ¿Qué tipo de trabajo? Ninguno que se relacione con la albañilería, construcción o aquellos oficios dedicados a lo que podría denominarse como *chasquillería*, esa profesión que se aprende en la verdadera universidad de la vida. Su rol tiene que ver con el más antiguo de los trabajos de pueblo, uno que no se paga con plata, sino que con la gracia de la gente: mantener vivas las historias de la ciudad y transformarlas en leyenda.

Quizás usted piense que el señor Martínez es un veterano de guerra, un personaje canoso y barbón. Si es así, se equivoca, ya que don Gustavo recién

bordea los sesenta años. Es moreno, tiene cabello rizado y corto, como un muñeco de rulos negros, unos bigotes al estilo *donrramonesco* y nariz chata, de fosas nasales grandes y cavidad gruesa. Mide 1,65 metros, un tanto macizo y casi siempre viste pantalones de mezclilla, chaqueta de cotelé y camisas cuadrillés, cubiertas de chalecos con rombos. “Se parece a un mono. Por eso le pusimos así”, señala uno de sus compadres y miembros del club, Guillermo Montenegro, alias *Pecho de Buque*, sobre su destacado apodo.

No obstante, no es misterio que lo hecho por don Gustavo en la Plaza de Armas junto a sus amigos sea algo que le nazca del alma. Hace cincuenta años, en otra plaza que reflejaba la identidad de Los Andes de mitad del siglo XX, la Plaza Centenario, también existió una esquina donde Martínez y sus compinches se reunían a conversar alrededor de otra “oficina”, una arista del lugar cuya esquina dio inicio a las aventuras del equipo de fútbol Valentín Pardo.

“En ese tiempo, como en los ´60, el centro cívico de la ciudad era la Plaza Centenario, que, en un principio, se llamaba Plaza Valentín Pardo, en honor al filántropo español que donó las tierras para la construcción de la plaza. Después, en la época de dictadura, como en el año 75, se le cambió el nombre a Plaza Arturo Prat. Ahí se hacía la Fiesta de la Primavera y la de las Chayas, donde todos nos tirábamos papel picado y harina. Y eso que, mucho antes de que todas estas cosas pasaran, la Plaza Centenario estaba cerrada, por limpieza, para evitar que la gente desordenara. Así se cuidaba”, cuenta el mismo Gustavo Rosendo. De hecho, José Hormazábal, alias *Miéchica*, recuerda que “a fines de los ´50, hasta como los años ´60, al frente de la plaza había una casona, donde ahora está la escuela Humberto Casarino. Ahí transmitían música todos los domingos. En esa época, la plaza tenía parlantes en cada esquina y muchos centenarinos bailaban en el lugar, donde está la pileta. En los últimos años, esa especie de radio se cambió al Centro Pro

Adelanto, ubicada a una cuadra de la plaza, donde los vecinos comparten varias actividades”.

A mediados de 1962, el *Mono*, como lo conocen sus amigos, enemigos, conocidos y desconocidos, aparece por primera vez frente a los vecinos de la población Centenario reunidos en la plaza. Coincidentemente, fue alrededor de una banca ubicada en la esquina de las calles Valentín Pardo con Avenida Chile en donde contaban anécdotas del día y preparaban el partido de cada domingo. “Éramos como unos 20 cabros los que nos juntábamos todos los días, en la nohecita, en la misma banca de la Plaza Centenario. Yo tenía como ocho, nueve años. ¡Qué manera de reírnos! Hablábamos cada brutalidad. Yo creo que esa banca era parte de nuestro territorio, como nuestra segunda casa. La gente nos tenía respeto y nosotros a ellos también. Y lo más chistoso, es que molestábamos a algunos de los que pasaban, pero de manera sana”, cuenta Martínez.

Las reuniones se tornaron un vicio para Martínez y los que rápidamente se convirtieron en sus amigos, quienes comenzaron a llamarle por su verdadero “nombre”: *Mono*. Y es que en Chile, es normal que mucha gente sea conocida por su apodo más que por su nombre de pila. Don Gustavo no fue la excepción. Al contrario: fue la regla.

Se baraja un sinnúmero de hipótesis sobre el nacimiento de su apodo. Se habla desde que la matrona que lo recibió en este mundo le encontró cara de mono por su aspecto gordito y moreno, hasta que sus más cercanos comenzaron a decirle así por su notable agilidad y rudeza característica de algunos niños de antaño. Lo único que se sabe con seguridad es lo que Carlos Córdova, alias *Carlyne*, relata:

“Una vez fuimos con el *Guatón* (Sergio) Allendes a buscarlo a su casa, ahí al frente del Estadio Centenario, en Avenida Chile, porque parece que teníamos una *pega* para ofrecerle... ¿O le teníamos que pedir un favor para el Valentín? (se pregunta a sí mismo). No me acuerdo mucho (suelta una carcajada). Ya *poh*. Golpeamos y esperamos. Y mientras esperábamos, nos dimos cuenta que se nos había olvidado el nombre del *Mono*. ‘¿Cómo se llama este *huevo*?’, le pregunto al *Guatón*. Y claro *poh*, si todos lo conocíamos por su sobrenombre. ¡*Chucha!* Si nos abre la mamá, ¡cómo le vamos a decir ‘¿oiga, está el *Mono*?’ O ‘está el niño Martínez!’ (vuelve a reír). El *Guatón* se cagaba de la risa. No sabíamos qué hacer. Seguimos esperando y todo, hasta que nos abrió la mamá. No se nos ocurrió otra que decirle a la señora: ‘*Hola, buenas tardes. Sabe, ¿acá vive un joven bajito, maceteado, morenito y de rulos?*’. La señora nos respondió: ‘*Sí, altiro*’. Se da media vuelta y grita *pa’ dentro*: ‘¡*Monoooooooooooo, te buscan!*’ (Córdova ríe a carcajadas). Nos cagamos de la risa con el *Guatón*. Ahí aprendí que el *Mono* es aquí y en la *quebrá del ají*”, narra *Carlyne*.

Don Gustavo no se hace problema. “No se preocupen. Todo el mundo me conoce así. De hecho, yo creo que nadie me conoce por mi nombre. Pregúntenle a quién sea *¿conoce a don Gustavo Martínez?* Nadie. Probablemente, nadie me conozca, si hay muchos Martínez acá en Los Andes (ríe). Lo importante es que todos me conozcan como alguien respetuoso y amigo de sus amigos”, comenta.

Sin embargo, el *Mono* no es un *Mono* común y corriente. Como toda persona, tiene un nombre y un apellido. No se trata de un apellido cualquiera, sino uno muy particular: *Clay*. Es raro que una persona tenga dos apodos, pues, generalmente, los sobrenombres no ayudan mucho a destacar las cualidades de las personas. Pero, los caballeros –ni albos, ni azules, ni menos

cruzados– de Valentín Pardo, eran ingeniosos creadores de apodos que servían para molestar o destacar algún atributo físico o mental de sus camaradas. Estoicamente, el señor Martínez se transformó en *don Mono Clay*, dos seudónimos que atraviesan gran parte de su historia.

Ahora bien, ¿qué tiene de *Clay un Mono*? Para saber el porqué de aquella combinación tan estrepitosa para una persona como don Gustavo Martínez, Adolfo Rodríguez, alias el *Cura*, mediocampista de Valentín Pardo y amigo de don Gustavo, recuerda una anécdota bastante peculiar:

“Al *Mono* le pasaban cosas que a él nomás le pasaban. Me acuerdo un domingo que fuimos a jugar a la cancha Centenario. Estábamos el *Mangora* (Manuel Saavedra), el *Pecho* (Guillermo Montenegro), *finao Cuchepo* (Francisco Rodríguez), *Cantatore* (coincidentalmente tiene el mismo nombre: Francisco Rodríguez), *Falita* (diminutivo de *Falabella*, José Basulto), yo, el *Mono*, y otros más. Jugábamos contra el SILA, parece (Club Deportivo de la población SILA, donde viven los ex trabajadores de la antigua Sociedad Industrial Los Andes, que se cerró en la década de los ´70). Estábamos de lo más bien jugando hasta que hubo un cobro del árbitro. No me acuerdo cómo se llamaba el árbitro. El asunto es que uno de los que estaba en la banca del SILA, bueno *pa’l garabato*, nos empapó a *chuchás*. Que “¡Valentín culiao malo!”, “¡Huevones maricones!” y cosas así. Hasta que el *Mono*, que no jugaba nunca porque ¡*puta* que era malo!, esa vez sí estuvo jugando. Pero, al escuchar tantos insultos de ese *cabro* que estaba afuera, no aguantó más y fue donde el árbitro y le dijo: “*Oiga, señor árbitro, ¿me dejaría salir de la cancha a pegarle a ese conchasumadre que ya me tiene hasta la tuza?*” (ríe). Y cómo sería lo *pesao* de ese tipo del SILA, que el árbitro le dijo: “*Adelante, señor Clay, vaya nomás, yo le doy permiso*” (ríe a carcajadas). “*Gracias, señor árbitro*”, le dijo el *Mono*. Fue, salió y le mandó como dos *cornetes* al *cabro*. Después, se devolvió a la línea de

costado y dice de nuevo al árbitro: “*ya, señor árbitro, ¿puedo seguir jugando?*”, “*Adelante, señor Clay*”. Este *Mono culiao* entró y siguió jugando como si nada (ríe). ¿Ustedes creen que los que estaban al lado del *cabro* del SILA, en la banca, le dijeron algo al *Mono*? Todos calladitos, los *huevones*”, cuenta, con animosidad propia de futbolero de barrio, el *Cura*.

Sin lugar a dudas, don Gustavo no era un hombre violento. Pero sí era y es un grandioso peleador y bastante bueno para los combos. Es por eso que sus amigos le pusieron el incomparable segundo apodo de *Clay*, en honor al famoso boxeador campeón mundial de la categoría Peso Pesado, Cassius Clay, ahora conocido como Mohammed Alí.

Todos concuerdan en que Gustavo Rosendo es una persona amable, sencilla, humilde, leal y respetuosa. “El *Mono* sabe muchas cosas. Siempre ha sido humilde. Si una vez lo vi yendo al trabajo a pie pelado en su bicicleta. Es un buen tipo. Medio testarudo... En realidad, muchas veces testarudo (ríe), pero un buen hombre, siempre te ayuda en todo lo que pueda”, comenta José Hormazábal.

“Todos fuimos traviesos cuando niños. El *Mono* era igual que todos, por algo le decimos así. Pero de que es un gran hombre, lo es. Es súper respetuoso. Nunca lo van a ver en algo malo. De hecho, es muy trabajador. Imagínense que él solito está haciendo mi casa en San Vicente (localidad de Calle Larga, comuna de la provincia de Los Andes), como de 120 metros cuadrados, con chimenea, horno *pa´* hacer pan, asados y todo. Y está casi lista. Se demoró poco y le quedó súper linda”, dice *Pecho de Buque*.

Ya sentado en la “Oficina”, unas personas le saludan gritando “¡Buena, *Mono!*” o “¿*Cómo estai po, Mono re condenao?*”. Tantas frases que van y

vienen. Martínez devuelve el saludo y recuerda que debe comprar el diario más algún ejemplar de su querido El Siglo, ese que lo acompaña desde hace tiempo, cuando decidió seguir los colores más rojos que la sangre, con los que hizo campaña a su compañero Salvador Allende y con los mismos que sufrió en dictadura.

Apenas encuentra sus periódicos, el *Mono*, feliz, se dirige a la banca verde. De pie, abre uno de los diarios y comienza a leerlo. Paradójicamente, si se puede decir de alguna forma para comparar las informaciones de ambos manuscritos, don Gustavo es ferviente admirador de La Cuarta y Las Últimas Noticias. “Miren, *ganchitos*, los diarios de derecha hay que leerlos, pero con cautela, porque *embolinan* la perdiz”, comenta. Y es que el señor Martínez se destaca por ser un hombre culto, autodidacta, gustoso de la buena lectura.

“Al *Mono Clay* le encanta leer lo que más pueda. Pregúntenle cualquier cosa y siempre va a tener respuesta para todo. ¡Y es súper bueno para discutir! Un día se puso a hablar de política con un *cabro*. El *Monito* se considera del Partido Comunista, y parece que el *chiquillo* era medio de derecha. Estábamos en la Plaza Centenario... ¡Dejó loco al *cabro*! Le metió a Marx, a Engels, su misma filosofía, pero sin ofenderlo”, dice Hormazábal.

Julio Tacchini, dueño de la botillería de igual nombre y uno de los referentes del grupo, conoce a don Gustavo desde la adolescencia. Según él, Martínez es un personaje digno de imitar. “Tanto el *Mono Clay* como yo somos adherentes al Partido Comunista. El *Mono* es un personaje de la población y yo creo que de Los Andes. Nos ayudaba en el club, iba a las reuniones, le gustaba que las cosas del Valentín se hicieran como él quería. Me acuerdo cuando tenía que ir casi obligado a las reuniones en la Asociación (AFLA: Asociación de Fútbol Amateur de Los Andes), porque a nadie le gustaba ir. Pero, por amor a

su Valentín, él iba nomás y opinaba y nos defendía. Para todo lo externo a la cancha, era el primero, porque para lo que era dentro de la cancha... *Pfff...* En sus mejores momentos, el *Mono* era malo (ríe). No le daba una. Pero igual le ponía empeño como carrilero izquierdo (vuelve a reír). Al fin y al cabo, es un muy buen hombre”, señala.

Otro de sus amigos, Sergio *Guatón* Allendes, también vivió muchas historias con el *Mono Clay*, en las que se dio cuenta que, además de ser un hombre amable, don Gustavo era un tanto ingenuo y poseía un carácter que, poco a poco, se fue puliendo. “Un día fuimos a la séptima región con el *Mono*, específicamente a Parral, haciendo un flete. Como yo trabajo en transporte nacional e internacional, cada vez que podía él me acompañaba. Hacíamos algunas pegas por acá nomás, pero esa fue la primera vez que nos tocaba ir al sur. Me gustó ese viaje, porque fue bonito. Una noche en la que llovía a cántaros, el *Mono* y yo llegamos a un almacén. Y yo no quería bajarme del camión, *poh*. No me quería mojar. Entonces le dije al *Mono*: ‘oye, Mono, ¿por qué no te bajai a comprar unas cositas?’ ‘¿Y por qué no vai voh, Guatón?’ me respondió. ‘Ya poh, huevón, anda tú poh’, le pedí. ‘Pero, puta, no me quiero mojar’, me contestó... (ríe) ‘Ya poh, no vei que no quiero bajar porque ayer vine a comprar y le quedé debiendo a la señora. Anda tú poh, Mono, porque si voy yo me va a cobrar la plata’ (ríe). Y no que el *Mono* baja del camión y, con toda la lluvia, va caminando, para, se da vuelta y me mira *enojao*. ‘Guatón culiao’, me decía (ríe con ganas). Y qué, *poh*, si nunca había ido a ese lugar... Si era primera vez que íbamos *pa’* allá, *poh*, ni sabía si era una vieja o un viejo el dueño del almacén”, puntualiza Allendes.

No obstante, si *Clay* fue y es considerado un personaje fuera de la cancha, dentro de ella era una locura. Guillermo Montenegro, *Pecho de Buque*, rememora una de las anécdotas más conocidas por los jugadores. “Un día

jugábamos con el Aéreo de San Rafael (localidad ubicada camino a San Felipe, ciudad vecina de Los Andes), en la cancha de ellos. Era primavera o verano. Siempre llegábamos con anticipación a los partidos porque se pasaba bien. Ese domingo, porque siempre jugábamos los domingos, me acuerdo que alguien hizo una falta y quedó la *embarrá*. Uno de los de Valentín le pegó una patada bien fea a un *cabro* del Aéreo y todos se nos fueron encima. Como el *Mono* siempre ha sido un buen tipo, *choro*, bueno para los combos, pero, sobre todo, buen amigo, siempre se metía a defendernos cuando teníamos problemas, y esa tarde, como en el año 68, 70... por ahí, al ver que íbamos perdiendo la pelea, el *Mono* con el *Tanque* (Pedro Miguel Ángel Espinoza), otro jugador de nosotros que era grandote y bueno *pa' los coscachos*, se pusieron de espalda a pegarle a esos tipos, ellos dos nomás, y les sacaron la *chucha* a los del Aéreo. Caían como sacos de papas”, recuerda Montenegro.

Al preguntarle por lo popular que es en Los Andes, el *Mono Clay* esboza una sonrisa tímida y cuenta que a todas esas personas las conoció jugando a la pelota. “¿En qué posición jugaba? (ríe) ¡En ninguna! Si con suerte jugaba. Lo bonito de todo es que yo me considero el alma del equipo, porque animaba en las barras, servía de aguatero, iba a las reuniones. Todo lo que podríamos llamar como los trámites extrafutbolísticos, los hacía yo. De repente jugaba en tercera o me pedían jugar en segunda, pero nada más... No era muy bueno que digamos (ríe). Eso sí, el Valentín fue un equipazo, pero no sólo por lo que hacíamos en la cancha, sino que por los valores. La amistad, la lealtad, la simpatía, el respeto. Nunca tuvimos problemas, porque éramos unos *cabros* sanos, y eso no lo he visto en ningún equipo. Nos divertíamos. Hacíamos puras leseras, pero lindas, y si nos hacían un gol, sabíamos que teníamos que hacer dos, pero jodidos de la risa”, dice don Gustavo.

Uno de los amigos de Martínez, el *Cura*, coincide con que el club era un grupo de valores. Sin embargo, a pesar de que los enojos no eran parte del buen juego, muchas veces sufrió uno que otro disgusto con sus compañeros. Entre ellos, el mismo *Mono Clay* no se salvaba. “Me acuerdo que el *Mono* era tan malo *pa’* la pelota que una vez lo pusimos en segunda para ver cómo jugaba. Nosotros con el *Pecho* (Guillermo Montenegro) le dijimos al *Clay* que se quedara con el jugador número 7, que no dejara solo al número 7. Estábamos en el Centenario... Ya *poh*. Empezamos a jugar y, efectivamente, el *Mono* no dejó solo al número 7... Pero por al lado de él pasaba el número 8, el 10, cualquiera, pero el *Mono*, tan obediente que es, no dejaba solo al número 7. Y claro *poh*, el 8 y el 10, que habían pasado por al lado del *Clay* nos metieron ese día como tres goles. ‘¡Mono culiao! ¡Cómo no paraste al número 8 y al 10, huevón, si veíai que pasaban al lado tuyo!’, le gritábamos. Y a este huevón se le ocurre responder: ‘Pero si ustedes me dijeron que me quedara con el 7. Y eso hice. Me quedé con el 7. ¡Mono desgraciao! (ríe)’, comenta Rodríguez.

Por ese lado, Carlos *Carlyne* Córdova precisa una de las características más especiales que tenía don Gustavo dentro de la cancha Centenario, recordando que “el *Mono* era tan especial que cuando jugábamos a la pelota, partidos amistosos, de repente se enojaba con el arbitraje. Entonces, cuando él, según su criterio, veía que el partido tenía un mal arbitro, levantaba las manos y gritaba ‘¡Ah, no, esto no puede ser!’. Iba donde el árbitro, le pedía las tarjetas, el pito y se iba donde el capitán del otro equipo. Ahí le decía: ‘Este caballero está ensuciando el partido, señor capitán. Debemos buscar otro árbitro para que nos dirija’ (ríe a carcajadas). Era muy *patuo* ese *Mono*”.

Usted podría estar leyendo tantas anécdotas y nosotros contándoles muchas otras, pero por falta de espacio no se puede. Lo único que podemos decirle, señor lector, es que don Gustavo Rosendo mira su reloj y, sorprendido,

se da cuenta que debe marchar hacia su querida Plaza Centenario, esa que lo albergó de chico y en la que vivió momentos inolvidables. Es allá, en la banquita verde de la esquina Valentín Pardo con Avenida Chile, donde amarrará su bicicleta cobriza, se sentará, leerá el diario, saludará a otros coterráneos centenarinos y se reirá como antes, recordando viejas historias que sólo él puede convertir en leyenda.

CAPÍTULO 3: VALENTÍN, VALENTÍN... PARDO

Más que simples partidos de fútbol

Cuando los muchachos de Valentín Pardo se juntaban en la Plaza Centenario, las ideas fluían entre las cabezas de aquellos que llegaban a distraerse después de una jornada agotadora. La mayoría eran jóvenes estudiantes y trabajadores que se reunían hasta las dos de la madrugada sin un fin determinado, aunque tuvieran que levantarse temprano.

En dichas tertulias se hablaba de todo: desde cómo había estado el día, pasando por la vecina nueva, hasta las bromas que les tiraban a las personas que recorrían el principal centro cívico de la población de noche. Nadie se enojaba. Nadie contestaba.

No obstante, si había algo realmente sagrado dentro de las conversaciones en la Plaza Centenario, eso era el fútbol. Pero no el fútbol propiamente tal. No sobre cómo parar al equipo en la cancha o quién jugaría, quién iría a la reunión de dirigentes en representación del cuadro de Centenario o contra quién debían jugar. Nada de eso. El partido del domingo era la excusa perfecta para molestar al presidente de tal equipo o dónde iban a ir de paseo el fin de semana, justo antes de la hora de la diversión. De eso se trataba.

Una de las características esenciales de Valentín Pardo era que, aunque jugaran a la pelota y fuesen un club deportivo de barrio importante en la ciudad, sus miembros tenían claro que eran amigos y no futbolistas. Por lo tanto, esos encuentros amistosos o por competencia local eran motivos para volver a reunirse y pasarla bien haciendo una de las cuestiones que más les gustaba.

“A nosotros no sólo nos gustaba el fútbol, sino que un montón de cosas más. Entre esas, ir a cazar, salir a recorrer los cerros, ir a bañarnos a los cañones que pasaban al lado del Cerro de la Virgen (un cerro chiquito que se encuentra al este de la Plaza de Armas y divide la ciudad en oriente y poniente) o ir a comer sandías. En realidad, ese era el verdadero Valentín Pardo: un grupo de *cabros* que hacían cosas de *cabros* y que se dieron cuenta que podían jugar a la pelota, pudiendo formar un equipo de fútbol y poniéndole ese nombre”, señala Héctor Caiceo, ex mandamás del cuadro de Centenario.

Si los jugadores profesionales se preparan para un partido entrenando todos los días en la mañana y, a veces, en doble jornada, los jugadores del *Valiente* tenían un calendario riguroso y organizado: 1) reuniones periódicas en la plaza, 2) ir a la fuente de soda de la señora Edulia Chávez y planear dónde irán de paseo el fin de semana, 3) jugar *pichangas* cerca de la calle Brasil a las seis de la tarde, 4) esperar el sábado en la tarde (pues en la mañana tenían clases y competencia deportiva, igual que algunos miércoles hasta mediodía) para ir al Cerro Patagual a comer sandías, a la comuna de San Esteban a tomar chicha o chapucear en los múltiples esteros que recorren la ciudad. Fue en este último lugar donde pasó una historia difícil de entender.

“Cuando éramos *cabros* chicos, en realidad, no tan chicos, los sábados íbamos a bañarnos a los cañones del Cerro de la Virgen, unos tubos grandes que pasaban por abajo del cerro. Entonces, yo no me acuerdo por qué lo hice (ríe), pero fue chistoso. Me da vergüenza contarlo, pero lo que pasó fue que estábamos bañándonos ahí, en pelotita no más, *poh*, y teníamos una canasta con fruta. Los *cabros* me dijeron que la cuidara, que no la soltara por nada del mundo. ¡Y no que la *cagá* de canasto lo pongo en el canal que pasaba y me la llevó la corriente! Y a mí, como me dijeron que no la soltara, la tomé y me fui con ella *pa´* abajo, por la corriente. ¡Llegué por allá abajo con la *huevada!* (ríe).

Me molestaron más que las re *cresta*. ¡Buena, poh, Tiburón Contreras!, me decían algunos”, cuenta Adolfo Farías, alias el *Guatón Golo* y que, desde ese momento, algunos lo conocen tal como al mítico nadador chileno llamado Víctor Contreras quien tiene el récord de haber cruzado el estrecho de Gibraltar en 1981.

Carlos Córdova, más conocido como *Carlyne*, también recuerda que “en uno de los canales que había cerca de Calle Larga, una comuna de Los Andes para quienes no sepan, parece que fue en el Estero Pocuro, me estaba bañando con unos *chiquillos* del Valentín y ¡ya *poh!* Todos contentos. Cuando resulta que me meto a la posa que había y no que había como una especie de panal de abejas en un árbol y unas abejitas andaban por la posa. Siempre andaban por ahí. Y no que una re *huevo*na se para cerca de donde me tiro y me entierra la lanceta en el *poto*... ¡*Put*a que me dolió la *huevo*vada, *huevo*n oh!”.

Al momento de terminar este proceso casi sagrado de los veranos deportivos de Valentín Pardo, este grupo de amigos volvía a casa no a dormir, sino a jugar. “Antes, en los años 60 y 70, nosotros jugábamos a la pelota y nos íbamos a la Plaza Centenario hasta como la una de la madrugada y nuestras mamás no nos decían nada. Ellas también salían a conversar con los vecinos y se pasaba bien. Eso era todos los días. Los caminos eran de tierra, la calle donde vivíamos, la calle Brasil, era de tierra; en realidad, ni siquiera pasaba autos que nos molestaban. Y como no había tantos televisores, pasábamos jugando a la pelota. Después, al otro día, nos levantábamos temprano y nos íbamos a la escuela como a las ocho y cuarto de la mañana, porque entrábamos a las nueve, no a las ocho como ahora”, explica José Hormazábal.

Como estos jóvenes se conocían desde niños, no era necesario realizar un cronograma para salir de paseo. Luego de salir de clases aquellos sábados

de invierno, acompañaban a sus padres a comprar leña para las salamandras. Algunos hacían trabajos con ellos y otros hacían sus tareas. No se dormía hasta tarde, y menos los domingos, ya que la misa –como buenos católicos que son – iniciaba, puntualmente, a las ocho y media de la mañana.

Muchas veces, después celebrar la eucaristía, comían y se reunían en la misma Plaza Centenario para que uno de los camiones conseguidos por Julio Tacchini, los recogiera. Cabe mencionar que Valentín Pardo no jugaba en la principal cancha de la población, el Estadio Centenario, dando comienzo a su historia con muchos partidos amistosos fuera de la ciudad, sobre todo en las localidades de Rinconada y San Rafael. Como a finales de los años sesenta, el Estadio Centenario abrió sus puertas para albergar a uno de los equipos más conocidos del vecindario por la calidez de su gente y la participación de los vecinos.

Fue, principalmente, en el Estadio Centenario donde los encuentros deportivos se transformaron en más que simples partidos de fútbol. La preparación era para la risa y por la risa, porque se trataba de pasarla bien, entretenerse. No de gritar o pelear como se ve en los campeonatos locales de balompié barrial. Fue ahí donde varias anécdotas nacieron para la posteridad.

Jorge García, al que le dicen *Ñaña*, ex arquero del *Valiente*, rememora una de las tantas vivencias que tuvo junto al equipo. “Con el Valentín pasamos muchas cosas entretenidas. Más fuera de la cancha que adentro. Pero si me acuerdo de una historia buena, esa fue la que pasó en el (Estadio) Centenario. Yo jugaba al arco y de repente adelante. Una vez me tocó jugar al arco y *caché* que los *cabros* estaban jugando re bien. No me acuerdo de qué equipo era, contra quién jugábamos. La *huevada* es que el otro arquero también era re bueno. Se había mandado unas tapadas extraordinarias. Nada que decir. Y los

cabros seguían tirando y, aunque íbamos ganando como dos a cero, igual atajaba. Bueno. El partido había terminado y nos empezamos a despedir de la mano de los otros jugadores y yo llego donde el arquero y le doy la mano. ‘*Buen partido, compadre*’, le dije. ‘Igualmente, maestro’, me dijo. Yo no lo conocía ni nada. El tipo se saca los guantes, le voy dando la mano y cuando veo la suya, me doy cuenta que en la mano derecha le faltaban como dos o tres dedos... Yo creía que con el famoso botiquín lo había visto todo, pero ¡*chucha*...! Era un arquero sin dedos, *poh*. Después conté la *huevada* y muchos no se habían dado cuenta. Fue notable”, narra *Ñaña*, quien recibió ese apodo en lugar de *Araña* por haber sido un gran portero y jugador de Valentín Pardo.

Otra anécdota extraña es la que cuenta Gustavo Martínez, alias *Mono Clay*, amigo de todos y conocido por muchos centenarinos. “Nosotros teníamos un ayudante técnico. Héctor Aros, alias *Clorito*. A este niño le decíamos así porque cuando chico salía a vender cloro por las calles de Los Andes. Humilde el *cabro*, *ganchito*. Me acuerdo que *Clorito* siempre nos ayudaba con la ropa y era como una especie de aguatero de nosotros y, de repente, jugaba por Valentín. Pero hubo un tiempo en que jugó por Deportivo Escuela. Una vez, jugaba Deportivo Escuela con Valentín Pardo en el Estadio Centenario y *Clorito* tenía que llegar *pa’* pasarnos las camisetas. Entonces, estaba a punto de empezar el partido y llega *Clorito* con un saco de camisetas. ‘*Ahí está la ropa, muchachos*’, nos decía. Nosotros tomamos la ropa, nos vestimos, y *Clorito*, que siempre fue muy responsable, nos acomodó todo y se fue adentro de la cancha, pero al otro equipo. ¡Él también iba a jugar ese partido, pero por Escuela, *poh*! ¡*Putá* que nos reíamos! (ríe) Llegó, dejó la ropa de Valentín y se fue a jugar por Escuela. Así era Valentín Pardo... Nunca hubo ningún problema: éramos todos amigos”, señala.

La semana pasaba rápido en la esfera de los jugadores del club de Centenario. El calentamiento se basaba en risas y simpatía, una mezcla de amistad responsable dibujada en un sano compartir dentro del campo. Después de los noventa minutos, el tercer tiempo comenzaba hasta la próxima semana, donde debían enfrentar a otro equipo. “Nosotros, al principio, buscábamos equipos para jugar en amistosos por la radio Trasandina. Ahí se decía: *‘Para los equipos interesados, el Club Social y Deportivo Valentín Pardo tiene el agrado de invitarlo a jugar un partido amistoso para el próximo domingo en el estadio contrincante. Si hay algún interesado, contactarse con tal persona a tal dirección’*, por ejemplo. Entonces ahí nos llegaban equipos y jugaban con nosotros”, apunta Julio Tacchini, uno de los que tantas anécdotas vivió como maestro de ceremonias, amigo y jugador del club.

“Recuerdo que una vez estábamos en la Valentina, la ramada que hacíamos *pa’l 18* (de septiembre. Fiestas Patrias). Ahí llegó un mudito que hizo de todo. Desde *pichí* hasta *curarse, penquearse*. De todo. Bailó como pirinola. Y como nosotros llevábamos grupos de música, éste mudito que ni siquiera soltaba esos como gritos que sueltan algunos mudos, se sube al escenario y toma el micrófono... El *huevo* se pone como a cantar, moviéndose de un lado *pa’l otro*... ¡A cantar, *poh!* Obviamente no lo hacía, pero movía la boca y emitía estos grititos bajitos. Los *huevones* de la orquesta que teníamos le avivaban la cueca (ríe). Yo creo que esas *huevadas* le pasaban al puro Valentín no más”, relata Tacchini.

Uno de los que no podía faltar es el *Cura*, Adolfo Rodríguez, quien defendió el club hasta su desaparición de los campeonatos y cuyo rol significaba algo más que la de un mero jugador. Éste también guarda en su memoria unas cuantas historias con el *Valiente*, entre las cuales destaca “cuando fuimos al circo con unos *cabros* del club. Parece que estábamos el

Guatón (Sergio) Allendes, el *finaito Cuchepo* (Francisco Rodríguez), *Cantatore* (de igual nombre que *Cuchepo*: Francisco Rodríguez) y no me acuerdo quién más. Fuimos al circo y salieron los payasos. Estaba bueno el circo, pero los payasos entraron y estaban súper fomes. Y como nosotros éramos traviesos, como todo *cabro* joven, empezamos a pifiarlos porque no tiraban ni una *talla* buena. Entonces nos pusimos a molestarlos en voz alta y todo, *poh*. Los que estaban ahí se *cagaron* de la risa con nuestras *tallas*. Y los payasos... ¡Se fueron *pa´* dentro de la carpa! (ríe) Después todos nos aplaudían”.

Si hubiese una competencia de anécdotas entre los equipos de fútbol de barrio, Valentín Pardo ganarían por lejos. Fueron dichas historias las que llevaron al *Valiente* a convertirse en lo que es, un equipo de fútbol inexistente como tal, pero real frente a su identidad con la población y sus miembros. Todos ellos, verdaderos actores de anécdotas, transformaron a este humilde cuadro centenarino en un conjunto representado no sólo por partidos de fútbol, sino que en una familia llena de valores y respeto. En fin... Vivía historias que le dieron su recordada fama.

Un botiquín mortífero

Cada vez que Valentín Pardo salía a la cancha del Estadio Centenario desde una de sus esquinas, la gente se paralizaba y gran parte de los vecinos de la población a la que representaba se ponía de pie a aplaudirlo. Su camiseta blanca con una franja roja cruzada en diagonal sobre el pecho daba la bienvenida al club de fútbol de barrio más profesional que existía en los setenteros años de Los Andes.

En la oncenena titular se encontraban Julio Tacchini, Francisco *Cantatore* Rodríguez, Sergio *Guatón* Allendes, Carlos *Carlyne* Córdova, José *Falabella* Basulto y Patricio Rodríguez. Todos estos, jugadores excelsos que movían la pelota con delicadeza, salían corriendo hacia el círculo central después de un estrepitoso “¡Valentín, Valentín! ¡Pardo, Pardo!” con el fin de esperar el pitazo final. Sin embargo, tras ellos, un hombre alto, bigote corto, pelo largo, flaco como palote y vestido de chaleco negro y boina roja, los acompañaba.

Muchos pensaban que era el arquero estrella del equipo que se iba a calentar al costado de la cancha mientras esperaban al contrincante. Otros decían que era el entrenador. Algunos, incluso, sostenían con vehemencia que era uno de los tantos seguidores del cuadro de Centenario que iba a ayudar a la mesa de control, pues por pinta nadie le ganaba. “El flaco que aparece ahí con chomba negra y gorro rojo era el Hugo Rodríguez, el *Duende*”, comenta Allendes sobre una foto en la que aparece el equipo de Valentín Pardo a inicios de los años 70.

El *Duende* era muy querido por los muchachos del club, porque su entusiasmo y dedicación por el equipo lo convertía en uno de los primeros próceres del *Valiente*. Era ese caballero, delgado con pinta de todo lo que uno podía imaginarse, quien resguardaba fielmente a los jugadores del equipo antes de salir a presentarse al círculo central del Estadio Centenario. Y cuando los abandonaba para irse a la banca, lo hacía por una gran causa: protegerlos de cualquier lesión o fractura.

“Le decíamos *Duende*, porque parecía un duende. Tenía pelo largo, una nariz un tanto puntiaguda, orejas paradas y grandes. Si se hubiera cortado el bigotito que tenía, los *cabros* chicos se hubieran asustado, porque realmente parecía duende. En lo único que se diferenciaba de estos *monitos* era en el porte, porque era flaco, alto e igual tenía su pinta”, cuenta José Hormazábal.

Minutos antes de que el árbitro, ya posicionado en la mitad de la cancha, pitara el inicio del partido, con los adversarios calentando y esperando que los guarda líneas o nunca bien ponderado *laimans* –conversión chilena del *line man* inglés– inspeccionaban las redes de los arcos, el *Duende* iba a buscar su herramienta de trabajo, esa que dejaba fuera de la cancha cuando acompañaba a los jugadores en su presentación. En eso demoraba un par de minutos, puesto que, muchas veces, lo esperaban para comenzar los partidos.

Rodríguez volvía rápidamente con uno de los utensilios más raros que jamás se podría imaginar. Era algo raro, extraño, totalmente fuera de serie. Usted lo llamaría con determinación como la herramienta futbolera más macabra del fútbol mundial e, incluso, llegaría a pensar que, hasta en los actuales tiempos modernos, fue, es y será el instrumento deportivo más siniestro que se ha visto en el mundo.

Entre sus brazos dejaba caer una caja chica de madera bastante peculiar que contenía dos símbolos claros: una cruz pintada y la sigla Q.E.P.D. (“Que en paz descanse”). Aunque muchos no creían lo que veían, lo que el famoso *Duende* traía bajo el brazo era un mini ataúd, un féretro de niño que le era de mucha ayuda, pues en ese pequeño baúl guardaba parche curitas, alcohol, agua y algún spray mágico para los dolores de sus pseudo pupilos. Se trataba de un ataúd botiquín.

“Cuando salíamos a la cancha con ese ataúd, la gente nos miraba raro. ¡Es que cualquiera miraría raro, *poh huevón!* ¡Era un féretro! Una caja fúnebre que, más encima, era chica. O sea, ¡era un ataúd de niño! ¡De guagüita! Nosotros nos *cagábamos* de la risa, porque no sabíamos muy bien lo que teníamos, y como el *Duende* lo manejaba a veces, porque era como nuestro utilero, lo dejamos ahí, como anécdota”, relata Adolfo Cura Rodríguez.

Valentín Pardo era un club hecho y derecho y había ganado varios campeonatos como equipo de fútbol y *baby fútbol*. La consigna era la de profesionalizar al elenco, un club de barrio que quería ser más sin perder la chispa de pasarla bien. No había nada mejor para la época que un cuadro amateur tuviera un botiquín. Lo que resultaba sorprendente era el tipo de botiquín que usaban. “No era *pa´* menos que la gente se asustara un poquito. Pero era *choro* para nosotros ocupar algo así. Nos daba el estilo. Pero lo veíamos y no nos daba ganas ni de tirarnos al piso, *poh (ríe)*”, cuenta Julio Tacchini, quien resultó ser amo y señor de aquel pequeño ataúd.

“Yo tenía una tía en Santiago que nos pidió ir a buscar un muertito para enterrarlo por acá en Los Andes. Debió haber sido un niñito, porque la cajita era chiquitita. Ya, *poh*. Mi mamá me fue a buscar y me dijo si podía ir a buscar ese féretro. ¡Cómo *chucha* iba a ir a buscar un ataúd! Bueno, era la mamá, y había

que hacerle caso. Ya, mamá, le dije. Pesqué el auto, ella me dio la dirección y listo. Me dijo que lo llevara donde los Hermanos Pasionistas, porque ahí lo podía enterrar. Bueno, me dije. Si la vieja de mi tía quiere eso, hay que hacerlo no más”, narra Tacchini.

“Entonces me voy a Santiago. Mi tía me estaba esperando por allá y cuando me vio, me saludó, me mostró el ataúd, que decía clarito ‘Q.E.P.D.’ con una crucecita bien linda, y me dijo lo mismo que mi mamá. No sabía qué *huevada* tenía ese ataúd ni por qué *cresta* lo tenía mi tía. Parece que eran puros huesitos... ¿O un esqueleto? Sí, un esqueleto era. Lo tomé, lo metí al auto y me fui *pa’* Los Andes. Parece que mi tía no sé qué problema tenía que no podía enterrarlo ella, algo así como que no se podían llevar los huesos al cementerio de allá. El asunto es que tenía que traérmelos no más, *poh*.

“Voy llegando cerca de la cuesta (de Chacabuco) que igual estaba como un poco pavimentada, pero con tierra. Esto fue como en el año 75 o 76, por ahí. Llego a una curva y no que choco con una piedra que me hace *cagar* el auto y *pa’* más remate rompe el maletero donde venía el féretro. ¡Los huesos salieron a la *chucha*, *huevón!* ¡Por la *cresta!* Mi mamá me iba a matar. Tenía un genio la vieja. ¡Qué *huevá* iba a hacer! Ya, me dije. Pesqué los huesos y los dejé por ahí en la cuesta. Pesqué el ataúd, lo eché al auto y empecé a hacerlo andar. ¡Pero la mala suerte de que el auto se me había quedado en pana! ¡*Conchasumadre!* Tuve que contactarme con gente de la casa, decirles que había quedado en pana y contarle la verdad a mi mamá, *poh*. Fueron a buscarme, metieron el ataúd adentro y los huesos quedaron ahí, en la cuesta.

“Cuando llegamos a Los Andes, fuimos a los Padres Pasionistas (sacerdotes que están a cargo de la Iglesia Santo Cristo de la Salud de la ciudad de Los Andes). Dejamos el ataúd ahí y nos fuimos. Pero, después de

unos días, pensamos con los *cabros* del Valentín que podíamos ocupar un botiquín. Y adivina de qué me acordé... Del ataúd, *poh* (ríe). Lo fui a buscar donde los curas pasionistas y menos mal que estaba ahí todavía. Estaba un poco enterrado sí, *poh* (ríe).

Lo llevé donde los *cabros* y ellos me preguntaban qué era eso. Estaban más asustados los *huevones*. Les conté la historia. ¡Se *cagaron* de la risa! Les gustó la idea y ahí lo limpiamos, lo arreglamos. Hasta le pintamos la cruz de nuevo y el Q.E.P.D. ¡*Putá* que quedó linda la *huevada*! El *finaito Duende* estaba con nosotros y como a él le gustaba ayudar como utilero, porque era más o menos *pa'* la pelota y lo hacía mejor desde afuera, le dijimos 'Ya, *Duende*. *Voh estay* a cargo del nuevo botiquín'... De ahí, no lo soltó más", recuerda el dueño del siniestro botiquín.

Tacchini, quien narra esta historia con humor, veía cómo su amigo Hugo ordenaba el botiquín con el fin de tenerlo listo para llegar y usarlo si fuese necesario. Varias veces le gritaba a Rodríguez "¡cuídalo, *Duende*! ¡Que nadie te robe al niño!", lo cual generaba una cantidad de risas y burlas de parte de la comunidad centenarina que apoyaba al *Valiente*.

Los árbitros soltaban una carcajada y esperaban que la gente terminara de reír para que se pudiera escuchar el inicio. Jugado el partido, los muchachos de Valentín hacían lo suyo, mientras don Hugo veía a sus compañeros con esa pinta de director de cine francés que pretendía ser entrenador de fútbol.

"Una vez, me acuerdo que hubo una falta no sé contra quién. Le pegaron una patada parece al Manuel (Saavedra, el *Mangora*) y entró corriendo a la cancha el *finaito Duende* con el botiquín. El árbitro casi se *mea* (ríe). 'Saque esa cosa de acá, señor Rodríguez', le gritaba el árbitro. 'No se preocupe, lo

saco al tiro´, le contestó. Tomó el botiquín, sacó un spray, le echó en la pierna al *Mangora* y lo guardó. ´Vamos, mi niño´, le dijo el *Duende* al botiquín pensando que había un niño ahí muerto (ríe). El árbitro casi lo expulsa (ríe nuevamente)”, relata Sergio Allendes.

Así fueron tantos partidos en que el botiquín de Julio Tacchini y don Hugo Rodríguez fueron uno sólo. Después de algunos años, el mismo utensilio médico, que en lugar de salvar vidas daba miedo, fue entregado a las manos de Héctor Aros, alias *Clorito*, apodo que recibió cuando joven por ser un humilde vendedor de cloro que recorría toda la ciudad ofreciendo su producto.

Si bien dejó de lado su participación activa desde la banca como enfermero, se transformó en el más ferviente hincha del club con sus gritos y cánticos desde la galería. “Recuerdo que fuimos a jugar a Rinconada y en Avenida Chile con Perú nos esperaba una micro para llevarnos. Había mucha gente que nos quería acompañar, nuestras familias, nuestros amigos y vecinos. Entre ellos estaba el inconfundible Hugo *Duende* Rodríguez. Se subió y como le gustaba molestar, se paró de su asiento y gritó como, perdonando la expresión, como *mariconcito* ´Valentín, Valentín´. La idea era que todos respondiéramos ¡Pardo, Pardo!, pero nadie lo hizo, porque se camuflaron para molestarlo a él. Volvió a repetir, pero nadie lo pescó. Al final lo dijo por tercera vez y como vio que nadie lo tomaba en cuenta dijo: ´ ¡Ay, Valentín, siéntate, *poh!*´. Se produjo una risión. En los campeonatos de *baby fútbol* en el Gimnasio Centenario hacía lo mismo”, señala Héctor Caiceo.

Poco a poco, *Duende* dejó de ir a la cancha. Nunca olvidó a Valentín, pero los años y las enfermedades pesan. Quien fue cuidador del botiquín de la muerte por media década sufría de cirrosis, uno de los males más comunes en la población, sobre todo, en aquellos amantes del fútbol de barrio que buscan

en el alcohol ahogar sus penas. “Desgraciadamente, el *copete* se llevó al *Duende*. Era muy bueno *pa´* tomar. Yo creo que ese fue su único defecto, porque, en lo demás, era un hombre genial: amable, simpático, respetuoso, bueno *pa´* la *talla*. Las tenía todas”, dice *Carlyne* sobre su amigo que murió hace aproximadamente quince años.

El botiquín se convirtió en un bidón de agua y unos paños fríos que *Clorito* administraba. Esta joven promesa del fútbol, fiel escudero de Valentín Pardo, utilero y jugador, reemplazó al *Duende* en sus labores tras esa eventual renuncia que lo designó como jefe de la hinchada del cuadro albirrojo. Y de aquel ataúd de primeros auxilios no se supo más. Tal vez se perdió; quizás lo llevaron a la Iglesia de Pasionistas. Quién sabe. Sólo se puede decir que el botiquín... Descansa en paz

La piedra de plomo

El atardecer se hace presente en la comunidad de Centenario con un pequeño cambio de temperatura. Hace un mes comenzó el otoño de 1965 y los muchachos de Valentín Pardo habían visto cómo las hojas de los árboles contorneaban las calles de Los Andes, albergadas con ese dejo de lluvia que se hacía ver en la ciudad en los años sesenta. “Antes no hacía el calor que hace ahora. ¿Han escuchado el dicho *Abril, lluvias mil?* Acá eso se cumplía, y los peores damnificados eran los niños, quienes no tenían dónde jugar. Además de un par de calles que faltaba por pavimentar”, cuenta don Gustavo Martínez, alias *Mono Clay*.

Algunos están grandes y otros más jóvenes. Todos comparten una sola cuestión: jugar a la pelota. Qué mejor que cumplir dicho objetivo participando en un torneo de baby fútbol realizado en la población, en el famoso Gimnasio Centenario de Los Andes, lugar válido para cualquier evento deportivo reducido por ser uno de los primeros recintos techados de la ciudad.

“Todos los años jugábamos el torneo de baby fútbol en el Gimnasio Centenario. Salimos campeones como siete años seguidos, *poh*. Éramos una máquina, porque nadie nos ganaba. Es que ahí jugaba el Manuel (Saavedra), el *Chico* (Juan) Tello, *Falabella* (José Basulto), el *Chueco* Farías (Raúl Córdova Farías) y hartos *cabros* más. ¡Era el medio equipo!”, dice Guillermo Montenegro, conocido como *Pecho de Buque* por su enorme caja torácica que, según muchos, es capaz de parar hasta una bola de cañón. “Fue en el baby que nos hicimos conocidos. Desde ahí que cualquier persona tenía ganas de jugar por Valentín Pardo”, agrega Francisco *Cantatore* Rodríguez.

Fuera de la cancha se escucha la brisa vespertina que se asoma con autoridad. Aunque no hay nubes, el sol no alcanza a cubrir la tibia llegada de la noche. Dentro del lugar, el ambiente cambia totalmente, pues los jugadores del *Valiente* buscan su cuarto campeonato consecutivo. No se juega la final ni la semifinal, pero todo partido vale, más si se trata de ver a los compañeros de siempre luchar por la corona.

Junto con la resolana de antaño, ese día de abril llama la atención por la calma callejera que desaparece durante el año. Resulta extraño no ver tanta gente caminando ni pequeños molestando. Nada más se sabe que en la Plaza de Armas, los carabineros habían salido esa mañana a desfilan con el fin de conmemorar otro aniversario. “Los carabineros salían a desfilan en la mañana y al mediodía salían a controlar como un día normal. Antes era complicado jugar a la pelota en la calle y juntarse para la fecha de su cumpleaños, porque eran pesados... No les gustaba que los *cabros* chicos jugaran en la calle o metieran *bull*... Y ni siquiera estábamos en dictadura”, comenta José Hormazábal.

Se siente un ambiente raro. Hostil por las calles y cálido por las casas. Al costado del gimnasio, ubicado en Avenida Chile, se encuentra el Liceo América, principal institución educacional pública y masculina de Los Andes, el que es constantemente vigilado por carabineros. Las salas del lugar se tiñen de verde, acompañadas con dibujos de lumas, gorras y trajes del mismo color. El diario mural que se encuentra a la entrada del liceo, muestra imágenes y efemérides sobre Carabineros defendiendo la patria, lo cual enmarca un contexto de celebración austera.

Bajo el techo del Centenario, los jugadores de Valentín Pardo hacen de las suyas frente al equipo contrario. Goles de Céspedes, Saavedra y Tello

rompen la valla del Club Deportivo Escuela. Desde las galerías se escucha con claridad el “¡Valentín, Valentín! ¡Pardo, Pardo!” del *Duende* Hugo Rodríguez, mientras algunos porfiados del club fuman en secreto para que nadie los moleste. “Antes era igual que ahora: no se podía fumar en recintos cerrados. ¡Pucha que a los *pacos* le cargaba eso, *cabros!*”, señala Adolfo Cura Rodríguez.

Risas y gritos vibran sobre las tablas de las graderías del Centenario. El *Valiente* se imponía por cuatro goles. Ya no hay más que hacer: nuevamente, Valentín Pardo se queda con los puntos y el trámite se cumple a la perfección. Lo único raro es que, por la Avenida Chile, se siente el ruido de una sirena, y una luz roja ilumina parte del portón entreabierto que da la bienvenida al gimnasio.

Los minutos pasan y el partido está a punto de finalizar. Los cigarrillos se terminan y los gritos comienzan a callar. Sin embargo, cuando se piensa que todo seguirá en total calma, como buen partido de fútbol entre amigos, dos carabineros entran al reducto golpeando la puerta con fuerza. Es en ese instante en que las caras dejan de estar sonrientes. Las expresiones varían. Los gritos callan más aún y el partido se detiene. Entre los cincuenta hinchas de Valentín Pardo emergen los “¡Apaga el cigarro, huevón! *Vienen los pacos*” y los “¡Ya llegaron estos chucha’esumares...! *Que no podamos jugar tranquilos ni siquiera acá*”. Resulta casi obvio: la relación entre Carabineros y los simpatizantes del cuadro centenarino no era de las mejores.

“Es que nosotros éramos pesados con los *pacos*. Lo que pasa es que a ellos nunca que les gustó que nosotros, como *cabros* chicos, jugaran en la calle. Imagínense que antes la Plaza Centenario estaba cerrada con reja para que los niños no se metieran y dejaran la *embarrá*. Una vez, nosotros no

aguantamos más y empezamos a jugar en la calle, ahí en la calle Valentín Pardo, y llegaron estos *huevones* de los *pacos* y nosotros empezamos a molestarlos. Y no llega el *Galleta*, José Gallardo, un amigo de nosotros del Valentín, pero de los antiguos, y pilla volando bajo a un *paco* y le quita la gorra... Salió corriendo y cuando el *paco* lo salió persiguiendo, este *huevón* le tiró el gorro *pa' l* patio de una casa (ríe). ¡*Put*a que estaba *enojado*! Después pasó lo mismo con otro amigo, que no me acuerdo quién era, que le tomó el gorro a otro carabinero en el Cine Andes y se lo tiró *pa' l* platea. Entonces, pasaban cosas así. No eran muy buenas las relaciones que digamos”, explica el *Cura*.

Los carabineros caminan al estilo *John Wayne* por los pasillos del gimnasio cuando huelen humo. Inmediatamente miran hacia las galerías y se dan cuenta que varios de los que fueron a ver el partido y que estaban fumando apagan algunos cigarros. Suben las escalas y, hablando fuerte, dicen “¡*Parece que estos huevones no entienden que no nos gusta trabajar en nuestro aniversario!*”.

Al oír esto, uno de los muchachos que se encuentra cerca del lugar mira con enojo la situación. Se trata de un joven macizo, moreno, de pelo corto y desordenado. Su estatura, normal: bordea el metro 70. Sus amigos lo conocen como *Choclo*, pero muchos desconocen que su verdadero nombre es Sergio Lagos (sí, igualito que el animador de televisión).

Al parecer, a *Choclo* no le gustan los carabineros. Nadie sabe cuál es la razón, salvo algunas hipótesis sobre presiones que los antiguos efectivos ejercían en la zona, además de que, “esa tarde, los *pacos* salieron a fiscalizar como nunca y con harta prepotencia. Así eran: prepotentes”, afirma José *Miéchica* Hormazábal.

Mientras estos carabineros retan a los fumadores, el partido se detiene. Aunque falta un par de minutos para su término, los jugadores prefieren culminar, pues quedan atentos a lo que pasa en la galería. Al mismo tiempo en que *Choclo* mira con disgusto y ceño fruncido, algo así como si la impotencia recorriera sus venas, *Cachifle*, quien está a su lado, trata de calmarlo. “Vi que estaba súper enojado, así que le dije que nos fuéramos, porque la cosa se estaba poniendo fea”, señala. *Choclo* le hace caso. Se levantan del banco y bajan rápidamente, igual que muchos de los simpatizantes de Valentín Pardo que se encuentran en el lugar y que piensan que, con la llegada de carabineros, es hora de irse.

A regañadientes, *Choclo* y *Cachifle* caminan hacia la Plaza Centenario. No pueden creer que el partido haya terminado así de mal. Se encuentran con unos vecinos a los que saludan y, cuando están a una cuadra del lugar, observan otra patrulla de carabineros que se dirige a la plaza con rapidez y metiendo ruido con su bocina. “¡Qué pasa con estos pacos desgracia’os!”, alega el *Choclo*. Sigue caminando y la rabia con la que viene crece aún más al observar que la patrulla se detiene en la esquina de las calles Uruguay con Avenida Chile, justo frente a tres miembros de Valentín Pardo: Julio Amigo, Rolando Rodríguez y el *Cura*.

Dos carabineros bajan de la patrulla, igual como lo había hecho otro par de efectivos en el gimnasio. Con prepotencia, le ordenan a los muchachos que se vayan amenazándolos con llevarlos detenidos. Ellos se oponen. Los carabineros que, evidentemente, se encuentran un tanto ebrios –por la manera de caminar, actuar y gritar haciendo alarde –, siguen enfrentando a estos jóvenes vecinos. “¡Nosotros no nos vamos a ir! Sólo estamos conversando. No estamos haciendo nada malo”, se impone el *Cura*. Al ver que no obedecen,

estos miembros de las fuerzas especiales toman a los adolescentes y los meten a puntapiés a la patrulla. Se arma una pelea bastante peligrosa. *Choclo* ve la situación y, con gallardía, corre a defender a aquellos que dice son sus amigos. La noche domina esta inquietante velada.

- ¡Déjenlos, *pacos* miserables!- grita *Choclo* quien, justo antes de llegar a la esquina, coge algunas piedras y se las tira con fuerza. – ¡Váyanse de acá, *pacos* de mierda!

Hormazábal, ubicado a menos de una cuadra del lugar de los hechos, es testigo de lo que sucede. Ve que *Choclo* lanza unas piedras sin conseguir más resultado que el enojo de los policías que no paran de amenazar. Sin embargo, dentro de la mala suerte o efectividad que tiene *Choclo* para disparar, ocurre algo inesperado.

“Veo que el *Choclo* toma una piedra y se la tira a los carabineros. Pero no pasaba *ná*. Él me había saludado y cuando vio lo que estaba pasando, fue corriendo a defender a los *chiquillos*. Entonces, cuando ve que siguen molestando, lo veo que toma un *camote*, una piedra grande, y se la tira a uno de los *pacos*. ¡Le llegó en toda la cabeza! No sé cómo no lo dejó aturdido. El asunto es que, con el piedrazo, los *pacos* lo salen persiguiendo y el *Choclo*, en vez de devolverse, se escapa pero encarando a los *pacos*. Yo veo que él corre por la esquina de Avenida Chile con Uruguay y yo estaba una cuadra más arriba. Veo que el *Choclo* desaparece dando la vuelta a la esquina y los *pacos* salen persiguiéndolo. Y de repente se siente un ¡*paff!* ¡Un balazo! *Chuta...* ¡*Lo mataron a este cabro!* Pensé un montón de cosas. Fue terrible. Y esto fue como en el año 65 o 66... Ni siquiera era en dictadura”, narra el *Miéchica*.

Jaime Otarola, quien venía con *Choclo* también cuenta similar historia: “En la galería del centenario, se dejaron caer unos *pacos*. Empezó una pelea en el campeonato de baby y los *pacos* empezaron a molestar hasta afuera y por muchos lugares de Centenario. Parece que estaban medios *cura*’os. Después, nos habíamos ido por Uruguay con el *Choclo* y yo le dije que nos fuéramos porque estaba muy pesada la *huevada*. Y no que el *Choclo* se devuelve y empieza a tirarles piedras a los *pacos*. Hasta que en una le llegó de lleno al paco y sonó fuerte. Ahí empezó todo lo demás”.

En la mitad de la cuadra y tras un mal movimiento lleno de nervios y preocupación, *Choclo* se tropieza. Desde el suelo, mira fijamente al carabinero que lo alcanza. Éste lo mira con enojo y, después de sacar la pistola, dispara contra *Choclo*. La bala hiere la parte baja de su espalda, entrando por un costado y saliendo por uno de sus glúteos. “¡Curita, Curita, *me dispararon estos pacos desgracia*’os!”, grita el muchacho hacia Adolfo Rodríguez, que se encuentra dentro de la patrulla. Éste último los encara, pero en vano, ya que los carabineros, al ver a *Choclo* baleado, lo levantan y meten dentro del vehículo policial. *Carlyne* es testigo de todo lo que ocurre por estar sentado en la Plaza Centenario.

Los mismos carabineros, alterados al máximo, ven a estos dos y los obligan a subir a la patrulla. “Yo le preguntaba por qué, si no hemos hecho nada... El que nada hace, nada teme. Cuando le dije eso, el *paco* se me botó a *choro* y me metió preso también, *poh*”, cuenta Carlos Córdova, quien agrega que “los carabineros los tenían en la mira porque ellos se metían a la cancha de *baby*. Después de un partido llegaron ellos a la Plaza Centenario con la patrulla a detenerlos, pero detuvieron a unas personas nada que ver y en el forcejeo el *Choclo* le pegó a un *paco* con una piedra en la mano. El *Choclo* arrancando y se cayó y el *paco* le disparó. De pasadita nos llevaron presos a todos nosotros”.

Según Adolfo Rodríguez, que estaba en la patrulla, el *Choclo* “estaba botando tanta sangre que los mismos *pacos* llevaron a este *cabro* a la posta. Ahí lo dejaron como quince días. A nosotros nos llevaron presos a la comisaría durante toda la noche. Nos dimos cuenta de eso después, *poh*”.

Durante esa jornada, Alfredo Tacchini, quien había egresado de Leyes, junto con otro estudiante de Derecho, Octavio Canales, ambos de Valentín Pardo, se contactaron con Héctor Caiceo, presidente del club y le comentaron la situación. “Caiceo era miembro de la Democracia Cristiana en esa época y llamó al gobernador de la provincia, un señor de apellido Herrera, que también era DC y gestionó que pudiesen salir libres esa misma noche”, cuenta Hormazábal.

Pasan dos meses y la investigación se inicia. “Tuvimos todos que hacer reconstitución de escena, fueron dos años yendo a la fiscalía a entregar antecedentes: los tres Rodríguez, *Cuchepo*, el *Rolo* (Rolando Rodríguez), un primo de él y yo. Fue *cototudo*, yo nunca había estado en una cuestión así”. Al hacer dicha reconstitución, el carabinero involucrado en el disparo se defiende diciendo que la bala se había escapado por accidente. Un señor que se encuentra a metros del lugar escucha eso y decide acercarse a hablar con el fiscal a cargo. “Me acuerdo que era el señor Vaillant, un caballero que vivía al lado de donde ocurrió el asunto. Como estábamos en la reconstitución de escena, él le dijo al fiscal que había visto todo porque siempre salía a tomar aire por las noches ahí en la puerta de su casa, en Avenida Chile, y que vio cómo le disparó el carabinero al *Choclo* y que la bala había pasado cerca de él. Entonces, el fiscal escucha eso, todo con respeto, y como el gobernador había hablado con él gracias a lo que Caiceo le había dicho, tomó medidas en el asunto”. “Yo sólo me acuerdo haber hablado con el gobernador Herrera y él me

ayudó, pero, desgraciadamente, no recuerdo más”, explica un Héctor Caiceo desmemoriado.

Dos años más tarde, se termina la investigación y los carabineros son considerados culpables. Sin ser detenidos, son trasladados a otras ciudades. Mientras tanto, del *Choclo* no se supo más, sólo que estaba mejor y que, con ello, culmina el proceso. La piedra que se convirtió en un balazo quedó ahí, cerca de la esquina donde sucedieron las cosas. De problemas, no se quiere saber más.

Los chascarros del cine Andes

“Íbamos a puro huevear al teatro, ni veíamos la película”. Así recuerda *Carlyne* aquellos días en que se juntaban para ir a ver las películas que llegaban al Cine Andes. En esa época, las opciones para disfrutar de un buen filme no eran las mismas de hoy y, sumado a ello, había que esperar mucho tiempo para que los estrenos de Hollywood llegaran a Chile y más aún para que arribaran a las salas de regiones.

Es por eso que las idas al cine eran un suceso. La ciudad se revolucionaba cuando había algo nuevo que ver y era común ver largas filas en la boletería del teatro. Hablando y riéndose a carcajadas, los miembros del Valentín se juntaban pacientemente a las afueras del Cine Andes a comprar sus entradas. La espera podía durar horas, pero siempre que querían ver algo, llegaban a las 10 de la mañana y se sumaban a la fila, igual que el resto.

En esa época, los filmes llegaban primero a Santiago y, meses después, se enviaban algunas copias al resto de los cines del país. El *Cura*, uno de los miembros históricos del club y que no debe ser confundido bajo ninguna circunstancia con el querido cura García, trabajó por muchos años en Santiago y, en consecuencia, casi siempre pudo ver los filmes antes que el resto de sus amigos. Esta oportunidad que le dio la vida se transformó en una poderosa arma de manipulación para con sus amigos y compañeros de equipo.

Él ya sabía que sus compañeros madrugarían y se esforzarían por comprar las entradas, pero para él no era necesario hacer algún esfuerzo por sumarse a esta cruzada. Como ya había visto la función en la capital, no existía

una motivación para ir por un espacio en el teatro. Sin embargo, el *Cura* igual se aparecía a la hora de la función y le exigía a los muchachos que le dieran el puesto con el mejor lugar para sentarse, diciéndoles: “Señores, si no me dan un lado, les cuento el final de la película”. Todos se quedaban calladitos ante la amenaza.

Pero en alguna oportunidad alguien se atrevió a desafiarlo y le dijo que no le daría el puesto. Entonces el *Cura* no encontró nada mejor que empezar a relatarles punto por punto lo que pasaría en la pantalla. Rápidamente todos se corrieron y le dejaron la mejor ubicación dentro del grupo.

Una vez que ya estaban todos instalados adentro de la sala, las bromas iban y venían. Como eran un grupo de *cabros* buenos para molestar, empezaban a gritar cosas a todos los equipos rivales que estuvieran ahí. Partían las *tallas* para *los del río*, los de San Martín, los de Huracán y para todos los de otros barrios que hubiesen ido a la misma hora.

Incluso, en una oportunidad, los ánimos se empezaron a caldear y las *tallas* comenzaron a subir de tono, hasta agarraron las cosas que tenían a mano y se las empezaron a tirar entre ellos. Como resultado, apenas salieron del cine se empezaron a agarrar a combos y *coscachos* con *los del río*, que eran conocidos como el equipo más *choro* de Los Andes. La pelea llegó hasta el río y se terminó cuando los del Valentín los acorralaron.

Y como si los dimes y diretes no hubiesen sido suficientes, un día al *Chino* Jorquera se le ocurrió conseguirse una gorra de *paco* y empezar a molestar al resto. Como antiguamente se podía fumar dentro del cine, pero luego se prohibió, él se hacía pasar por un carabinero que andaba controlando que la gente cumpliera con la ley.

“El *Chino* pasaba por donde estaban *los del río* y veía a algunos fumando, entonces los pescaba y les decía: ‘ya salga’. Como era todo oscuro le funcionaba, pero después se daban cuenta que era él quien los estaba sacando y ahí quedaba la *cagada jajajaja*”, señala Julio Tacchini con ese brillo de nostalgia en su mirada que sólo puede dar el goce de lo vivido.

En el momento en que se daban cuenta de que era Jorquera el que andaba molestando en medio de la galería, *los del río* lo empezaban a perseguir por toda la sala. Las carcajadas de los del Valentín interrumpían el audio de la película mientras veían cómo arrancaba entre los asientos y las filas, sin siquiera preocuparse de quienes sí estaban mirando la pantalla.

Pero un día llegaron los verdaderos *pacos* al Cine Andes. El *Chino* no se dio cuenta de que andaban por ahí y se puso a hacer sus bromas igual que siempre. El problema fue que los carabineros se dieron cuenta de lo que pasaba y lo sacaron de la sala. Todos hicieron como que no lo conocían y se escondieron detrás de los asientos para que nadie los *sapeara*.

Lo más entretenido de las películas que iban a ver era todo menos las películas. Desde la interminable fila para comprar la entrada, hasta la lluvia de anécdotas e historias que se generaban allí, componían la diversión de la salida. Cuando tratan de recordar algún filme que hayan visto en su totalidad, las carcajadas cómplices afloran en cada uno de ellos, sin poder encontrar respuesta a esa interrogante.

Y lo mejor de todo es que, más allá de las peleas con los equipos de otros barrios, de las *tallas* que se echaban entre todos, de las terribles

amenazas del *Cura* y de no tener idea de qué había tratado la película, al final de la función todos seguían siendo tan amigos como siempre.

La Valentina

Y cómo no recordarla a ella, la gloriosa, la que cada año hacía bailar a cada uno de los hombres del club. Ella, la reina de los festejos y los recuerdos memorables de Los Andes, la que no dejaba entrar a cualquiera a su casa porque no quería tener conflicto con los que andaban pasados de copas. Ella, la popular *Valentina*, la querida y rememorada ramada dieciochera que año a año levantaban los miembros del Valentín Pardo.

Cuenta la leyenda que todo partió como un evento de beneficencia en 1975. Que uno de los chiquillos del barrio tuvo un grave y terrible accidente (lo atropellaron para ser más exactos), razón por la cual hubo que amputarle una pierna y que para ayudarlo a cubrir los gastos que trajo consigo esta desgracia, entre todos decidieron organizar algo que les permitiera juntar dinero. Como estaban cerca de una nueva conmemoración de las fiestas patrias, coincidieron en que la mejor idea era armar una buena ramada benéfica.

Como las ganas eran muchas, pero los recursos muy pocos, los *cabros* fueron a pulso armando la celebración gracias a los favores y buena onda de los vecinos de Centenario. Por un lado se consiguieron mesas, por otro silla y en otro los plásticos para armar la infraestructura.

Además, cada uno se puso a disposición para vender y atender a la clientela, y, por supuesto, se coordinaron para que *Carlyne* y, principalmente, el *Mono Clay* vigilaran la entrada al recinto durante todas las jornadas. La verdad es que ningún otro podría haber desempeñado de mejor forma este rol más que el *Mono*, ya que la personalidad para espantar a todos los borrachos que

quisieran entrar a desordenar la buena onda imperante en la ramada la tenía sólo él.

A tanto llegó la escasez de recursos que incluso durante varios años se recicló el aserrín, de esta forma, cada vez que se avecinaba un temporal durante el “18”, los muchachos rescataban toda esa madera molida que había sobrado de años anteriores y la ponían en el piso de la *Valentina* de modo que no quedara todo tan embarrado.

Y cuenta la leyenda que en la primera versión de la gloriosa, además de las típicas actividades que se pueden encontrar en un evento de este tipo, hubo también una carrera de burros. ¿Una carrera de burros se preguntará usted? Así no más fue, porque en el Valentín Pardo todo, pero todo, podía suceder.

La gracia de esta peculiar actividad señala *Carlyne*, era que además de poder ganar unos pesitos extra, cada uno de los animales llevaba el nombre de algún miembro de la Junta Militar y la gente entonces podía apostar y alentar por alguno de ellos. El problema vino cuando terminó la temporada de ramada, ya que nadie se hizo cargo de la *Junta de Burros* y los pobres estuvieron botados en un potrero durante varios días, sin agua ni comida, hasta que alguien los trasladó hacia una parcela aledaña en donde vivieron felices por siempre.

Pero no sólo de burros se nutre la historia *Valentina*. Al haber estado inmersa en medio de plena Dictadura y contar con el cariño de todos los simpatizantes del Valentín Pardo y de la comunidad, las anécdotas, experimentos y vivencias insólitas estaban a la orden del día. *Carlyne*, el *Mono*, José Hormazábal y Julio Tacchini rememoran con aires de nostalgia cada una de esas imágenes.

Siendo los miembros del Valentín mayoritariamente de izquierda, aprovechaban de ocupar estos espacios de amistad y diversión para burlarse de la Dictadura. Viene a la memoria de Tacchini una de esas inolvidables noches en que en medio de la ramada, se subía con personalidad y fuerza al escenario y comenzaba a cantar esa canción de la Nueva Ola de Sergio Inostroza que dice:

*“El tiempo es el que todo cura
borrando penas y amarguras
quizás la dicha que tanto sueño
es una pera que está madura
y caerá, caerá, caerá al pensar tal vez... Ah, ay, en el amor..”*

Obviamente el sentido que le daba a esta letra tenía nada que ver con el amor y todos se sentían identificados con ese cantar.

Considerando la tensión social que se respiraba en aquellos años y la casi nula posibilidad de poder expresar los pensamientos y anhelos que cada uno tenía frente a lo que estaba sucediendo ante sus narices, todos aprovechaban de unirse a ese momento de festivo desahogo que daba el cántico de Tacchini y entonaban en coro y a todo pulmón: “y caerá, caerá, caerá, caerá...”.

Aun cuando el ambiente de la época no era el mejor, ellos sabían sacar el mejor provecho a cada uno de los momentos y la gente de casi todos los sectores de Los Andes lo sabían. A la *Valentina* llegaba gente proveniente de distintas partes, ya que sabían que allí podrían pasarlo bien sin mayores preocupaciones. De hecho, era tanta la simpatía y buena onda que había que

incluso las patrullas de carabineros les avisaban a los muchachos del club cuando la mano iba estar cargada durante la noche para que cerraran temprano y se fueran a sus casas.

No había otra ramada en la zona que pudiese contar con ese nivel de calidez y seguridad. ¡Si hasta la ramada de los militares era un fracaso al lado de ella! No había otra que fuese capaz de competir siquiera un poquito.

La leyenda dice que era casi imposible encontrar en Los Andes otra celebración dieciochera tan exitosa, donde el fin último (por supuesto que desde la 2ª versión en adelante) fuera recaudar fondos para comprar las camisetas, pelotas, medias, pantalones y para donarle un porcentaje de ese dinero a la iglesia del cura García que por tanto tiempo los albergó. Si incluso estaban tan bien abastecidos en alimentos y alcohol que cuando las otras ramadas se quedaban cortas tenían que ir a surtirse de *copete* con ellos.

Con el paso del tiempo y con las grandes convocatorias que tuvo la *Valentina*, los muchachos tuvieron algunas utilidades que les permitieron invertir un poco en la infraestructura del evento. Así entonces compraron pintura con la que pudieron pintar las mesas con los colores característicos del club. El paisaje *bandasangre* se podía apreciar desde que se daba el primer paso al interior de ella. Fue así entonces como los tonos blanco y rojo ornamentaron el espacio de convivencia y reunión hasta sus últimos días de vida

Y esos últimos días no tardarían en llegar. Cuando a inicios de la década de los '80 el número de miembros del club comenzó a decaer, bajó también la motivación y la fuerza para seguir realizando estas actividades alternativas. Las ganas e ímpetu de mediados de los '70 se esfumaba entre el recuerdo de lo vivido.

Finalmente la *Valentina* cerró sus puertas en 1985, pero guardando en su interior las anécdotas de la carrera de burros, de “la pera madura”, de los patrullajes preventivos y de muchas otras.

CAPÍTULO 4: EL DÍA EN QUE TODO CAMBIÓ

Dribleando al golpe militar

A inicios del siglo XX, Los Andes era la cuna del tren que unía a Chile con Argentina, ofreciendo innumerables oportunidades laborales gracias a esta actividad. Muchos hombres provenientes de diversas zonas del país se trasladaron hacia esta ciudad en busca del mejor horizonte que ofrecía para ellos la Maestranza del Ferrocarril Andino.

Estos mismos hombres, que trabajaban día a día por conectar ambos países, fueron los que fundaron en 1907 el Club Deportivo Trasandino, equipo que con el paso de los años fue adquiriendo un mayor protagonismo y fanatismo entre los habitantes de la ribera del río Aconcagua.

Común era ver las graderías del Estadio Ferroviario repletas de una hinchada transversal, sin distinciones políticas ni sociales, sólo unida por el amor hacia su querido TRA. Durante la dictadura, era en ese estadio donde convergían militares, opositores, niños y familias. Y decir que la fanaticada era multitudinaria no es una exageración: durante la década de los '60 y '70 el promedio de asistentes cada domingo era de 10.000 personas.

Uno de esos domingos, durante los años '70, uno de los líderes del Valentín Pardo, Julio Tacchini, decidió ir a alentar a Trasandino. Y no se trataba de un encuentro cualquiera, sino que del clásico del Aconcagua, ése que se disputaba en contra de Unión San Felipe y para el cual los hinchas acudían en masa a apoyar a sus jugadores, colmando el recinto deportivo.

“Recuerdo que un día me invitó mi hermano al clásico de Unión San Felipe con Trasandino. El estadio se llenaba y como él estaba trabajando sacó entrada numerada”, señala el autor de los inolvidables carteles del Valentín. El hermano mayor de Tacchini, quien en esa época contaba con un poco más de dinero porque trabajaba, decidió comprar entradas numeradas que les aseguraran su cupo en el clásico. De esta forma, tendrían la oportunidad de llegar derechito a su asiento en el estadio, sin tener que estar preocupado de quedar afuera por el exceso de público en las galerías.

Ese domingo las calles que dirigen al estadio estaban repletas de fanáticos que, con el ímpetu que los caracterizaba, iban cantando y vibrando por su equipo. En medio de ese fervor, los hermanos caminaban felices y ansiosos por llegar pronto a sus asientos. El beneficio de contar con el cupo asegurado en el clásico no era pan de cada día, por lo que querían disfrutar de ello lo antes posible.

La puerta de acceso se encontraba frente a ellos, así que Julio sacó rápidamente el boleto de su bolsillo y se lo pasó al *Cuevitas*, un viejo conocido de él que estaba cortando los boletos en la entrada. Lo único que ambos querían era llegar luego a sus puestos, así que apenas lograron pasar el pórtico se fueron corriendo hacia el lugar que les correspondía.

Grande fue la sorpresa cuando al acercarse a los asientos se dieron cuenta de que éstos estaban ocupados. “Como en ese momento no estaba todo lleno en el sector yo dije que nos sentáramos en el de al lado, pero llega un *gallo* y me dice: ‘ese es mi asiento’, ‘sí y esos donde están esos otros son los asientos nuestros’ - le dije yo - ‘pero yo me quiero sentar ahí porque ese es mi asiento’ - me volvió a decir -. Así que yo le respondí ‘pero no arme líos *pos*, si la

señora está bien en el mío siéntese ahí en el otro”, recuerda con claridad el menor de los hermanos Tacchini.

Jamás pensaron que con todas las precauciones que habían tomado – comprar las entradas antes y con asiento numerado – tendrían ese tipo de altercados. Menos aún imaginaron que los ánimos estarían tan caldeados, ya que, al fin y al cabo, todos se encontraban en ese lugar por el mismo objetivo: apoyar al querido Trasandino.

“El *weón* se me paró adelante y no se movía. Entonces yo le dije: ‘bájese los pantalones y los calzoncillos *pa’* poder mirar por el *hoyito pa’* la cancha pos’, porque me puso el culo. En eso se da vuelta y me tira un aletazo, mi hermano se paró para defenderme, pero llegó una cuadrilla de *pacos* y me llevaron detenido, en andas, con las patitas al aire. Me arrinconaron”, recuerda Julio.

Eran tiempos en que la tensión social se respiraba en todas las esquinas. La represión por parte de los carabineros y militares era un paisaje al cual la mayoría de los ciudadanos del país estaban acostumbrados a presenciar. El abuso de poder de las fuerzas armadas y del gobierno no era una sorpresa para nadie.

Incluso los *milicos* metieron a la fuerza un equipo de ellos al campeonato donde jugaba el Valentín, cosa que, obviamente, produjo una serie de situaciones bastante desagradables. “En un partido querían llevarse presos a los jugadores del *Valiente* porque decían que el gol con el que iban ellos ganando no era legítimo”, sostiene Carlos Córdova, alias *Carlyne*.

Aun cuando los recuerdos de esa época son atesorados, la cosa no fue fácil. Salta a la memoria también aquella oportunidad en que a Renato Díaz le

tocó estar de turno en un partido que disputaba el equipo de los militares. Uno de los contrincantes le cometió un *foul* a uno de los de las fuerzas armadas y la reacción “natural” de ellos fue amenazarlo con una ametralladora en la cara.

En ese momento Renato Díaz casi no podía creer lo que estaba pasando ante sus ojos: un *foul* era parte del fútbol y no podía estar provocando una amenaza de muerte. Hoy no sabe cómo lo hizo, pero se armó de valor, enfrentó al capitán que estaba sujetando el arma y le dijo: “Eso no se puede hacer porque estamos en un partido de fútbol, eso no está permitido”. Milagrosamente el hombre le encontró razón, se dio media vuelta y se retiró de la cancha.

Si bien en el Chile de esos años no existían muchos espacios de tranquilidad, en Los Andes los partidos del TRA eran uno de los lugares en que la convivencia entre los hinchas se desarrollaba sin mayores sobresaltos. Eso sí, como el presidente de Trasandino era militar, antes de cada encuentro, el público asistente debía entonar con la mejor voz el himno nacional completo. Hasta al mismo Julio Tacchini lo sacaron del estadio en una ocasión por no cantarlo como se debía, pero el asunto no pasó a mayores.

Y en el momento en que se lo llevaron detenido por esa discusión del asiento numerado, él tampoco *agachó el moño* y enfrentó la situación con la misma valentía y personalidad de siempre. Resultó que la persona que le estaba pidiendo que saliera de ese puesto era un capitán que andaba de civil y como ninguno de los dos hermanos le hizo caso, entonces se armó el alboroto. “Me iban a meter al furgón y querían interrogarme, así que yo también hice *cuática* y les dije: ‘ya *pos*, mátenme, dispárenme, y que se ponga una cuestión en el pecho que diga capitán pos, si yo no soy adivino’. Los *pacos* me llevaban en andas arriba del furgón, pero de repente uno lo hace parar y me dice: ‘ya, ándate pa’ la casa *weón* y no *armis* más lío”.

No se sabe qué es lo que habrá hecho cambiar de opinión al carabinero, ni tampoco si después tenían la intención de golpearlo, lo importante es que lo dejaron libre. Aunque la verdad es que en ese momento era lo que menos le preocupaba.

¿Cómo iban a quedarse sin ver el partido? ¿Cómo iban a perder la oportunidad de ver el clásico del Aconcagua por culpa de los *pacos*? ¿Cómo les iban a interrumpir otra vez un partido? (Recordaban aquella vez en que llegaron y pararon los caballos en la mitad de la cancha durante un partido del *Valiente* porque, supuestamente, necesitaban el espacio para hacer equitación) ¿Cómo dejar que, nuevamente, interrumpieran su vida? (Como cuando se llevaron preso a todo el grupo de amigos sólo por no querer levantarse de la banqueta de la plaza).

En ese momento Julio se acordó que en la puerta de acceso al Estadio Ferroviario estaba el *Cuevitas* cortando las entradas, así que apenas se bajó del furgón se fue con su hermano hacia allá y le pidieron a su viejo conocido que los dejara entrar. Después de todo lo que les había pasado, la buena voluntad del *Cuevitas* les dio la posibilidad de poder ingresar a ver el partido.

Sabían que hacia las entradas numeradas no podían volver porque los iban a *sapear*, así que no les quedó otra que irse a la galería. Rápidamente se dirigieron hacia ese sector y comenzaron a vibrar con cada jugada del encuentro.

Después de haber estado detenido arriba del furgón por unos minutos, los tablones del Ferroviario se convirtieron en el lugar perfecto para disfrutar el partido y de ninguna forma lo sucedido con anterioridad iba a cambiar eso. La

galería del estadio fue el mejor lugar para esquivar todas esas jugadas peligrosas.

Los carteles de don Julio

Eran tiempos difíciles. Chile no era el de antes, ese que albergaba los sueños de muchos niños de barrio que podían plasmar alrededor de una pelota de fútbol. Los militares, cobijados en la Escuela de Alta Montaña de Reforzamiento Guardia Vieja, bajaban desde la Cordillera de Los Andes hacia la ciudad por órdenes estrictas del mando mayor a esperar los tanques que, diariamente, cruzaban la ciudad a través del paso El Topón, ubicado en la parte sur de la zona. Se trataba de cuidar el principal paso fronterizo del país ante cualquier escape, huida o intento de rebeldía.

El Ferrocarril Trasandino sólo servía para tomar y descargar algunos pasajeros que, con el debido permiso, salían de Chile. Cada tarde, los mismos militares que se disponían a recibir el armamento desde Santiago, salía a la calle a vigilarla, siempre a la defensiva, mientras los que se acercaban por el poniente de Los Andes, aguardaban el bus Ahumada que conectaba la ciudad con la capital para desalojar a los asustados pasajeros y fiscalizarlos. Muchas veces se escucharon gritos de los transeúntes detenidos por las fuerzas especiales que les revisaban el cabello y los obligaban a cortárselos. Si no tenían dinero, el machete caliente se alistaba por si acaso.

Los Andes parecía un mundo aparte. Quién pensaría que la dictadura militar comandada por Augusto Pinochet tendría tantas repercusiones en una ciudad tan pequeña como esta. Daba lo mismo. Lo importante era seguir las reglas: no reunirse, entrarse temprano, seguir el toque de queda (que en la época duraba hasta las ocho de la noche) y, por sobre todo, respetar la

institución que, según ella, se encontraba defendiendo al país ante la tiranía del Marxismo.

La población Centenario sufrió como todos. E incluso más. Si antes los carabineros se impacientaban por ver jóvenes jugando a la pelota en la calle, desde 1973 en adelante, los militares salían a recorrer las calles, un tanto paranoicos. ¡Pobre de aquel que hiciera alguna fiesta o se juntara con los amigos a armar la *pichanga* del fin de semana! La premisa era clara: obedeces o te vas preso.

Una de las personas que intentó evadir los embates de la dictadura fue Julio Tacchini, dueño de la botillería que corona la calle Valentín Pardo de la Plaza Centenario. Como gran parte de los miembros del *Valiente*, don Julio se consideraba de Izquierda, ideología contraria a la que proponía la Junta Militar. De hecho, más que poseer dicha manifestación política, Tacchini se decía comunista, algo terrible o, simplemente, un suicidio para la época. “Aunque yo soy comunista, tuve pocos problemas con los *milicos*. Pero cuando los tuve, eran complicados”, relata.

Si bien Julio siempre fue un personaje en Centenario, ya sea por su negocio y por su manera de ser, él tuvo la mejor manera para sobrevivir en dictadura. Esto tenía que ver con aquella identidad que lo caracteriza, esa nobleza e hidalguía que tanto valoran muchos de sus amigos. Tenía la mejor herramienta para salir airoso de los problemas en que, muchas veces de forma inconsciente, se metía. Esa era su picardía.

“El Julio era especialista en hacer reír a la gente. Para la dictadura, nosotros nos burlábamos hartos de los *milicos*. Sobre todo el Julio que es un cómico en potencia. Él se caracteriza por su comicidad. ¡Ese *huevón* es muy

chistoso!”, dice Héctor Caiceo, primer presidente de Valentín Pardo y exonerado político. Y tiene razón, porque Julio Tacchini instauró uno de los métodos más creativos para ridiculizar el golpe militar: los carteles.

Para el 11 de septiembre de 1973, Valentín Pardo era un club consolidado, que había ganado varios títulos en el fútbol y campeonatos seguidos en el baby. Por lo tanto, llegar y buscar pleito con sus jugadores no era tan fácil, ni siquiera para los militares que recorrían con tanques y helicópteros la ciudad. La hermandad o fraternidad de los miembros del club convertían al *Valiente* en un equipo especial, fuerte y unido ante la adversidad, tanto así que los algunos efectivos de las fuerzas armadas que habían jugado contra ellos los respetaban.

“Recuerdo que cuando teníamos la Valentina, la ramada que hacíamos para Fiestas Patrias, nosotros teníamos unos amigos *milicos* que nos avisaban cuando venían los otros *milicos* más pesados. Entonces, cuando ellos hacían eso, como que uno lo agradecía, porque si llegaban así de la nada, era complicado. Muchas veces nos tocó cerrar la Valentina con problemas por culpa de *huevones* que, realmente, no tenían ni un brillo e iban a puro *huevear* a la ramada, iban a puro echarla a perder, a *cagar* el ambiente. Y en esa época costó hacer ramadas, *poh*. Si estos *huevones* no querían que la gente se juntara”, cuenta Tacchini.

Como club fuerte, a los militares se les hacía casi imposible cargar la mano y acabar con la relación de los jugadores. Fundamentalmente, era difícil que Julio Tacchini no hiciera de las suyas, por muy comunista o disidente que fuera. Su madre, Raquel, fue conservadora, y su hermano, Alfredo –quien no tuvo tiempo para entrevistas a pesar de las peticiones –, es abogado. Por lo

tanto, desde varios lados tenía gente que lo apoyaba e, incluso, la gente lo reconocía por sus hechos.

“Todo el mundo sabía que el Julio era de Izquierda. De hecho, antes de ser Presidente, (Salvador) Allende era senador y venía para acá a Los Andes a ver el Ferrocarril Trasandino y ver cómo estaba la ciudad como paso fronterizo, antes de anunciar su campaña. Y cuando llegaba, iba a Centenario, a la casa de Carlos y *Lucho* (Luis) Castillo en la esquina de calles Paraguay y Brasil, en una casita roja como de adobe. Y ahí se vestía y, después, se iba al centro con los dirigentes del Partido Socialista de Los Andes. Ahí estaba metido el Julio, dándole la mano y ayudándole”, comenta José Hormazábal, alias el *Miéchica*.

Involucrado en acontecimientos políticos de tal envergadura, Julio Tacchini hacía de las suyas en cualquier lugar, pero siempre con humildad y sencillez. Fue eso lo que mantuvo esa gallardía imponente que lo caracteriza hasta hoy, tomando decisiones que tenían efectos poco asumidos por él. Ese atrevimiento lo llevó a burlar la dictadura con carteles que escribía con mensajes significativos contra los militares. Algunos de ellos, bastante pícaros.

“*Pa’l golpe militar, yo ponía un cartel negro, como una pizarra, y con una tiza me ponía a escribir algunas cosas. Me acuerdo que una vez íbamos a jugar con los milicos del Regimiento y se me ocurrió escribir algo en la pizarra, como un recordatorio, una citación, y la ponía afuera de la casa, ahí en la esquina de donde está la botillería. Entonces, como siempre me ha gustado el hueveo, le puse: ‘Valentín Pardo cita a todos sus jugadores. Vamos a jugar contra el Regimiento y hay que tener cuidado porque ellos disparan, así que avisamos a los familiares que no sabemos si vamos a retornar de este partido porque ellos tiran a matar’* (ríe). Siempre le metía doble lectura a las cosas. Los *pela’os* que pasaban por la casa la quitaban. Pero, en general, la gente esperaba la pizarra.

Yo metía cosas en contra de los dirigentes... *Tallas pa' sobrellevar la dictadura*", narra este pseudo escritor.

Carlos Córdova, ayudante de Tacchini al momento de hacer los carteles, también recuerda algunos. "El Julio escribía en una pizarra unos mensajes con burlas hacia los *milicos*. La gente se paraba, los leía y se reía. Me acuerdo de uno que decía: *'Se cita a todos los jugadores del Valentín (menos a 4)'*, por los cuatro integrantes de la Junta Militar (César Mendoza, José Toribio Merino, Gustavo Leigh y Augusto Pinochet). Y la pizarra se quedaba colgada todo el día en la Plaza, al frente de la casa del Julio. Se me viene otra a la cabeza en la que se agarraba *pa'l hueveo* a los dirigentes de la Asociación [de Fútbol Amateur de Los Andes]. Esa vez llegó el presidente de la Asociación a leer los carteles, un compadre al que le decían "El Pirulo", porque le habían contado que habían escrito algo en contra de él. Y claro, *poh*. Decía algo así como *'Se cita a la reunión en la Asociación porque hay un ladrón suelto que quiere robarse la plata de los pases'*. A la semana nos llegó una citación, así que fuimos todos los de la Directiva. Fue el *Mono* (Gustavo Martínez), el Julio (Tacchini), el *Cura* (Adolfo Rodríguez) y yo. El *Pirulo* nos dijo en la reunión que nos iba a denunciar por persecución personal y nos mostró un papel con lo que supuestamente los del Valentín habían escrito. Pero era algo que no correspondía, si con *cuea* sabía escribir el *huevón*", señala el ex jugador del *Valiente* más conocido como *Carlyne*.

Sin embargo, no sólo se trataba de molestar a los militares y dirigentes, sino que también se repasaba a los mismos jugadores del cuadro de Centenario. Principalmente, a los menos hábiles con la pelota. Uno de los blancos de los carteles fue don Gustavo Rosendo Martínez, alias *Mono Clay*, un muchacho que siempre se caracterizó por ser el hombre más simpático y laborioso del club... Pero con las manos, pues con los pies no era muy bueno.

“Si había un jugador al que siempre molestaban era al *Mono*. ¡Es que este *huevo*n siempre se enojaba! Un día jugábamos contra San Martín y al Julio se le ocurre escribir un mensajito. Sacó la pizarra y puso: ‘*Grave conflicto entre dos equipos por pase de jugador Gustavo Rosendo. San Martín quiere que juegue por Valentín Pardo, y Valentín Pardo quiere que juegue por San Martín*’. En otra jugábamos contra Unión El Sauce, y también se le agarró *pa’l leseo* al *Mono*. Apareció un cartel que decía: ‘*Se cita a todos los jugadores de Valentín Pardo al Estadio Centenario (que era una cancha neutral que podían ocupar todos los equipos) para disputar el partido contra Unión El Sauce este domingo. Al señor Mono Clay, se le cita ese mismo día y a la misma hora a la cancha de San Martín*’ (ríe) Todo *pa’* que no vaya a jugar por nosotros (ríe)”, dice Francisco *Cantatore* Rodríguez.

Muchos militares pasaban por la casa de Julio Tacchini para amonestarlo después de haber puesto tales mensajes. A ninguno de ellos le gustaba ser molestado por la gente, menos por un comunista como él, quien, sin pelos en la lengua, escribía lo que se le ocurría. Y es que, para eso, este dueño de botillería y maestro de ceremonias (otra de las virtudes que lo destacan por su buen humor) alto, de barba corta, lentes y pelo largo al estilo italiano *canchero*, era extraordinario.

“Para eso era un especialista. Me acuerdo cuando escribía: ‘*Se cita al contingente de Valentín Pardo para ir a la guerra con equipo tanto. Firmado, el Director General de Valentín*’”, sostiene José Hormazábal, quien agrega que, “como jugador, no era muy bueno. Pero fuera de la cancha, un hombre brillante”. Héctor Caiceo concuerda con el *Miéchica*, al mencionar que “lo que más aportó en estos últimos años de Valentín Pardo fue con su creatividad, su comicidad. Lo cómico y creativo que es para echar cada *talla*”.

Los carteles de don Julio Tacchini fueron la máxima expresión del malestar ciudadano que vivía la ciudad y, particularmente, el club, al que le costaba reunirse para concertar las ideas deportivas y sociales que poseía. Representaban aquella manifestación mayúscula del descontento nervioso, temible, peligroso, que existía en la comunidad de Centenario. En definitiva, fueron la manera más divertida de sobrevivir en un tiempo en que la autoridad, la venganza y el miedo eran parte de la cotidianidad de estos adultos jóvenes que sólo querían volver a verse sin recelo y jugar un partido de fútbol sin aprensiones.

Con el tiempo, la pizarra desapareció. Contra la dictadura no se podía hacer nada. Los años se encargaron de flexibilizar en un porcentaje mínimo el tiempo recrudescido y el riesgo de manifestar la diversidad de opiniones cesaba poco a poco. Ver militares en la calle y jugar con vigilantes en las esquinas de las canchas era normal. Se trataba de un tiempo que jamás pasaba y que, con resignación, debían dejar pasar.

Las energías declinaban y el ánimo bajaba. El desgaste se reflejaba en todos. Nadie aguantaba más... Lo mejor era rendirse.

Calentando para el segundo tiempo

Se podría decir que después de varias reuniones y ramadas encima, la década de los 80 aparecía como uno de los períodos más inestables en la historia de Valentín Pardo. La dictadura de Augusto Pinochet se había apoderado de todo, incluso de las energías de la gente. Centenario no fue la excepción. Al contrario, fue parte de la regla de ese régimen que lo único que deseaba establecer era el ordenamiento y la obediencia a las Fuerzas Armadas.

Por tal motivo, el descontento de los jugadores del club era generalizado. Y ni siquiera se trataba de una forma de poder ambulatoria que reñía con los del Valiente por capricho, sino que era una determinación por parte de los militares de hacer lo que fuese necesario para mantener el secreto y oscurantismo en el temor de los vecinos.

En el primer tercio de la década, los militares controlaban Los Andes, desde las instituciones públicas –en las que muchos miembros del equipo de Centenario trabajaban, siendo despedidos o removidos a peores labores y nefastos salarios – hasta el fútbol mismo. Los militares, dispuestos en las esquinas de cada población, se tomaron la Asociación de Fútbol Amateur de la ciudad, tomándose atribuciones indebidas con respecto a la organización de la entidad deportiva.

“Yo trabajaba en el Instituto de Desarrollo Agropecuario, en el Indap, cuando llega una orden del Alto Mando de echar a quienes eran contrarios al régimen o pertenecían a partidos políticos disidentes. Como yo era de la

Democracia Cristiana, me echaron de ahí y me pasaron a Impuestos Internos, donde pasé a ganar mucho menos de lo que ganaba en el Indap y por mucha más *pega*. Después de unos años, me retiré y después de una serie de trámites me convertí en exonerado político. Recibo una porquería de pensión de 120 mil pesos al mes con la que no hago nada. Pero lo que vivimos con mi familia cuando me echaron del Indap y me pasaron a Impuestos Internos como contador, porque soy egresado de la disciplina de Contador, ni te cuento. Afectó mucho”, dice Héctor Caiceo, quien a sus 71 años se dedica a reparar caminos y pavimentaciones.

Misma situación vivió Francisco Rodríguez, conocido por *Cantatore*. “Yo trabajaba en la Caja de Crédito acá en Los Andes y cuando los *milicos* se hicieron dueño de ahí, me echaron. Al igual que Caiceo, hice unos trámites demasiado engorrosos y pude lograr que, como a principio de los años 80, me convirtieran en exonerado político. No me dieron jubilación, pero me pagaron de una como cuatro millones de pesos. Ahora, perdí mucha plata que tenía guardada para la pensión, porque los *milicos* llegaron y se metieron e hicieron lo que quisieron con todo. Esa plata desapareció”, habla el contador.

Con los militares en la Asociación de Fútbol, ya nada era igual. Cambiaron las reglas y el juego. Los muchachos de Valentín Pardo, quienes ya se habían integrado a la organización, debieron acatar horarios y fechas nuevas que no se podían acomodar a los intereses del cuadro centenarino. Aquello se hacía pensando en que una de las pocas oportunidades que tenían para juntarse y pasarla bien ante la adversidad del régimen, era jugar fútbol, algo que los militares permitían.

Al referirse a esta década tan extraña en la sociedad andina, se habla de una época en que todavía costaba reunirse en las calles para conversar, en la

que aún no se podía disfrutar de la noche ya sea jugando o tomando aire; esa en que nadie podía defenderse de la opresión de las Fuerzas Armadas. Fue así como muchos se fueron de la ciudad e, incluso, del país, transformando a Argentina en el primer punto de acogida de los chilenos.

“Durante la dictadura algunos se fueron a trabajar a Argentina porque había más trabajo allá, incluso pagaban diez veces más que en Chile. Si estábamos metidos en una crisis económica en el 82, por ahí, que no se podía aguantar, *poh*. Yo estaba entre ellos junto con el Mario Carrasco, al que le decíamos *Patula*, el *Mangora* (Manuel Saavedra), el Víctor Pino y otros *cabros* más”, cuenta Carlos Córdova, alias *Carlyne*, que también recuerda tiempos en los cuales “no nos podíamos juntar ni a conversar, porque si veían a dos *huevo*nes hablando en la plaza por más de cinco minutos, los *milicos* te llevaban preso. ¡¿Cuántas veces no nos metieron presos cuando estábamos calladitos en algunas casas, como en la del Julio (Tacchini) y no metíamos ni *bull*a, pero los *milicos* veían luz y nos entraban a buscar con metralleta?!”.

Sólo para mencionar una anécdota compleja que experimentaron los miembros del *Valiente* en la época fue la que protagonizó Jaime Otárola, alias *Cachifle*, quien narra que “bastaba que tú discutieras y tu vecino *cachaba* y decía que *erai* comunista y los *milicos* te metían preso. *Pa’l* bautizo de mi hijo, que nació el año 75, estaba celebrándolo y un *milico* llega a la casa y me dijo si había pedido permiso. Yo no tenía idea de la cosa. Y él me dijo que tenía que pedir permiso *pa’* eso. ¡Tuve que pedirle permiso para estar en mi casa en el bautizo de mi hijo hasta las 11 de la noche a un desconocido de *mierda!*”.

“Para la dictadura no te daban ganas de hacer nada. Ni siquiera te daban ganas de ser dirigente, porque hasta a ellos los investigaban. Si imagínense que para el 11 de septiembre, yo vivía en Arica, en el Morro, y llegaron los

milicos a allanar las casas. Entonces, yo juntaba la colección Quimantú, que era una editorial que tenía libros de Rusia, de Europa, también de Chile. Eran como cuentos con visión socialista. Y como los *milicos* eran tan perseguidos, paranoicos, no les gustaba. Entonces, yo sabía que me iban a quitar eso y que, capaz, me iban a robar todo lo que tenía. Así que guardé la colección en una ranura que había en la casa, por si acaso. Y no que los *milicos* llegaran a la casa y me la allanaran. Menos mal que se salvó la colección, que igual costaba su poco”, relata *Cantatore*.

Justamente, eso era una de las cosas que más molestaba y angustiaba a los jugadores del *Valiente*. Aunque la mayoría de sus miembros había hecho el Servicio Militar obligatorio y conocía a varios de los que en ese momento eran convictos del Regimiento Guardia Vieja de Los Andes, no podían ignorar el miedo que les provocaba enfrentarse con algún militar prepotente, soberbio o peleador, pues ellos siempre tenían la razón. Y a pesar de que los *pelados* con los que habían compartido en sus años de instrucción rondaban por la ciudad con sus autos Toyota y les informaban cuándo podían estar en la Plaza Centenario hasta más tarde o a qué hora deberían estar en sus casas, los integrantes de Valentín Pardo continuaba en la incertidumbre.

Tales circunstancias amordazaron a los centenarinos, quienes, con el paso del tiempo, se convirtieron en testigos de sucesos atemorizantes para su integridad, sin importar que el toque de queda estuviera por cesar y que las flexibilidades del Gobierno de Pinochet no fueran ni cercanas a las apropiadas. Julio Tacchini rememora algunas.

Cada vez que podíamos, nos juntábamos cerca de una mesa que había acá en la casa y nos juntábamos y empezábamos a comentar que iban a empezar a allanar. Yo tenía discos de Inti Illimani, Illapu y estaba todo

prohibido, así que los hicimos desaparecer. Tuvimos que quemar unos *Ché* Guevara. Mi mamá era *momia* (ríe), pero respetaba. Hasta mi hermano, el Alfredo, estuvo detenido. A mí no me afectó tanto la verdad, vivía medio asustado. Pero nada más.

Carlyne también cuenta que “la otra vez estábamos haciendo turno en un partido en el que jugaban los *pacos*, con el Julio (Tacchini), el *Cura* (Adolfo Rodríguez) y parece que Renato Díaz, y llegaron los *pacos* y nos dijeron que nos paráramos y ellos no quisimos, *poh*. Así que nos llevaron presos. En otro partido llegaron los carabineros con los caballos a la cancha donde ellos estaban jugando, pararon todo y se pusieron a hacer equitación. ¡*Penca* la *huevada!*”.

“Es que la gran mayoría éramos allendistas más que socialistas, porque seguíamos al gran visionario Salvador Allende. Fueron tiempos terribles. Se murió gente conocida, familiares. Mi cuñado, por ejemplo. Mi cuñado trabajaba en Madeco y fueron los *milicos pa´* allá, *poh*. Entonces lo detuvieron y menos mal que el tío de él era Segundo Capellán del Ejército. Lo sacó de Madeco con la misma ropa con la que había trabajado y lo embarcó en un avión para afuera y se fue a Australia. ¡Y el *cabro* era igual que nosotros, pero no metía ni *bullá!*”. Acá, en Los Andes, ¡cuántas *huevadas* no pasaban! ¡Si había hasta informantes! Uno no sabía quién era el infeliz, hasta que me di cuenta que el que es vecino mío era informante... No quiero decir su nombre, porque igual el *huevo*n ha pagado sus *mariconadas*”, explica el *Cura* con la intención de dar a conocer lo que pasaba con ellos.

Tal como señala don Adolfo, la cuestión radicaba en que muchos de los miembros de Valentín Pardo eran contrarios al régimen militar, por lo que provocaba varios roces con los militares. Además, se consideraban allendistas,

algo que sacaba ronchas en las Fuerzas Armadas. Por lo tanto, ya no tenían ganas de nada. Ni siquiera de seguir con el club.

Con un Valentín Pardo agónico, sin gente y con miedo a crearse problemas fácilmente por culpa del sistema impuesto por el Gobierno Militar, algunos se dieron cuenta que no podían dejarlo pasar. De esa manera, el *Cura*, Sergio Allendes, quien había sufrido los embates de la dictadura al quedar sin trabajo en la Cormecánica (empresa de fabricación de cajas de cambio y armadura para las industrias automotrices Renault y Peugeot) y quien tuvo que vivir junto a su esposa en la iglesia de Fátima por tres años (de 1973 a 1976, aproximadamente) a través de la ayuda del Padre Raúl García, párroco del lugar; Guillermo Montenegro, Jaime Otarola y Jorge García tomaron las riendas del asunto y se dedicaron a darle un nuevo aire al equipo.

“Dijimos que no podía ser que los *milicos* acabaran con Valentín. Así que nos prometimos levantarlo hasta que saliéramos adelante. Y así lo hicimos. Aprovechamos que los *milicos* nos dejaban reunimos *pa´* jugar a la pelota y nos pusimos de acuerdo. Mi mamá, la señora Rosa Ortega, nos ayudó a lavar las camisetas, zurcía las calcetas, limpiaba todo y hasta nos dejaba juntarnos de repente ahí, en mi casa”, cuenta Rodríguez.

“Es que Valentín Pardo siempre se caracterizó por tener una escuela de fútbol. De valores. Yo no iba a desconfiar de nadie, *poh*. Entonces, teníamos que hacer resurgir al club. Todos seguíamos participando. Algunos nos metimos más tarde, otros llegaron, pero Valentín siguió adelante, como hasta la mitad o finales de la década de los 80, donde hubo otros problemas que terminaron haciendo desaparecer al club”, dice Jorge García, alias *Ñaña*, ex arquero de Valentín.

Y tiene toda la razón, ya que en 1986, los militares ya no eran problema. El único y gran inconveniente era su presidente, Luis Castillo, al que varios jugadores del Valiente culpan por el fin del equipo.

“Valentín Pardo estaba relativamente bien haciendo las ramas y todo lo demás, hasta que llegó este *chucha'esumare* del *Lucho* Castillo (Luis Castillo, dueño de la fuente de soda “El Amigo Lucho”, ubicada en República Argentina con Avenida Perú, y que no tiene relación alguna con la familia Castillo que le puso el nombre a Valentín Pardo, tal como se desarrolla en crónicas anteriores). Todo lo que ese *huevón* hizo fue para beneficio de él. No para el club. Todavía me acuerdo cuando me dijo que los fondos, la plata, no se pueden hacer en base a la amistad”, comenta Sergio Montenegro, integrante del cuadro de Centenario y al que lo conocen como *Negro*, por su piel morena, o *Edú*, por el jugador brasileño.

“Todavía recuerdo cuando yo era tesorero del Valentín y habían como cien *lucas* guardadas, de esa época, por ahí por finales de los 80, por recaudaciones de las ramadas. Entonces, él dijo que había que pagar cosas por aquí, por acá, que la cancha, que las camisetas, que no sé qué cosa. ¡Desaparecieron las cien lucas!”, narra José *Miéchica* Hormazábal, técnico y ex defensa del *Valiente*. “Y no sólo la plata, porque desde la ramada de la Valentina, este *huevón* se metió a un negocio que se convirtió en la *huevá* que tiene ahora, y se robó las mesas que teníamos. Si ustedes dan vuelta las mesas, van a ver que las cruza el color rojo que teníamos nosotros en las camisetas”, añade Guillermo Montenegro, alias *Pecho de Buque*.

Sin embargo, aunque las molestias hayan sido traspasadas a Luis Castillo, los muchachos de Valentín Pardo vivieron un segundo período decaído, inquieto, en el que velaba la desconfianza. Por lo tanto, para nadie era

desconocido que el Gobierno Militar había sido el gran responsable de lo que ocurría con el club.

“Claro, *poh*. Llegó mucha gente que venía de Santiago cuando otros de los antiguos se habían ido. Otros llegaron de afuera, de otros clubes, y Valentín se convirtió en un club que tenía jugadores borrachos, que lo único que querían era pasarla bien, pero en mala. Yo no estoy diciendo que nosotros no tomáramos o fumáramos, pero estos *huevones* la *cagaron*. Bueno, a pesar de que pasó eso, lo que realmente *cagó* a Valentín Pardo fueron los *milicos*. ¡El sistema de los *milicos*! Nada más que eso. Porque por culpa de esos *huevones*, no nos podíamos juntar como antes, se perdió ese como rito de juntarse todos los días en la Plaza Centenario, ya no queríamos ser dirigentes, la gente se empezó a aburrir porque pasaban *huevadas* en la cancha. ¡Tantas cosas! Ellos tuvieron la culpa”, explica taxativamente Sergio *Guatón* Allendes.

Los partidos acaban y los entretiempos duran poco. Esa es la ley del fútbol y, desgraciadamente, es lo más parecido a la ley de la vida. Son noventa minutos que se convierten en años y calentamientos en los cuales uno se puede lesionar. Y si a eso le suman un mal arbitraje, peor aún. Sin quererlo, Valentín Pardo fue uno de los tantos equipos de fútbol de barrio que sufrió las consecuencias de la dictadura. De la misma forma, es el fiel reflejo de tantos hombres y mujeres que padecieron, injustamente, esa increíble enfermedad que dilucidó lo más terrible que Chile y la población Centenario de Los Andes (como muchas otras) han vivido en el último tiempo: ver cómo sus derechos eran vulnerados y sus energías corroídas sin haber hecho nada incorrecto.

Cuando acabó la fiesta

El *Valiente* andaba haciendo de las suyas en cada uno de los partidos de la Asociación. La ferviente hinchada y los talentosos jugadores se hacían notar en las canchas y nadie podía ignorar la mística que lograba el equipo semana a semana. A veces se ganaba, otras se perdía, pero el amor y cariño que todos los miembros del club tenían por la camiseta era digno de admiración.

A pesar de las vicisitudes que se vinieron encima de miles de chilenos luego del golpe militar, de las cuales los vecinos de la población Centenario no estuvieron ajenos, la *Banda Sangre* aconcagüina siguió movilizándolo a su hinchada en cada encuentro y la pasión que provocaba en cada uno de ellos se hizo cada vez más profunda.

No importaba que los militares hubiesen incluido un equipo dentro del campeonato. No importaba que interrumpieran los partidos para hacer equitación. No importaba que los hubiesen amenazado con armas en la cabeza por cometer un *foul*. No importaba que los hubiesen llevado detenidos por no hacerles caso en la plaza. No importaba. Sólo importaba alentar y apoyar al equipo, nada más.

Como ya se mencionó en alguna crónica anterior, en algunos encuentros se les obligaba a seguir con el protocolo que las fuerzas armadas requerían y esperaban. Es decir, cuando tocaba enfrentarse al equipo de militares, se le pedía al público presente (y no de la mejor forma) que se levantara y entonara con su mejor voz el himno nacional mientras se izaba la bandera. Siendo el

Valiente un club con personas en su mayoría de izquierda, este imperativo no fue fácil de cumplir.

Más allá de todos los *baches* del camino, los seguidores del Valentín se mantuvieron incondicionales durante cada domingo. Y ese ánimo que le daban en cada jornada tuvo aquella recompensa que cualquier equipo de fútbol desearía: el campeonato. Así es, la fuerza y talento con que jugaban, sumado al aliento ferviente desde las graderías, trajo consigo no sólo una, sino que varias victorias para la gente de Centenario.

Y uno de esos campeonatos que se mencionan, fue producto de una campaña invicta, en donde no hubo rastros de la derrota, sino que sólo se vio cómo la habilidad del *Falabella* y el fiato del equipo sellaba el marcador a su favor. Ese torneo lo habían jugado bajo el nombre de Emporio Tacchini como una forma de honrar aquel negocio que los acogió (y porque a veces les gustaba competir con otros nombres). En ese momento, el consenso entre todos fue que tal hazaña debía ser celebrada como se debía, con música, baile, comida y bebidas para todos los que habían sido parte del logro.

Haciendo gala de la condición de anfitrión de las reuniones del Valentín, Julio Tacchini ofreció amablemente su casa para que todos celebraran y pasaran un buen rato. El único detalle era que, como estaban en época de toque de queda, la fiesta debía durar toda la noche y nadie podría siquiera poner un pie fuera de la casa durante ese rato (para que no llegaran los *pacos* obviamente).

Todos estaban conscientes de que en esos años las reglas del juego no podrían ser distintas, así que con alegría se prepararon para la *jarana* nocturna. Todos estaba ahí, *Carlyne*, *Caiceo*, *Cuchepo*, Renato Díaz, el *Chueco*, en fin...

todos quienes habían sido parte de la victoria estaban instalados en el living de la casa riendo y cantando. “Había hasta chiquillas celebrando el campeonato en que salimos invictos”, recuerda el dueño de casa como algo que no era tan común en aquel tiempo.

Con el paso de las horas la cosa se fue poniendo más entretenida. Tacchini comenzó a animar el ambiente a través de canciones y tallas, de la misma forma que lo había hecho en la Valentina y en cada uno de los encuentros festivos del club. Los estribillos de los temas eran coreados por los muchachos y muchachas que se encontraban allí, por lo que el festejo se podía sentir y oír en cada rincón de la morada.

Al mismo tiempo, la cerveza se había transformado en el compañero fiel de la noche de muchos (cosa que debería de extrañar a nadie) y el llamado de la naturaleza no se hizo esperar. El problema fue que habiendo tanta gente dentro de la casa, la capacidad del baño se hizo insuficiente y algunos tuvieron que recurrir a otros métodos mucho menos ortodoxos por decir lo menos.

Uno de los que recurrió a uno de esos métodos fue el *Negro Gamboa*, quien no encontró mejor solución que salir al antejardín y “desahogarse” allí mismo. El gran problema fue que justo en ese mismo momento, una patrulla de Carabineros pasaba por ahí. Cuando los *pacos* vieron que este tipo no estaba cumpliendo con el toque de queda y que más encima dentro de la casa había más personas metiendo ruido, decidieron entrar rápidamente y poner orden.

“Nos llevaron a todos detenidos arriba del camión; éramos como 30 y dejaron a las puras mujeres”, recuerda Renato Díaz al acordarse de ese momento específico. La mamá de Julio Tacchini, quien para sorpresa de muchos era pro dictadura y conocía a muchas personas del régimen, habló con

los *cabos* e intervino para que a su hijo no se lo llevaran. Con el resto no hubo compasión; se fueron todos hacinados en la camioneta, derecho a la comisaría.

“Al final nos llevaron a todos y estuvimos hasta el otro día, tuvimos que pagar multa eso sí para que nos soltaran”, agrega José Hormazábal. Una multa que fue de un costo bien bajo, considerando que los carabineros habían entrado con la disposición de golpear a todos en caso de que se hubiesen resistido con más fuerza.

Al otro día, luego de salir libres, se juntaron a comentar lo que había ocurrido. Sabían que este tipo de cosas podían pasar, pero les parecía increíble que un evento tan alegre se hubiese transformado en la detención de casi todo el Valentín. Si el hecho les había generado hasta una aparición en el diario local, en donde se hablaba del club de fútbol que había sido detenido debido a que se pusieron a celebrar la obtención del campeonato en forma indebida y, para peor, durante el toque de queda.

Los muchachos del club nunca si quiera imaginaron que una celebración inocente podría terminar así. Estaban conscientes de que las cosas no eran fáciles en la calle, pero cómo iban a tener tan mala suerte si todos sabían que el cuidado debía de ser extremo. Pero bueno, con unas cervezas y felicidad en el cuerpo muchos van olvidando la definición y límites del concepto de cuidado.

Durante esa noche la fiesta se acabó de manera abrupta e inesperada, pero esto fue sólo un ejemplo de la represión diaria que existía en el país. Sin embargo, a pesar de ello, de lo vivido anteriormente y de lo que vendría después, la hinchada del Valentín Pardo siguió alentando y festejando en cada

ocasión que lo ameritara. Si la pasión les era cohartada en algún momento, al otro día se levantaban con más *pachorra* aún.

Pero, más allá de ello, lo que todos deben rescatar de lo que sucedió aquella noche en esa celebración es que, si usted siente el llamado de la naturaleza y debe acudir a *lugares no apropiados*, cerciórese de que no hayan sapos o mirones en la costa.

CAPÍTULO 5: EL PITAZO FINAL MÁS DOLOROSO

Todo tiempo pasado fue mejor

“El Valentín Pardo desapareció porque lo pilló la tecnología, la modernidad”. Así de tajante y enfático es *Carlyne* al tratar de justificar la desaparición del club. Para él, esta explicación tiene que ver con los cambios que provocó en el comportamiento de la gente, el desarrollo y los avances científicos. Las relaciones sociales cambiaron, la ciudad cambió y las motivaciones personales cambiaron.

“A nosotros nos interesaba jugar, pasarlo bien, no nos interesaban los puntos. Lo pasábamos más bien que todos los clubes que tienen 100 copas” agrega Adolfo Rodríguez, el *Cura*. Y es que ésa era “la pura y santa verdad”, porque cuando el grupo de amigos comenzó a gestar la idea de formar un club de fútbol, fue sólo porque querían pasarlo bien en un equipo que los uniera a todos (ya que algunos jugaban por Huracán, otros por Escuela, etc.).

Si avanzaban, campeonaban o perdían, era sólo parte del anecdotario colectivo. Lo realmente fundamental era que al ser parte del Valentín, cada segundo adquiría un valor agregado que no podrían encontrar en otro lugar. “Nosotros nos juntábamos a puro *huevear* y pasarlo bien, no buscábamos nada más”, rememora Renato Díaz, el hijo de Edulia.

“Nosotros éramos un grupo que vivía alrededor de la plaza Centenario, pero cuando se empezaron a construir nuevas poblaciones hacia la periferia de Los Andes, la gente se fue yendo y cambiando de barrio. Poco a poco dejó de suceder eso de juntarse todos los días”, señala *Carlyne*.

La comunidad, los vecinos, el Valentín, fueron perdiendo ventaja frente a las oportunidades que comenzó a ofrecer el crecimiento de la ciudad. Era difícil poder competir frente a la vorágine del cambio y al mejor panorama que se vislumbraba en otros sectores. Los recuerdos de lo vivido no lograban hacerle peso a lo auspicioso del futuro.

A este éxodo de vecinos hacia nuevos barrios, se sumó también que muchos de los miembros que aún permanecían allí comenzaron a preferir quedarse más tiempo en sus casas con sus familias en lugar de salir a compartir con los amigos igual que antes. Es necesario recordar que en los primeros años, ninguno de ellos tenía nada más que hacer que juntarse en la plaza a soñar con un club.

Sumado a lo anterior, entre los históricos se produjo un desencantamiento con el equipo luego del cambio de directiva. Al respecto, Julio Tacchini rememora que con el paso de los años ellos se fueron poniendo viejos y ya no tenían el mismo ímpetu de antes. A raíz de eso, dejaron el club en manos de otra persona, pero a ésta “sólo le interesaba hacer un equipo bueno, por lo que empezó a inscribir a jugadores de otras partes. Entonces hizo equipo con gente de otros lados y comenzó a dejar fuera a los del Valentín, lo que provocó que los muchachos se fueran desencantando. Traían jugadores de Valle Alegre que con el club no estaban identificados, que no tenían amor a la camiseta, pero como los traían de otro lado era una obligación ponerlos. Ahí se fue diluyendo más la cosa, hasta que se perdieron camisetas y desapareció por completo”.

El consenso de los fundadores del Valentín es que, en general, las nuevas generaciones se fueron poniendo más individualistas, con menos sentido de comunidad. Lo que a ellos los unió en un principio, es decir, las

ganas de estar junto a sus amigos en un proyecto en donde no importaban los resultados, fue algo casi imposible de transmitir a los más jóvenes.

Además, aquellos espacios de encuentro que existían antiguamente, como la plaza y los negocios, han ido perdiendo la importancia de antaño. Es cada día menos común ver las *pichangas* callejeras, lo que sí se ve es a los muchachos dentro de sus casas jugando partidos de fútbol en el Nintendo o Play Station.

Por otra parte, hoy en día sólo se fomenta la competencia o el obtener los primeros lugares, por sobre el disfrutar de cada uno de los momentos que se viven en los procesos. Cuando ellos formaron el Valentín Pardo, lo único que importaba era pasarlo bien, sin importar como finalizara todo.

Los integrantes del Valiente se adaptaron a los cambios que trajeron consigo los años '90 y 2000, pero ello no significa que aquel espíritu de hace cinco décadas no permanezca intacto en cada uno de sus corazones. Cada vez que relatan una anécdota o historia vivida en esa época, el goce que se desliza a través de sus palabras y gestos, hace que ese tiempo pasado (que fue mejor) permanezca en el presente por siempre.

“Pero si *estai* en las últimas”

No hay cosa más linda que el amor, un sentimiento que puede manifestarse de diferentes maneras: ya sea como pareja, familia o, simplemente, de amigos. El amor es la esencia de la vida, esa que mantiene la esperanza de encontrarse en el otro, reflejarse frente al respeto, los valores, las virtudes. En definitiva, es el maná que permite vivir con tranquilidad, paciencia y sabiduría.

Quizás usted pueda pensar que todas estas cosas son las típicas siutiquerías que la gente habla cada vez que ve algo bonito. Y puede tener razón. Sin embargo, nunca está de más recordar que el amor es el mayor de los sentimientos, ese que mueve montañas, por el que se inician guerras y, sobre todo, concibe la lealtad.

Valentín Pardo fue un club lleno de vitalidad. Muchos valores como el respeto y el cariño por la gente que los seguía, representaba ese espíritu de lucha, de amor y fidelidad que determinaba la actitud de sus jugadores. Porque no se trataba sólo de un club de fútbol; el deporte no fue más que la excusa para institucionalizar, materializar, los sueños que este grupo de muchachos centenarinos compartía. En fin, el *Valiente* majestuoso surgió de la humildad y, en base a todo lo que se ha investigado, se puede llegar a la conclusión que creció y desapareció en el amor de aquellos que defendían a muerte la camiseta albirroja.

Acaso usted, ¿nunca ha escuchado la frase que dice “Pasarán las pololas, los pololos, las mujeres y los hombres, pero nunca los amigos”? No hay

más puro sentimiento en un grupo de hombres que la amistad, y eso fue lo que impartieron los integrantes de Valentín. El amor más puro dentro de las virtudes coronadas por copas, medallas o diplomas de honor, es aquel que no se ve, que sólo se siente, se expresa y ni siquiera se comprende. Esa es la verdadera amistad, la cual mantuvo y mantiene vivos en la espera de volver a ser grandes a un club lleno de sueños interminables que ni la muerte ha podido destruir.

Fue así como uno de los jugadores más famosos del cuadro de la población Centenario de Los Andes vivió sus últimos días. Apegado a su familia, a su esposa Ángela, y a sus amigos, Manuel *Mangora* Saavedra, más conocido como el *Mago de Calera* empoderó su alma hacia el momento de su despedida. Su mejor amigo, Julio Tacchini, el mismo flaco larguirucho con rostro de chino y pelo extendido, estuvo presente en los minutos que más complicados de su estadía en la Tierra.

“Cuando Manuel supo que tenía cáncer, como a fines del año 2010, tomó las cosas con calma, como si le hubiesen dado una noticia alentadora. El *Mangora* tenía su genio, pero cuando supo de su enfermedad, un cáncer en las piernas, en entre los huesos y rodillas, siguió como si nada: estuvo con su familia, su hija, que vivía en Canadá, se vino a Chile, atendió el negocio que tenía en su casa, ahí en la esquina de Guayanas con República Argentina. Entonces, fue como una noticia rara, pero como que se resignaba. Tenía la postura como de que así es la vida y hay que continuar no más”, relata Jorge González, alias el *Cabezón*, amigo de Saavedra que lo visitaba al menos una vez por semana.

“A pesar de su genio, Manuel nunca fue una mala persona. A veces nos enojábamos en la cancha, pero todo quedaba ahí. De hecho, muchas veces lo acompañé al Regional para ver a Trasandino, a su querido Trasandino... Fue

complicado para los *cabros* del Valentín cuando supimos de eso, porque si tú veías al Manuel, él se veía sano, fuerte, grande. ¡Si jugaba fútbol en la serie de los *seniors* en Calle Larga! Entonces... (pierde su vista en signo de triste recuerdo). Fue *penca*, sorprendente. Hasta meses antes de que descansara él andaba en bicicleta”, comenta Adolfo Cura Rodríguez, otro amigo del *Mago*.

“Yo me había levantado en la mañana ese día y me llaman por teléfono... ¿Te *acordai* que te vi entrando a la Villa (El Mirador) con tu *polola* y te dije? Si, *poh*. No lo podía creer, *huevoón*... Se habían ido muchos *cabros* del Valentín, como *Cuchepo* (Francisco Rodríguez), *Falita* (diminutivo de *Falabella*, José Basulto), el *Duende* (Hugo Rodríguez), tantos *chiquillos*... Todas dolieron mucho. Pero la del Manuel, me sorprendió y me *cagó*”, cuenta Carlos Córdova, alias *Carlyne*. Quizás fue por eso que el deceso de Manuel marcó un punto de inflexión en los miembros de Valentín Pardo, porque “nosotros nunca pensamos que se iba a morir tan luego, si duró como siete u ocho meses que pasaron súper rápido, *poh*. Con eso nos dimos cuenta que, *puta*, nos estábamos poniendo viejos y estábamos más separados que la *chucha*”, agrega.

Claramente, la amistad del grupo era fuerte, pero no la misma que antes. Los trabajos, la muerte de algunos y el peso de los años –o, principalmente, peso de estos – opacaron gran parte de las energías de sus fundadores y jugadores, quienes sólo se reunían como equipo por horas cuando había un velorio o funeral. La amistad se sostenía en los que vivían cerca, esos que, de manera innata e inmediata, se encontraban en los frontis de sus casas y que no necesitaban de un teléfono para hablar. De los que estaban separados por la distancia, se sabía muy poco, y únicamente aparecían tras la rapidez con la que vuelan las malas noticias.

Julio Tacchini tuvo la oportunidad de mantener dicha amistad con Manuel Saavedra. “Yo conocí al Manuel de *cabro* chico, desde antes de jugar por Valentín Pardo. Después, de grandes, compartíamos todo, juegos, bromas, salidas, juergas. De todo... Menos pololas eso sí (ríe). Incluso compartíamos enfermedades, porque el Manuel murió de cáncer a las piernas, y yo estuve a punto de morir de una trombosis por coágulos que tenía en las piernas y que los muy *desgracia* ós se fueron *pa* arriba y casi me *cagan*. El doctor me decía que tenía como veinte *huevas metías* en los pulmones”, narra con su picardía característica, pero con un dejo de tristeza y amargura al recordar a su fallecido amigo.

Desde que supo de la enfermedad de *Mangora*, Tacchini se comprometió consigo mismo a ir a visitarlo todos los días hasta que fuese necesario. Aunque lo hacía casi siempre, él sentía esa obligación por considerarse su compadre, su amigo. Y fue gracias a todas esas idas y venidas que Tacchini realizó durante el período de agonía del *Mago*, que pudo levantar el ánimo de una persona que poco a poco comenzó a apagarse. Lo mejor de todo era que, en el marco de tales historias, Manuel, no podía decirle que no a Julio, por lo que no tenían otra que obedecer y reírse con las *tallas* con las que él jugaba.

En varias oportunidades, el blanco de las bromas era su enfermedad: el cáncer. Julio Tacchini tenía su estilo. Un tanto juguetón, un tanto pícaro. Un poco arrebatado que sin darse cuenta provocaba alegrías en sus verdaderos amigos. De tal forma, surgió una de las historias más raras pero divertidas sobre el Manuel agónico que sólo Tacchini sabe relatar:

“Me acuerdo que Unión La Calera clasificó a las semifinales del torneo de Apertura del 2011 contra la Católica y hacía tiempo que no lo hacía. Entonces, como el Manuel era bien conocido en Calera, acuérdate que le decían *Mago*

porque ¡puta que jugaba bien a la pelota por la banda izquierda! La gente lo quería mucho. Y me acuerdo que se escribió un artículo en Las Últimas Noticias que decía algo así como *‘Los caleranos no olvidan al Mago Saavedra’* o algo así. Entonces yo llego donde el Manuel con el diario allá a su casa, y le golpeo la puerta. Y sale el Manuel. *‘Hola, poh, Mangora, ¿cómo estai?’*. *‘Acá, poh huevón, más cagao que la cresta’*, me dijo entre riendo y adolorido. Y yo le digo: *‘Mira... ¿así que estai en las últimas, huevón?’*. *‘¡Puta, huevón, no me agarrí pa’l hueveo, si no tengo ánimo!’*, me dijo (ríe) ... Si a veces no le gustaba que lo molestara. *‘Pero si estai en las últimas, poh, huevón’*, le dije de nuevo. Y el *Mangora* me dijo que ¡ya!, que lo dejara de molestar... *‘No, huevón’*, le dije, *‘si estai en Las Últimas Noticias. Mira’* (ríe) Y le mostré el diario (ríe). El Manuel tenía ataque de risa. *‘Puta, Julio, que la cagai’*, me dijo (sigue riendo)”.

Resignado, a Manuel no le quedaba más que molestarse él mismo y tomar con humor su enfermedad. Julio se dedicó, personalmente, a eso, cumplir una misión difícil pero no imposible de realizar. Mal que mal eran amigos, y la amistad valía más que mil monedas de oro en Valentín Pardo.

Pero, a veces, no sólo era Tacchini el que bromeaba con Saavedra, sino que también su esposa, Ángela. Francisco *Cantatore* Rodríguez, compadre de Manuel, estuvo con ellos días antes de morir en el negocio que tienen en la calle Guayana cuando otra anécdota chistosa ocurrió.

“Cuando el *Mangora* estaba ya casi agonizando, despidiéndose, yo lo fui a ver a la casa. Él estaba enfermo, adolorido, no se podía las piernas, pero, esa vez, se levantó de la cama porque tenía hambre. La Ángela había hecho unas empanadas de horno súper ricas que las tenían guardadas en el refrigerador. Y el *Mangora* quería empanadas, *poh*. Entonces fue a la cocina y saca una empanada. Y cuando está a punto de comérsela, llega la Ángela, que estaba

hablando conmigo en un pasillo, y le pega en la mano. ‘ ¡No, Manuel!’ , le dijo, ¡No ves que son pa’l velorio! (ríe) Nos reímos como nunca. Hasta el mismo Mangora se cagaba de la risa”, narra Rodríguez.

Así fueron los últimos días de Manuel, quien dejó este mundo el 26 de agosto de 2011. Con risas se despidió de sus amigos más cercanos, esos a los que les daba permiso para entrar a su habitación y conversar sobre la vida.

Recordando aquellos tiempos pasados mejores, los ex jugadores de Valentín Pardo llegaron a la parroquia de Fátima siguiendo el ritual que los caracterizaba estos últimos años. Todos dieron inicio al partido más difícil de la historia del club que, desaparecido, se reunió por dos horas. A pesar de encontrarse en un funeral despidiendo a Manuel Saavedra Ibarra, la amistad seguía siendo la misma que antes, marcada por el paso de los años, las historias y el deseo de mantenerlas hacia la posteridad.

Con claridad, esa fue la manifestación del amor de hermanos, colegas y amigos que dijeron adiós a uno de los futbolistas más conocidos de la Quinta Región que no sólo se identificaba por eso, sino que por algo mucho más relevante: ser el buen amigo que se burlaba de su enfermedad.

Hasta siempre, muchachos

Medio siglo ha pasado desde aquel 29 de agosto de 1962. Cinco décadas que equivalen a una vida. Cinco décadas que se sienten a través del recuerdo. Al pasear por la plaza Centenario aún se respira ese aire que fue testigo de las primeras conversaciones de un grupo de jóvenes respecto a la posibilidad de formar un club de fútbol.

Los Andes cambió, Chile cambió, pero los recuerdos que se traen al presente hacen que cada una de las historias vividas en el Valentín, sean parte de aquella realidad paralela en donde el paso del tiempo no es una variable.

El club se terminó, pero si hay algo que se logró arraigar en cada una de las personas que formó parte de esa historia a través de los años, fue el sentido de amistad y compañerismo más allá del fútbol. Es por eso que hoy en día, a más de 20 años de la desaparición del *Valiente*, el equipo fundador sigue reuniéndose y compartiendo cada cierto tiempo.

La pelota ya no corre por la cancha como antes y los muchachos tampoco tienen la misma agilidad física, pero el ánimo que siempre han tenido para *huevear* no se los va a quitar nadie nunca, ni siquiera las canas y las arrugas. Las carcajadas, tallas y anécdotas afloran cada vez que el grupo se junta.

En estas reuniones ya no se habla sobre el rival del próximo domingo o cómo lo harán para comprar las camisetas, sino que rememoran cómo lo hicieron para ganarle a los equipos hace 40 años o cómo, en los inicios, la

mamá de Julio Tacchini logró fabricarles indumentaria con los sacos de harina. Por el relato aparecen también los goles imposibles del querido *Fala*, las *pichangas* de las tardes de verano, los festejos dieciocheros en la *Valentina*, las idas al Cine Andes, la ventana de don Alfredo, entre muchas otras historias.

Renato Díaz, José Hormazábal, Julio Tacchini, el *Mono Clay*, *Carlyne* y el resto de los históricos, recorren una y otra vez los pasajes de aquel tesoro. Lo mejor de todo es que en cada nueva versión se agregan detalles que van actualizando y revitalizando lo narrado. De esta forma, el Valentín Pardo se transforma (para quienes no fueron parte de él y son sólo meros espectadores) en esa figura que es intangible en el presente, pero que trasciende al pasado.

Las emociones abundan y es una tarea titánica poder sintetizar en palabras escritas aquello que marcó una época en Los Andes. Los muchachos no olvidan, los vecinos no olvidan, la comunidad no olvida. “Nosotros llevábamos alegría a la gente” señala *Carlyne* y es por esa misma razón que su legado marcó tan profundamente a generaciones que ni siquiera estuvieron vinculadas directamente.

“Hasta el día de hoy me paran en la calle para preguntarme cuándo vuelve el Valentín” agrega Adolfo Rodríguez, el *Cura*. Por más increíble que parezca, luego de más de dos décadas de la desaparición del club, la gente aún añora esos días de alegría que traía consigo.

En estas juntas que hacen los amigos cada cierto tiempo, siempre surge la inquietud de tratar de rearmar todo y hacerlo surgir nuevamente. Es cierto que la energía ya no es la misma, que el físico no acompaña como antes y que las prioridades de la gente de hoy son distintas, pero muchos de ellos están

convencidos de que la mística que el Valentín lograba construir, sería capaz de conquistar hasta al más escéptico.

Por ahora esas ideas son sólo sueños, al igual como lo fueron esas conversaciones en la plaza Centenario, en la casa de la señora Edulia, en la ventana de don Alfredo y en la iglesia del cura García.

Lo único cierto es que el recuerdo del Valentín Pardo sigue vivo en la memoria de cada una de las personas que se relacionó con él y que, aun cuando el tiempo ha pasado, el club no ha desaparecido. Quizás ya no participan de los campeonatos cada domingo y no son parte de la Asociación, pero la pelota se sigue *chuteando* en todas las conversaciones.

El *Valiente* no se acabó, sólo está en el entretiempo esperando la segunda mitad.

EPÍLOGO

Quizás la participación en un club de fútbol de barrio signifique, en la actualidad, borracheras, drogadicción o, simplemente, una amistad un tanto turbia que sólo se vuelve factible desde la reunión de un grupo de jóvenes en una cancha de pasto. Claramente, el Club Deportivo y Social Valentín Pardo de Los Andes, no fue así.

El estudio de un equipo de fútbol de barrio puede ser más que interesante, pues debemos entender que las personas legitiman los actos de una clase o grupo social determinado, ya sea por hechos, anécdotas o historias que permiten el empoderamiento de un espacio propio. Los integrantes de Valentín Pardo, al ser vecinos de una de las primeras poblaciones de la ciudad, compartieron un mismo fin al conformar un club que pudiera congregarse con otros clubes con el afán de representar a Centenario en todo tipo de evento deportivo y social.

Al apropiarse del principal centro cívico de la población como lo fue la Plaza Centenario en la década de los 60, nos dimos cuenta que, en la época, era más fácil o menos tormentoso hacerse parte de un espacio que, realmente, era público y que, con el tiempo, se convierte en un mero lugar abandonado por el recuerdo. No se trata de adueñarse de algo por querer; se hace por confianza, comodidad, cercanía. En fin. Ese conjunto de perspectivas sociales y expresiones culturales de estos jóvenes que representan, a su vez, el Chile de antaño.

Una de las cosas que aprendimos –o reafirmamos– con este trabajo es que la riqueza de la sociedad va en su gente más modesta. Cada grupo social y, sobre todo, este equipo de fútbol de barrio, son semilleros de historias, cunas de identidad por una camiseta que, de forma épica, defienden domingo a domingo. Saber cómo se gestó el club, cómo sus participantes vivieron la época de dictadura, de qué forma resurgieron ante los problemas y por qué desapareció, permite entender que Valentín Pardo es un club cuya historia tiene todo el derecho de ser plasmada en estas páginas con el fin de darle la importancia que se merece por mostrar social y culturalmente a Los Andes de antaño.

Si bien la recopilación de datos fue lenta porque las primeras reuniones tardaron en organizarse y algunos miembros del *Valiente* no pudieron asistir, el trabajo pudo llevarse a cabo con normalidad, y aunque faltaron personajes y anécdotas por escribir, elaboramos nuestra memoria con una cantidad importante de gente que usted, señor lector, pudo evidenciar. Sin embargo, las reuniones y entrevistas fueron ricas en contenido y nutridas con diversas visiones del cuadro de Centenario consiguiendo que los ex jugadores de Valentín Pardo se identificaran más aún con el desaparecido equipo y expusieran con orgullo sus andanzas. Además, pudimos rescatar la unión del grupo que, hasta hace poco, era tan pragmática (definieron el último sábado de cada mes como día de junta).

Como simples estudiantes de Periodismo de la Universidad de Chile en busca del profesionalismo, podemos recomendar dos cosas. La primera: darse el tiempo necesario –pero, sin abusar– para concertar entrevistas y reportear con el fin de lograr un proceso de memoria gratificante. La segunda: atreverse a hacer cosas sencillas, transformar historias desconocidas en conocidas,

anécdotas que nutren la identidad de aquellos pueblos como la población Centenario y su club Valentín Pardo, que viven en silencio.

Y es que durante cinco años aprendimos que las personas quieren contar algo; no que les cuenten algo por ellas.

ENTREVISTAS

1. José Hormazábal, contador y funcionario municipal jubilado. Entrevista realizada en enero de 2012.
2. Julio Tacchini, comerciante. Entrevista realizada en enero de 2012.
3. Carlos Córdova, secretario administrativo. Entrevista realizada en febrero de 2012.
4. Adolfo Rodríguez, chofer profesional. Entrevista realizada en febrero de 2012.
5. Sergio Allendes, chofer de transporte internacional; Guillermo Montenegro, funcionario de Codelco División Andina encargado de deportes (profesor de tenis); y Adolfo Rodríguez. Entrevista grupal realizada en abril de 2012 en casa de Sergio Allendes.
6. Gustavo Martínez, trabajador de la construcción (maestro albañil) Entrevista realizada en mayo de 2012.
7. Jorge González, especialista en computación, máquinas pesadas y ex funcionario en área de montaje de automóviles Peugeot; Renato Díaz, egresado de contabilidad y jubilado Caja Crédito Prendario de Los Andes; Jorge Araya, chofer profesional; Jaime Otárola, minero; y Sergio Montenegro, abogado. Entrevista grupal realizada en mayo de 2012 en casa de Guillermo Montenegro.
8. Renato Díaz. Entrevista realizada en junio de 2012.
9. Héctor Caiceo, egresado de contabilidad y ex funcionario de Indap; y Francisco Rodríguez, contador. Entrevista dual realizada en junio de 2012 en casa de Héctor Caiceo.
10. Fernando Rodríguez, minero. Entrevista realizada en junio de 2012.
11. Adolfo Farías, funcionario administrativo de Aduana Los Andes. Entrevista realizada en julio de 2012 en casa de Julio Tacchini.

12. Héctor Caiceo. Entrevista realizada en noviembre de 2012.

ANEXO FOTOGRÁFICO



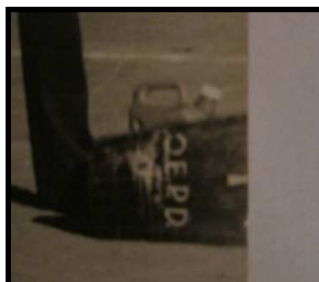
Imagen 1. Primer equipo de Valentín Pardo con camiseta amarilla de Los Rápidos. Año 1962.

Arriba: Sergio Cid (de terno). Eduardo Villarroel, Juan Gallardo, Iván Carvajal, Alfredo Tacchini, Eduardo Guerra, Alfonso Oropeza. Abajo: Héctor Lepe, Francisco Rodríguez, Héctor Caiceo, Renato Díaz y Francisco Hormazábal.



Imagen 2. Plantel 1965.

Arriba: Julio Tacchini, Mario Flores, Sergio Allendes, Nelson Navarro, Francisco Rodríguez, Carlos Córdova y Hugo Rodríguez. Abajo: José López, Juan Tello, Alfredo Tacchini, Luis Céspedes y José Basulto.



Acá se encuentra el ataúd botiquín usado en los años 60.

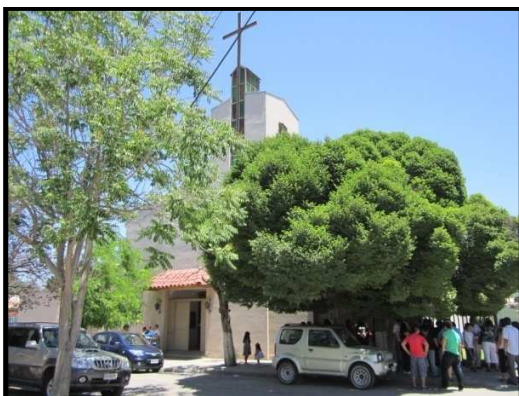


Imagen 3. Celebración en el Estadio Centenario. Valentín Pardo se reúne a distenderse después de un partido.

Entre la multitud se encuentran Julio y Alfredo Tacchini, Renato Díaz, Héctor Caiceo, José Hormazábal, Jorge Araya, José Basulto y Carlos Córdova. La foto data de 1971.



Imagen 4 y 5. Primera camiseta albirroja de Valentín Pardo. Primeros años de la década de los sesenta.





Imágenes 6 y 7. Parroquia de Fátima y la Plaza Centenario o Plaza Valentín Pardo en la actualidad.

Imagen 8. Botillería Tacchini, ex Emporio Judas Tadeo, en la esquina de las calles Valentín Pardo y Avenida Chile.



Imágenes 9 y 10. Calle Valentín Pardo de la población Centenario.



Imagen 11. Partido amistoso a fines de la década de los 90. Se jugó en cancha Curimón contra el elenco de mismo nombre.

Arriba: Eduardo Guerra (primero), Adolfo Farías (tercero), Manuel Saavedra (cuarto), Carlos Castillo (séptimo), Jorge González (décimo). Abajo: Carlos Córdova (segundo), Guillermo Montenegro (tercero) y Sergio Allendes (cuarto).